

Año XII Tomo XXXII Núm. 126

# Ateneea

Revista Mensual de  
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)

23 MAR 1970



## SUMARIO

Domingo Melfi	<i>Puntos de vista</i>
Julio Supervielle	<i>El drama del escritor</i>
Sixto C. Martelli	<i>El buey y el asno del pesebre</i>
Chela Reyes	<i>La casa nueva de la justicia</i>
Aída Moreno Lagos	<i>Tarde</i>
Antenor Orrego	<i>Vivir</i>
Dr. Carlos Charlín Correa	<i>La gran trayectoria política de latinoamérica</i>
Jorge Gustavo Silva	<i>Tríptico</i>
	<i>El verdadero derecho de propiedad y la verdadera esclavitud.</i>

**LOS LIBROS.**—Ricardo A. Latcham: *Conocimiento y expresión de la Argentina, por Eduardo Mallea.*—Lautaro Yankas: *Sócrates y Platón, por el Dr. Cohn*—*Indecisión y desengaño de la juventud, por Domingo Melfi.*—González Vera: *Diego Muñoz y sus Malditas Cosas.*—Milton Rossel: *Piedras y sol, por Sady Zañartu.*—*Comprensión de Dostoiewsky y otros ensayos, por Ricardo Baeza.*—**A. T.:** *Economía fascista, por Aldo Aguzzi.*—**Juan Uribe-Echevarría:** *Hombres de máquina, por Laurencio Gallardo.*—**A. T.:** *El crepúsculo de las catedrales, por Miguel Luis Rocuant.*—**C. P. S.:** *Breve tratado de literatura general y notas sobre la literatura nueva, por Luis Alberto Sánchez.*—**C. P. S.:** *Espejo de naufragios, por Arturo Camacho Ramírez.*—*La Beldeca, por Alfredo Diez-Canseco.*—*Los cielos, por Esther de Cáceres.*—**A. T.:** *Un avión volaba, por Juan Marín.*—**Januario Espinosa:** *Algunos libros de Sudamérica.*

SEÑALES — EL MES ARTÍSTICO — NOTAS DEL MES — INDICE DEL AÑO 1935

# Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago  
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año..... \$ 30.00

Un semestre..... 16.00

Suscripción a los países extranjeros sólo  
anual: 4 dólares, o su equivalente se-  
gún el país.

Número suelto..... 3.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

SANTIAGO  
Ahumada 125  
Casilla 2298

CONCEPCION  
Barros Arana 800  
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

# HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED  
TO THE INTERESTS  
OF TEACHERS OF SPA-  
NISH, AND PUBLISHED  
BY THE AMERICAN  
ASSOCIATION OF TEA-  
CHERS OF SPANISH.

DIRECTOR

**Alfred Coester**

**STANFORD UNIVERSITY,  
CALIFORNIA**

# AMERICA

Revista de Cultura  
Indoamericana

Publicación Trimestral del  
GRUPO AMERICA



**Encargados de la Dirección**

Alfredo Martínez  
Augusto Arias  
Antonio Montalvo.



**Dirección Postal**

GRUPO AMERICA

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

# MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias  
Sociales y Letras,  
fundada en 1918

Director Fundador

**Víctor Andrés Belaunde**

APARTADO NUM 176

LIMA PERU

# LEONARDO

**Rassegna Bibliografica**

diretta da

**FEDERICO GENTILE**

Direzione ed Amministrazione:

**Vía Palermo, 10-12**

**MILANO (111)**

# REVISTA CUBANA

Publicaciones de la Secretaría  
de Educación

DIRECCION DE CULTURA

LA HABANA

CUBA

## REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura  
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

# TRAPALANDA

UN COLECTIVO PORTEÑO

CRITICA,  
INFORMACION,  
BIBLIOGRAFIA

—  
Director:

ENRIQUE ESPINOZA

Rivera Indarte 1030

BUENOS AIRES

# REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.  
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director:

Doctor LUCIANO DE FEO

Dirección:

Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española:  
dólares 4; pesos chilenos, 32.

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

---

---

Año XII

Diciembre de 1935

Núm. 126

---

---

## Puntos de vista

1935

*En América el año se sepulta sin ruido. Quizás sea mejor. En Europa en cambio, cae abrasado en llamas como un avión. La guerra italo-etíope, eje de toda la alteración de las relaciones entre los países que hicieron juntos la gran jornada civilizadora de 1914... ha acumulado sobre Europa una tensión casi angustiosa. Un horizonte de tormenta, ciñe el contorno del continente de la cultura. Una potencia formidable, llevada por la mística de su organización, el fascio, determina en otra, que es o fué dueña de los mares, la revancha armamentista. Inglaterra se ha entregado ahora, con la frialdad que todos le reconocen, a acumular fríamente también, los más poderosos elementos de guerra aéreos y marítimos. Alemania alinea por su parte, en medio de un extraño y sugestivo silencio, sus espesas huestes de soldados. Otra vez el militarismo. Francia vacila, con Alemania al frente, entre entregarse al amor de la latinidad o al adusto sajonismo. Las razas no cuentan sino en la medida de las posibilidades de cooperación, para futuros trágicos.*

*Observar a Europa, a través de las comunicaciones y de las observaciones de sus hombres vigilantes, es encontrar un inmenso campamento en armas y unas enormes usinas que fabrican artículos de guerra, con precisión cronométrica. Cada tantos minutos, saltan torpedos, balas, aviones y bombas. Con ellos se alimentará la humanidad, para no morir de hambre, y hombres, mujeres y niños, podrán resistir sin morir, la avalancha que se acerca.*

América fabrica doctrinas sociales, descontentos y retóricos. Es una buena ocurrencia, porque con ello no se corre el riesgo de una conflagración. Fiel a su pasado, este continente que aun reza a Jesucristo y aun habla en español, sigue siendo el continente del tercer día de la creación. Sus enormes extensiones están vírgenes, sus tierras aun siguen desconocidas de sus propios habitantes y ríos y caminos, pasan de un país a otro, en la soledad centenaria de siempre. Tan desconocidos se sienten hoy, unos pueblos respetos de otros, como hace un siglo. Los imperialismos apenas se diseñan. Las fronteras se han cerrado y lo que pudo ser un vasto campo de solidaridad continental, no es más que un sitio de pequeños odios, el patio de vecindad, en el cual estallan ambiciones y orgullos vanos de nacionalidades. «Yo más que tú... Tú menos que todos...».

Y así ha pasado el año. El que se inicia, puede traernos realidades mejores, algunas ilusiones y la esperanza de que la civilización europea pueda convencerse de que está preparando con sus propios instrumentos de cultura la mayor catástrofe social de que hay memoria y haga un esfuerzo supremo, heroico, para evitarla.

**Bourget**

A los ochenta años ha muerto Paul Bourget. Son por lo menos cincuenta de vida literaria activa, en la formación de un ciclo novelesco de indudable trascendencia en la historia de la novela francesa. Había dejado de ser el autor de moda. Otros ídolos para esa renovación incesante que exigen los públicos habían hecho resbalar hacia el olvido al autor de *Le Disciple*. El mismo había abandonado las antiguas formas de tratar la novela y se había entregado con pasión de convencido a luchar por la tradición del orden. Aquel psicólogo que estuvo a la moda en los comienzos del siglo, que descompuso los sentimientos para realizar sus teoremas pasionales, como un matemático había colocado todas sus energías de los últimos años, al servicio de la tradición. Con la post-guerra

habían caído sobre Francia nuevas y dolorosas angustias de carácter social. Bourget que después de l'Etape, siguió el curso que le señalaba su conversión al catolicismo, no podía permanecer inactivo frente a las nuevas interpretaciones de la realidad política.

Todos los movimientos de la sociedad francesa de pre-guerra están aprisionados en las novelas, por este escritor de los más serios que tuvo Francia. No es decirlo así, suponer que otros lo fueran menos o acaso en parte reducida. En Europa es posible encontrar estos hombres de letras que hacen de su profesión un culto apasionado y profundo. Sea cualquiera la línea doctrinaria que sigan, las ideas a las que presten todo su entusiasmo, o los movimientos sociales a los cuales entreguen el fervor de su cultura, lo hacen con la total entrega de su fe. Bourget perteneció a esa categoría de escritores que transforman sus libros en tribuna de propaganda. En Bourget se mezclaban para hacer más completo este esfuerzo, su sentido admirable de la novela, su instinto artístico, su severa sensibilidad de maestro.

Sus novelas, como hemos dicho fueron teoremas sentimentales. Se proponía arrancar a la mudable condición de las pasiones su secreto o su razón oculta. Trazaba los esquemas psicológicos con rara maestría y aplicaba en su estudio los métodos de la ciencia. Fué un hombre de ciencia, en cuanto hizo del corazón humano una experiencia anatómica. Queremos decir que en la intención de los movimientos pasionales o en los reflejos que de tales pasiones derivaban, procedía como un fisiólogo. Inclinado sobre el mundo que le rodeaba, sobre la vieja nobleza de Francia, sobre la burguesía adinerada, sobre las castas que nacieron del tumulto de las revoluciones o sobre esa burguesía de los sabios y profesores modestos, extraía de él las menores fibras para trazar ese cuadro general de la sociedad que nace en *Le Disciple* y termina en *Le Demon du Midi*, pasando por esa etapa de la conversión en que el racionalista vuelve la espalda a sus apasionadas experiencias y se entrega al culto del catolicismo.

La aparición de Bourget en las letras francesas tiene una es-

trecha conexión con el movimiento naturalista. Puede decirse que, no obstante, haber nacido casi de la entraña de esa escuela, reaccionó contra ella más tarde, para atemperar los excesos que según los historiadores de la literatura francesa, había ocasionado al arte de novelar, la escuela de los pontífices de Medan. El naturalismo era reacción contra el arte por el arte. Para ellos la fórmula se había cambiado por otra: «el arte por la vida». Y este arte por la vida, había hecho de Zola especialmente, el más vigoroso de los sostenedores. Actualmente Francia asiste a un resurgimiento de Zola. Caído en el olvido un tiempo, justamente al nacer ese psicologismo del cual fué Bourget uno de sus principales intérpretes, el autor de los Rougon Macquart, resbala hacia el plano inmediato de la actualidad y sus libros parecen anticipaciones de estas luchas sociales de hoy, contra las cuales levantó su protesta el escritor que acaba de morir.

Bourget había buscado en las tesis el resorte de mayor vitalidad para sus obras novelescas. Construía con seguridad limpia de técnico. Fué un tiempo el autor de moda. Analizó lo infinitamente complejo del alma de la mujer, en sus pasiones y en sus desenfrenos. Y al sobrevenir más tarde la hecatombe de la guerra, se levantó para condenar en nombre de la tradición, los excesos de la izquierda literaria y filosófica, que la guerra había hecho nacer del fondo mismo de la explotación humana. Bourget había sido siempre un católico y un monarquista. No creía que la salvación de Francia pudiera buscarse en otro rumbo que no fuera el de colocar todas sus instituciones al servicio del orden católico. Tal vez esta misma postura hizo que la juventud le volviera la espalda. Por lo menos esa juventud que había padecido los horrores de la guerra, que había sido víctima de la brutalidad de ese orden político que no fué capaz de contener el monstruoso sacrificio de tantas vidas jóvenes.

La muerte de Bourget es indudablemente una pérdida sensible para las letras francesas, y en especial para los equipos de la reacción monarquista. Su obra de novelador queda como uno de los documentos más singulares de la evolución de la sociedad fran-



cesa del último cuarto del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX, en sus costumbres y en sus ideas. El investigador de tantos dramas sociales y de tantas pasiones, tuvo una dignidad severa en su función de escritor. Sea cual sea el punto en que se colocó para contemplar el drama humano, merece el homenaje que le han rendido, puesto que fué uno de los escritores más fecundos y más atentos al espectáculo de la evolución y complejidad de la sociedad de su tiempo.

## El drama del escritor <sup>(1)</sup>



El drama social actual exige a todos una vigilancia estricta. Con más fuerza que a otros elementos de la comunidad, la exige al escritor, colocado por las circunstancias en el centro mismo de los acontecimientos, en el centro de la tragedia humana. Debe vivirla o extraerla, cuando no puede vivirla, del fondo mismo de los sucesos. El escritor que pasa indiferente entre los dolores acerbos que irrumpen por todos lados, contrae una responsabilidad

---

(1) Se intenta en este ensayo, del que damos algunos fragmentos sin sugestión a unidad, tomados al azar—advertimos esto a los lectores—el problema del escritor en América. Los datos recogidos en nuestro país y en algunos otros, a través de conversaciones y de lecturas continuadas, permiten establecer un clima moral idéntico de incomprensión y de injusticia para el escritor. No es menos cierto que el escritor es también culpable de este clima y ha contribuído con sus temores, con sus silencios y sus deslealtades a espesarlo, dando así la razón en parte a los que lo condenan. En este ensayo aspiramos a revelar el drama del escritor a través de las evoluciones y transformaciones sufridas por la sociedad, en un siglo de existencia.

grave consigo mismo y con el futuro que le exigirá cuenta estrecha de su indiferentismo. La generación de hoy rastrea en la pasada, en busca de los elementos humanos de comprensión o en los toques con que aquella generación demostró que había comprendido su deber ante las angustias de su época. Con excepciones se halla el acento que hoy ha pasado a ser la condición misma del hombre de letras: su compenetración con el dolor humano, con la universalidad, de los dramas que pasan arrastrados por la corriente sin que nadie los fije en ese otro drama de la creación estética.

No puede exigírsele a todos los escritores que vibren con los episodios brutales de su tiempo. Algunas mentalidades son más lentas que otras en la captación de lo infinitamente dramático; algunos temperamentos carecen de sensibilidad o de rapidez para percibir el tono agrio o patético de su tiempo. Otros por arribismo se suman a la legión de los expoliadores. Son los herederos de aquellos siervos de la colonia en cuyas frentes todavía se ve la marca del hierro. Pero es incuestionable que la línea general del escritor está orientada o se extiende para ceñir, con más potencialidad que en el siglo anterior, el panorama de la lucha, que es ahora apremiante, trágico o singularmente de agonía, según la expresión de Unamuno.

El tiempo ha cambiado. Es otro. Duro, inexorable, vengador. Antes de la guerra de 1914 el escritor vivía en paz con su conciencia. Era el esteta; el hombre de creación espontánea, que iba por «snobismo» a los

suburbios a buscar notas pintorescas, rasgos de color, escenas típicas del ambiente con las cuales decoraba aquí y allá la arquitectura de sus creaciones novelescas. Pero ese tipo de escritor comienza a sentir la negación rotunda del tiempo que le vuelve en un rasgo airado, las espaldas sarcásticas. La propia burguesía que lo alimentó con sus raíces amargas, que le dió lo que se llama «los bienes de la educación burguesa» comienza a sentir que esa literatura de barbilindos, ya no la conmueve, por estéril y por convencional. Carece de pasión y de vigor, de ímpetu demoníaco o de simple compenetración con los dramas dolorosos que vive el hombre. Porque la burguesía tiene también sus dramas, sus tragedias, sus sacrificios, que no derivan de la fantasía del autor, sino de la violencia con que la realidad reacciona frente a sus espíritus.

#### EL DESDEN DE LA BURGUESIA

Hemos expresado que la burguesía niega al escritor su condición de tal, mientras no la sacuda con el patético realismo de su creación. Espanta el espejo que nos devuelve nuestra condición vergonzante o nuestra avaricia moral. Existe un hecho incontrovertible. El libro nunca pasó en Chile, salvo en épocas de dictaduras, bajo las horcas caudinas de la censura, la abominable censura que inventaron para vigorizar su debilidad los regímenes de fuerza. El libro corría su vida propia; salía de las prensas, circulaba de mano en mano, se

instalaba en los escaparates sin que nadie modificara una sola de sus páginas o alguna de sus ideas. Mientras existía para la prensa el rigor odioso de la censura, el libro danzaba impunemente por todos los ámbitos y podía dejar esa huella luminosa que es la condición de los libros medulares.

No existió, pues, cerrazón para el viaje de exploración y de sacrificio del libro. Pero no tuvo fortuna, ni se interesó por la dramática condición del hombre o del trozo de humanidad que es esta lonja de tierra. Se podría decir otro tanto de la literatura americana en general, condenada a vivir el drama romántico de la propia personalidad del autor. La torre de marfil y el agua inmóvil de la contemplación íntima, hicieron del arte literario un torrente retórico, una escuela de narcisismo. No es enteramente un mal si se advierte que algunos de esos libros crearon nuevas emociones o nuevas inquietudes estéticas. Son pocos. Ni es nuestra la intención de condenar a fardo cerrado, tal dirección espiritual que era, por lo demás, la sumisión a la moda. Pero es necesario advertir que esta condición de estatismo, de repulsiva pasividad, fomentaron el desdén de la burguesía y la indiferencia del pueblo hacia el hombre de letras. Quizá en los medios de larga tradición estética, en los centros en que la literatura ha recorrido largos caminos, tal fenómeno haya pasado inadvertido y el hombre escritor no fuera vilipendiado en sus obras, aunque lo fuera en su vida. Entre nosotros, escritor era sinónimo de holgazán o representación del «hombre en

la luna». Y el libro del holgazán no podía leerse sino a condición de conceder algunas horas de pérdida a un tiempo mejor aprovechable.

Tampoco debe olvidarse la esencia política del ambiente general de estos países, dedicados desde la cuna a levantar y aplastar personalidades, según que éstas representaran a tales o cuales tribus liberales o conservadoras. El hombre de letras era el ser pintoresco, el sujeto sin calificación posible, entregado a una actividad que nunca que se sepa, ha rendido beneficios prácticos. El hombre de letras era el caballerito sin fortuna, el señor rebelde que no sabía qué partido tomar y tomaba el peor de los partidos. Su orgullo molestaba a la gente tranquila y apacible: sus arranques de soberbia eran calificados de demencia y sólo cuando la pluma se ponía al servicio de los clanes políticos o plutocráticos, solía concedérsele al escritor patente de hombre importante o de más o menos indispensable.

No había, pues, resonancia alguna en el ambiente para el escritor.

#### EN EL SIGLO XIX

Se ha dicho que durante el siglo XIX el escritor fué un hombre que influyó en la sociedad de su tiempo. Pero el siglo XIX en el que existe, indudablemente, un tipo de escritor combativo, fué el siglo de la formación política, el siglo de la construcción jurídica del Estado. Cada escritor tomó el puesto que creyó

indispensable en la lucha por la libertad. Se trataba de combatir el autoritarismo de las doctrinas jurídicas de la colonia, que aspiraba a perpetuarse en los gobiernos republicanos. Del rígido mecanismo del coloniaje se había pasado a un régimen de amplitud liberal. No en la forma profunda e integral que soñaron los románticos de la revolución, sino en la forma externa de las disposiciones constitucionales. Para esa generación romántica, el concepto de libertad tenía un significado absoluto. Era la libertad individual de que Girardin, modelo entonces de muchos escritores, había hecho un culto. La ciencia de gobierno más que ciencia positiva, era la expresión de principios morales dogmáticos. Por una abstracción se sacrificaba todo. Y ningún hombre de letras hubiera tolerado, como ha ocurrido más tarde, que la libertad fuera encadenada o pisoteada en homenaje a otras formas de la actividad económica.

Fueron casi todos periodistas, porque el periodismo era la expresión concreta de la protesta, y en el periódico que empezaba a difundirse por todas partes, se podía combatir contra los prejuicios, contra los déspotas y contra los que querían perpetuar desde el gobierno, la servidumbre social heredada de la Colonia. El periodismo era la única posibilidad de encontrar una tribuna de resonancia y la tribuna era, lo mismo en el parlamento que en las asambleas, la consagración del ímpetu romántico. A veces esos periodistas, que también eran poetas, iban a los salones a rimar, ante las mujeres, penurias y nostalgias. El alba los esperaba en

la calle, con el caballo listo para correr a través de los caminos todavía en penumbra, llevando bajo los pellones de la montura, las órdenes secretas de los comandos revolucionarios. La literatura comunicaba un brillo enaltecedor a la personalidad del hombre público. El don literario daba fulgor a la frase revolucionaria, contorneaba los períodos altisonantes e impregnaba las arengas con un temblor de poesía viril que hacía decir de esos tribunos que eran figuras dignas de ser comparadas a los héroes impetuosos de la Revolución Francesa. Francisco Bilbao, detuvo con un gesto romántico, en la puerta del cementerio, la urna con los restos mortales de Infante, el tribuno de la libertad, y en nombre de la juventud, con unas palabras fulgurantes y dramáticas, en medio de la muchedumbre, le franqueó el paso a la inmortalidad. Su gesto quedó vibrando por largo tiempo en el fondo de aquella sociedad timorata. Bilbao, dijeron, los enemigos de sus teorías libertarias, no es más que un loco, un iluso.

Pero los ilusos se batían en las calles, iban a las revueltas, tomaban un fusil y morían, como los héroes románticos de la Revolución o de la Comuna, en medio del fragor de las balas.

Por supuesto que el pueblo, la expresión concreta y auténtica del pueblo, no existía. El pueblo era la masa anónima, el pastor de los cerros, el pescador de los ríos y del mar, el soldado raso, el comerciante ambulante que cruzaba con su saquito las sendas ásperas de los cerros, el artesano de las ciudades apenas diseñadas



en la linde de los bosques o de los desiertos. Las oligarquías agrícolas ordenaban, porque esas oligarquías constituían la única fuerza organizada por la tradición y por el dominio sobre la tierra. La tierra pertenecía a los grandes clanes que generó la Colonia y de esos clanes se extraían los juristas, los gobernantes, los hombres de ciencia y los hombres de letras. Si los hombres de letras no pertenecían a los clanes aristocráticos, terminaban por identificarse con ellos, en la lucha por la libertad política, pues también en aquellos clanes se había operado la división fatal del tiempo: clanes conservadores y clanes de estirpe liberal.

No existía, pues, en aquellos hombres públicos, que fueron escritores, vinculación alguna ostensible con el pueblo, en la forma en que hoy se exige al hombre de letras. Las novelas del siglo XIX, por ejemplo, eran concreciones románticas. La lírica condenaba a los tiranos en tiradas torrenciales. Maldecían de los déspotas; abominaban de los que les seguían en sus doctrinas absolutistas y eran creadores de ese sentimiento de libertad que pasó casi íntegro a formar más tarde en las ideologías de todos los partidos políticos. La libertad del individuo frente a la absorción arrolladora del Ejecutivo tiránico. Fueron precursores y no puede quitárseles la gloria de haber ampliado y robustecido estas concepciones democráticas, que luego han aprovechado los tribunos y escritores de comienzos del siglo XX.

## LA CRUCIFIXION

Pero es indudable, como hemos expresado ya, que el escritor de hoy está lejos del pueblo que no lo entiende y lejos de la burguesía a la que él no puede entender. Suspendido sobre un abismo, es menos el receptáculo de las inquietudes actuales, que el espectador de su propia e inevitable soledad. En la soledad construye sus inmensas arquitecturas espirituales que no alcanzan a modificar, de momento, un solo punto de la mecánica de los hechos sociales. La hora sombría que vive el mundo, la hora caótica de América, ha sorprendido al escritor con las manos crispadas sobre instrumentos mellados que no se ajustan a las brutales conmociones de hoy. El torrente ruge muy cerca de su oído en el cual se cuajó la melodía pura, la forma preciosa de la estética manida, la conformidad ante el destino, ante los hechos consumados.

La burguesía lo ha crucificado en vida, al adivinar o presentir que todos sus gustos y costumbres son esencialmente burgueses y sus sentimientos, en cambio, intentan estar vueltos hacia la tragedia del pueblo.

Esta misma actitud desconcierta al pueblo que a su vez adivina o presiente que los gustos y costumbres del escritor no van con su medida. El pueblo ha llegado a percibir, con fino poder de penetración, la profunda quebrada que separa a unos de otros. El lenguaje es otro y la concepción novelesca o simplemente analítica

de los dramas humanos en que interviene el pueblo, están como dichos detrás de un tabique, por un hombre cuya voz, aunque cálida, no resuena en su corazón y cuyo rostro no puede ver, por más esfuerzos que haga. Por eso el drama del escritor es más doloroso de lo que aparece a primera vista. El drama de este escritor moderno que quiere entrar en el alma del pueblo con los resortes que le facilitó la sensibilidad burguesa, que aspira a ser entendido por las masas, en las que no cree, pero de cuya existencia está seguro. Un drama de evasión constante, de contradicciones continuas, de convicciones apuntadas y negadas cada noche, reafirmadas más adelante para ser de nuevo desconocidas.

El tiempo le ordena tomar parte activa en el drama que vive su país o su época; su misma sensibilidad sacudida por las injusticias, por los dolores, por las terribles explosiones de las catástrofes económicas, por la tragedia de tantos seres indefensos en el general naufragio de las conciencias, le señala rutas que ayer ni siquiera le conmovían y le impulsan a entrar con su ímpetu al escenario de la lucha; pero las raíces del conformismo, la postura entre escéptica y desdeñosa, la evidencia de la esterilidad de los esfuerzos en un medio que no estimula ni quiere entender las actitudes gallardas o los sacrificios, le contiene indeciso, y le permite tan sólo ser el espectador de su drama en contraposición al drama de los otros. En unos, prevalece la retórica; en otros las observaciones intelectualizadas en equivalencia con los procesos del pueblo encadenado; en algunos la

postura vacilante que va de una izquierda demagógica a una derecha igualmente demagógica, sin afirmación potente, sin fuerza medular, y lo que es peor, sin convicción. Otros viven en el arte puro, todavía encerrados en la torre con los puentes levantados, con los ojos vendados a las miserias terrenas, con los oídos tapiados al clamor del oleaje que retumba en los roquedales aparentemente lejanos. Otros, sintiéndose soldados de la revolución sin jefes, midiendo el tiempo por las impaciencias de sus deseos, maldiciendo del tiempo que no colabora, sufriendo los desengaños feroces de los especuladores de toda revolución; otros, en fin, enfermos de tedio, pesimistas, roídos por la herrumbre del desengaño, heridos por deslealtades y por ruindades, sintiendo en carne viva el correr de la fría corriente del infinito desaliento.

#### LA TRAGEDIA DEL LIBRO

Todo este panorama proviene de la conformación social y política, ciega de estos países, condenados a morderse la cola, en intentos revolucionarios estériles, en acometidas sin estilo, sin gallardía.

Antes de la guerra de 1914—punto de referencia de trágica y permanente actualidad en todo análisis que se intente, tanto de las ideas como de los hombres, de los sucesos o de la política—el escritor de comienzos del siglo no conoció sino los contragolpes de esa burguesía. No era leído sino por unos cuantos espíritus

generosos. No quería entenderse que era capaz de convencer. Predominaban los estetas, los poetas, los declamadores, los retóricos, los noveladores de imitación francesa. Los que habían ido al campo a descubrir un paisaje opulento pero sin fuerza humana, entre sus bosques o quebradas, eran los únicos que comenzaban a tener ojos, oídos para el drama popular, cuya intensidad crecía poco a poco. Estaban de moda los rusos de la prerrevolución, los franceses, como Maupassant, Goncourt, Flaubert; los alemanes como Nietzsche, Sudermann, los italianos como d'Annunzio, los españoles como Galdós, Pereda, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, los ingleses como Dickens, los nórdicos como Ibsen, Björson o Strindberg. Una postura personal ferozmente individualista, presidía todos los cenáculos. La bohemia proscribía a los que no fueran adoradores de la forma pura, del estilo recamado, del preciosismo virtuoso.

Los libros tenían un camino corto y convencional. Pero después de la guerra se transformó brutalmente la condición literaria sin que cambiara la condición vital del escritor. Surgieron los valores revolucionarios, las luchas contra la burguesía, las efervescencias populares. Cayeron regímenes podridos, hombres espectaculares, instituciones centenarias. Comenzó a comprenderse que había una masa grande de sociedad que había vivido abandonada: el pueblo. La revolución rusa había modificado enteramente la mecánica de la concepción literaria y trataba de hacer del escritor un orientador, un elemento activo de la política, un ser apto para inter-

venir en la lucha, despojado del petulante narcisismo, especie de monólogo personal en el que los tipos populares decorativos no eran más que pretextos para las efusiones del propio romanticismo del autor.

Algunos escritores del siglo XIX y algunos de comienzos del XX, tuvieron fulguraciones instantáneas de comprensión del drama popular, fueron intuitivos formidables que calaron hondo, en rápidas pinceladas, en la psicología del pueblo. No en la obra coordinada, en la línea general, en la continuidad de sus creaciones. Por momentos iluminaron con vivas lamparadas el cuadro de la explotación y de la miseria. Pero regresaban luego, como asqueados, al primitivo conformismo, al monólogo personal fatigoso y fatigante. Algunos de los escritores de la llamada generación del 900, se salvan de este conformismo o de este abandono de sus primitivos impulsos. De cada revolución surgían los escritores de intención reivindicacionista de los derechos de los que carecían de derecho.

#### NOVELISTAS DE AMERICA

Se comprende que las llamadas grandes novelas de América, «La Vorágine», de Rivera; «Los de Abajo», de Azuela; «Don Segundo Sombra», de Güiraldes; «Doña Bárbara», de Gallegos; «Zurzulita», de Latorre, y «El Roto», de Edwards, surgidas poco antes o después de 1918, estén todas influenciadas por este espíritu de revolución. Sin ser revolucionarias, no obs-

tante estar construídas conforme al modelo clásico, envuelven una afirmación, puesto que ahondan en las porciones explotadas de la sociedad y erigen sobre la literatura misma la prestancia del elemento humano. Aunque sus héroes sean los hombres vencidos de la selva, de la pampa, de los llanos, de las sierras, de las ciudades, condicionan una voluntad de afirmación, y abren un sendero, a machetazos por los caminos entorpecidos y sangrantes de la naturaleza americana. Son los productos primeros con que América inicia la epopeya de su revancha contra el espíritu burgués o contra la sociedad mercantilizada o corrompida por la política o contra el europeísmo. Porque es necesario ver en ellas, no documentos artísticos exclusivamente, sino documentos de rebeldía, de cualidad combativa. El cauchero, el llanero, el revolucionario, el tropero o resero, son el pueblo, en sus proezas, en sus sacrificios, en su explotación, en su abandono, en su tragedia, en sus instintos, en sus virtudes. Es la naturaleza tan pérfida como el hombre y como él; acogedora o brutal, según los instantes de su movible existencia. En ellos se comienza a formar la voluntad, puesto que ya tienen la virtud del sacrificio como signo de sus errancias. Si vuelven la cabeza es para ver quién vacila detrás de sus pasos con el arma lista, quién ha sondeado la obscura expectación de la selva, del río, del llano o de la ciudad hipertrofiada por el mercantilismo, para cerrarle el paso. La muerte o la desaparición entrañan gestas naturales de una América expoliada y castigada

desde su conquista. Reviven las escenas del brutal soldado que no guardó la piedad sino para las bestias, y que un día cualquiera repunta en el nieta oidor, en el mercachifle de las sendas, en el cacique ignorante o en la prostituta de las barriadas miserables.

Son los engendros de una nueva literatura, no romántica, sino de rebeldía positiva. No lloriqueante, sino fuerte en su calor humano, no de sueños de gabinete, sino de experiencias, no de torre de marfil enteca y frágil, para barbilindos o invertidos, sino producto de las reacciones patéticas del dolor del autor con el dolor de la naturaleza y de sus pobladores.

#### EL PELIGRO DE LA SOLEDAD

Justamente, no habrían podido crearse esas novelas americanas si los autores hubieran vivido/recogidos en la soledad, en esa soledad peligrosa que desdeña el mundo infinitamente dramático y complejo de la realidad. La soledad, crea monstruos, desconcierta al escritor y lo convierte en un egocéntrico, para el cual sólo sus propias amarguras o sus propias penurias tienen interés. La soledad asimismo, conduce al escritor a la desesperación, al pesimismo, a la negación sistemática de los problemas humanos y le dificulta para encontrar el punto sensible de la tragedia del hombre. En la soledad, el escritor se siente perseguido por los fantasmas que su propia imaginación crea en medio de los desalientos y de las traiciones fantásticas.



El mundo del siglo pasado fué un poco más generoso para ese escritor solitario aun cuando le negó todo. Aislándose por esto mismo, creyó vengarse de la burguesía que le desdeñaba, y se entregó a esa frenética voluptuosidad de mirarse y contemplarse en función de la sola especulación artística. Al comienzos del siglo, todavía el escritor continuaba encerrado en su torre solitaria. Seguía batallando con los monstruos de la soledad, con los fantasmas irritados de ese mundo que él mismo creaba. Las concreciones humanas que echaba al exterior por la ventana de su torre, eran figuras inactuales, creaciones de un mundo construído a su imagen y semejanza que no se ajustaba a las vivas y patéticas realidades del hombre de afuera. Hoy todavía batallan algunos con los monstruos de su fantasía y se fabrican un mundo de pesadillas y deslealtades del cual son ellos los únicos culpables.

La soledad crea temores, crea los terrores. Aislándose el escritor, renuncia a la lucha, se pone al margen del torrente, para mirarlo pasar. También en la soledad es posible identificarse con los dolores humanos, a condición de que el escritor no renuncie a considerar los problemas del mundo y trate de entenderlos para interpretarlos. El miedo es lo que infunde esta aparente indiferencia. Miedo a las responsabilidades, miedo al sacrificio que es en definitiva lo que no puede eludirse en un tiempo de transformación como el actual.

Tal vez de esta postura desdeñosa deriva hoy el ataque enconado contra el escritor. Hay que considerar

los fenómenos de esta carrera dramática, como jalones solitarios de vidas que han elegido la más dura de las profesiones. Ahora el mundo tiene prisa de resolver sus problemas terribles. Ahora se exige al escritor una posición, cosa que antes nunca se le exigió. Se le pide que actúe, no en la política menuda y pestilente, sino en el centro del drama general, para que lo interprete y, si es posible, lo oriente.

Todo eso está bien. Pero lo primero es la responsabilidad. Responsabilidad para aceptar los sacrificios que impone la lucha. Responsabilidad para mantener una línea, contra todas las asechanzas. El escritor debe crear su ambiente y este ambiente no se crea cambiando de color cada día o desdeñando los sacrificios, o rompiendo su propia unidad moral, por miedo o por arribismo. Cualquiera que sea el sitio que se tome, hay que saber mantenerlo por encima de toda consideración. Si un escritor se coloca en la ribera del torrente, se une a los parásitos o a los que especulan con los débiles.

Desde luego, hay que comprender que nadie que no tenga afinidades, por la cultura o por otras causas parecidas, con el escritor, le comprenderá en sus sacrificios. En estos ambientes el escritor fué un sujeto pintoresco y continúa siéndolo. Lo que se impone es borrar ese prejuicio, producto no sólo de la ignorancia de la sociedad, sino de los escritores mismos que se han dejado marcar con los estigmas que son comunes a los traficantes vulgares de la política.

Claro es que las deslealtades son tristes y amargan

la existencia. El escritor debe comenzar por deponer sus odios de gremio, sus vanidades estériles, sus egocentrismos ridículos. Evitar ser ese hombre que palmotea la espalda cuando estamos presentes y nos acuchilla cuando no estamos. Ese hombre que nos felicita hoy, para mordernos mañana en ausencia. Se dirá que es lo humano. Mejor sería decir lo infrahumano, porque esa actitud es la misma de los desvirilizados y nivelarse con los vicios, los defectos, las monstruosidades, es hacerse muy flaco servicio. Parangonarse por las miserias con los inferiores, es olvidar que el escritor tiene una misión de superior categoría en estas sociedades.

Es lo que veremos más adelante al analizar el panorama en el cual vive el escritor y en el que ha vivido a lo largo de esta trágica, pintoresca y sorprendente historia de América.

## El buey y el asno del pesebre



**S**OBRE la ruta de Belén, el asno guiado por José conducía a la Virgen: pesaba poco, preocupada como iba de lo por venir en ella.

El buey los seguía, solo.

Llegados a la ciudad los viajeros penetraron en un establo abandonado y José se entregó al momento al trabajo.

«Estos hombres, pensaba el buey, son siempre asombrosos. Mirad lo que logran hacer con sus manos y sus brazos. Eso, sin duda vale más que nuestras pezuñas y cascos. Y nadie se compara a nuestro amo en desarreglar y ordenar las cosas, enderezar lo torcido y torcer lo derecho, hacer lo que hace sin pesar ni melancolía».

José sale y no tarda en volver, trayendo paja sobre sus espaldas, pero una paja, tan viva y asoleada que ella es un comienzo de milagro.

«¿Qué preparan allí?, se pregunta el asno; se diría que preparan un lecho de niño».

«Tal vez habrá necesidad de vosotros esta noche», dice la Virgen al buey y al asno.

Las bestias se miran largamente tratando de comprender, después se acuestan.

Una voz ligera, pero que viene de atravesar todo el cielo los despierta de pronto.

El buey se levanta, constata que hay en el pesebre un niño desnudo que duerme, y con su aliento lo calienta, por partes, sin olvidarse de nada.

Con una sonriente mirada la Virgen le agradece.

Seres alados entran y salen aparentando no ver los muros que atraviesan con tanta facilidad.

José vuelve con pañales prestados por una vecina.

—Es maravilloso, dice con su voz de campesino, un poco fuerte en esta circunstancia. Es medianoche y está como de día. Hay tres soles en vez de uno. Pero ellos se buscan para juntarse.

Al alba el buey se levanta, coloca sus pezuñas con cuidado, temiendo despertar al niño, aplastar una flor celeste o dañar a un ángel. Todo ha ocurrido en forma maravillosamente difícil.

Vienen vecinos a ver a Jesús y a la Virgen. Son pobres gentes que no tienen más que ofrecer que su rostro radiante. Después vienen otros que traen nueces, una flauta.

El buey y el asno se apartan un poco para dar pasada y se preguntan qué impresión le van a dar ellos mismos al niño, que aun no los ha visto. El acaba de despertarse.

—Nosotros no somos monstruos, dice el asno.

—Pero, tú comprendes, con nuestra figura que no es

del todo como la suya, ni como aquella de sus padres, podríamos asustarlo.

—El pesebre, el establo y su techo con las vigas tampoco tienen su figura y sin embargo él no se ha asustado por eso.

Pero el buey no se sentía convencido. Pensaba en sus cuernos y rumiaba.

«Es verdaderamente demasiado penoso no poder acercarse a aquéllos que uno ama, sin dejar de tener un aire amenzante. Es necesario, siempre, que ponga atención para no herir a alguien; y sin embargo no está en mi naturaleza embestir, sin razón grave, a las personas y a las cosas. Yo no soy un malhechor ni un venenoso. Pero donde quiera que vaya heme aquí de pronto con mis dos cuernos, me despierto con ellos, y aun cuando estoy abrumado de sueño y me siento ir en un rumor, las dos puntas, las dos, duras, están ahí sin olvidarme. Y yo las siento al extremo de mis sueños en medio de la noche».

Un gran miedo sobresaltó al buey ante el pensamiento de que él estaba tan cerca del niño calentándolo. ¡Y si él, por descuido, le hubiera dado una cornada!

—Tú no debes aproximarte demasiado al pequeño, dijo el asno, que había adivinado el pensamiento de su compañero. No hay ni que pensarlo, tú lo herirías. Y además podrías dejar caer sobre él un poco de tu baba que tan mal retienes y eso no estaría bien. Por lo demás, ¿por qué babeas así cuando estás feliz? Guarda

eso para ti. No tienes necesidad de mostrarlo a todo el mundo.

(Silencio del buey).

—Pero yo voy a ofrecerle mis dos orejas. Tú comprendes, esto se mueve, y en todos los sentidos, no tiene huesos, es dulce al tacto. Da miedo y advierte a la vez. Justamente lo que es necesario para agradar a un niño, y es instructivo a su edad.

—Sí comprendo; jamás he dicho lo contrario. No soy estúpido. Pero como el asno parecía demasiado contento, el buey agregó:

—Pero no vayas a ponerte a rebuznar ante su rostro, lo matarías.

—¡Campesino! dijo el asno.

El asno se mantiene a la izquierda del pesebre, el buey a la derecha, lugares que ocupaban en el momento del nacimiento y que el buey, amigo de un cierto protocolo, gusta particularmente. Inmóviles y deferentes permanecen ahí durante horas, como si posaran para un pintor invisible.

El niño baja los párpados. Tiene apuro en volver a dormirse. Un ángel luminoso lo espera, a algunos pasos del sueño, para enseñarle o quizá para preguntarle alguna cosa.

El ángel sale de súbito del sueño de Jesús y aparece en el establo. Después de inclinarse ante aquél que acaba de nacer, pinta un nimbo muy puro alrededor de su cabeza. Y otro para la Virgen y un ter-

cero para José. Después se aleja en un asombro de alas y de plumas, cuya blancura siempre renovada y sonora se parece a aquella de las mareas.

—No ha habido aureola para nosotros, constata el buey. El ángel tiene seguramente sus razones para ello. Somos, el asno y yo, demasiado poca cosa. Y además, ¿qué hemos hecho para merecer este nimbo?

—Tú ciertamente no has hecho nada, pero olvidas que yo he llevado a la Virgen.

El buey piensa para sus adentros:

—¿Cómo es posible que la Virgen tan bella y tan ligera ocultara este bello niño?

Pero quizás él ha debido pensar demasiado fuerte, porque el asno le responde:

—Hay cosas que tú no puedes comprender.

—Porque dices siempre que yo no comprendo. He vivido más que tú. He trabajado en la montaña, en la llanura y cerca del mar.

—Ese no es el asunto, dice el asno.

Pues:

—No sólo hay aureola. Estoy seguro, buey, que no te has fijado que el niño parece bañado en una especie de polvo maravilloso, o mejor es algo más que polvo.

—Es mucho más delicado, dice el buey. Es como una luz, un vapor dorado que mana del pequeño cuerpo.

—Sí, pero tú dices eso para hacer creer que tú lo has visto.

—¿Que no lo he visto?



El buey arrastra al asno a un rincón del establo donde el rumiante ha dispuesto, en signo de adoración, una rama delicadamente rodeada de briznas de paja que figuran muy bien las irradiaciones de la carne divina. Es la primera capilla. Esta paja, el buey la había traído de afuera. No se atrevía a tocar aquélla del pesebre: como era buena para comerla le tenía un temor supersticioso.

El buey y el asno han ido a pastar hasta la noche. Aun cuando las piedras, por costumbre, demoran tanto tiempo en comprender, había ya muchas en el campo que lo sabían. Hasta encontraron un pequeño guijarro que por un ligero cambio de color y de forma, les advirtió que estaba al corriente.

Había también flores silvestres que sabían y debían ser apartadas. Era un difícil trabajo el de pastar en el campo sin cometer sacrilegio. Y comer parecía al buey cada vez más inútil. La felicidad lo saciaba.

También antes de beber se preguntaba:

—¿Y esta agua sabe también?

En la duda prefería no beber y se iba un poco más lejos hacia un agua turbia que, manifiestamente, lo ignoraba todo.

Y a veces nada se lo revelaba sino una dulzura infinita en su garganta en el momento en que tragaba el agua.

—Muy tarde, pensaba el buey, no debí beberla.

Osaba apenas respirar; el aire le parecía algo sagrado y al corriente también del secreto. Temía aspirar un ángel.

El buey estaba avergonzado de no comportarse siempre tan bien como lo hubiera querido.

«Y bien. Habrá necesidad de ser mejor que antes. He ahí todo. No hay más que poner atención. Cuidar donde pongo mis pies».

El asno se sentía desembarazado.

El sol entró en el establo y las dos bestias se disputaron el honor de darle sombra al niño.

—Un poco de sol no estaría mal quizás, pensaba el buey, pero el asno va a decir todavía que yo no entiendo nada.

El niño continuaba durmiendo y a veces, en su sueño, reflexionaba, y fruncía las cejas.

Un día, con el hocico, el asno volvió de un lado al pequeño, mientras la Virgen respondía desde el umbral de la puerta, a las mil preguntas que le hacían los futuros cristianos.

Y María, volviéndose cerca de su hijo tuvo un gran miedo: ella se obstinaba en buscar el rostro del niño donde ella le había dejado.

Comprendiendo lo que acababa de suceder, dió a entender al asno que convenía no tocar al niño. El buey asintió con un silencio de una calidad excepcional. El sabía dar a su mutismo un ritmo, matices, una puntuación. Durante los días fríos se podía seguir fácilmente los movimientos de su pensamiento por la longitud de la columna de vapor que se escapaba de sus narices. Y darse cuenta de muchas cosas.

El buey no se creía autorizado para rendir al niño

más que servicios indirectos, atrayendo hacia él las moscas del establo, (todas las mañanas él iba a frotarse el lomo contra una colmena salvaje), o bien aplastando los insectos contra el muro.

El asno espiaba los ruidos de afuera y cuando alguna cosa le parecía sospechosa obstaculizaba la entrada. Al momento el buey se ponía detrás de él para hacer masa. Ambos se hacían tan pesados como podían: tanto como duraba el peligro, sus cabezas y sus vientres se llenaban de plomo y de granito. Pero sus ojos brillaban más vigilantes que nunca.

El buey estaba estupefacto de ver que la Virgen, al aproximarse a la cuna, tenía el don de hacer sonreír al niño. José, a pesar de su barba, lograba lo mismo sin demasiado esfuerzo, sea por su sola presencia, sea porque tocaba la flauta, El buey hubiera querido también tocar alguna cosa. Pero no le era dado hacer otra cosa que soplar.

—Yo no quiero decir mal del amo, pero pienso que no habría podido con su aliento calentar al niño. Y por lo que hace a la flauta, bastaría que yo me encuentre solo con el pequeño: en este caso él no me intimida. Se convierte en un ser que tiene necesidad de protección. Y un buey tiene por lo demás el sentimiento de su fuerza.

Cuando paseaban juntos por el campo, sucedía a menudo que el buey dejaba al asno:

—¿A dónde vas así?

—Vuelve pronto.

A donde vas así, insistía el asno.

—Voy a ver si él no necesita nada. No siempre se sabe.

—Pero déjalo tranquilo.

El buey se iba. Había en el establo una especie de tragaluz—lo que debía llamarse más tarde, por esta misma razón, un ojo de buey—por donde el bovino miraba hacia adentro.

Un día el buey sorprendió que María y José se habían ausentado. Encontró la flauta sobre un banco, al alcance de su nariz, y ni muy lejos ni muy cerca del niño.

«¿Podré hacerla tocar? se dijo el buey que no se atrevía a ir hasta la oreja de Jesús, sino gracias a este intermediario musical. ¿Una canción de labor? ¿el canto guerrero del torito valiente o la ternera encantada?»

A menudo los bueyes hacen creer que rumian cuando en el fondo de su alma cantan.

El buey sopló delicadamente en la flauta y no estuvo del todo seguro si un ángel no le ayudó a obtener sonidos tan puros. El niño se enderezó un poco, de la cabeza y las espaldas, sobre su cama para ver. Sin embargo, el flautista no se sintió contento del resultado. Estaba seguro al menos, que nadie de afuera le había escuchado. Se equivocaba.

Rápido huyó, temiendo que alguien, y sobre todo el asno, entrase y lo sorprendiera demasiado cerca de la flauta.

«Ven a verle, dijo un día la Virgen al buey; por qué no te acercas nunca a mi niño, tú que tan bien lo has calentado cuando estaba desnudo aun?»

Animado el buey se colocó muy cerca de Jesús que, para hacerlo perder toda reserva, le cogió el hocico con las dos manos. El buey retenía su aliento, en vano sin embargo. Jesús sonreía. La felicidad del buey era muda. Había tomado la forma misma de su cuerpo y lo colmaba hasta la punta de los cuernos.

El niño miraba al asno y al buey, aternativamente; al asno un poco más seguro de sí, y al buey que se sentía de una opacidad extraordinaria cerca de ese rostro alumbrado desde el interior, como si a través de ligeras cortinas se hubiera visto pasar una lámpara de una pieza a otra, en una pequeña y ligera vivienda.

Viendo al buey tan tenebroso, el niño se echó a reír.

La bestia no veía muy claro el porqué de esta risa y se preguntaba si el pequeño no se burlaba. ¿Sería preciso mostrarse más reservado aun? ¿O quizás alejarse?

Entonces el niño rió de nuevo y con una risa tan luminosa, tan filial, que el buey comprendió que había tenido razón al quedarse.

La Virgen y su hijo se miraban a menudo muy cerca. Como si se sintieran orgullosos el uno del otro.

«Me parece que no debía ser de otro modo, pensaba el buey, jamás se vió una madre más pura, un niño más bello. Pero por momentos ¡que aire tan preocupado tienen el uno y el otro!».

El buey y el asno se disponían a entrar en el establo. No sin antes haber mirado bien, temerosos de equivocarse:

—Mira pues esta estrella que avanza en el cielo, dice el buey, es muy bella, y me calienta el corazón.

—Deja mejor tu corazón tranquilo, él no tiene nada que hacer con los grandes acontecimientos a los que nosotros asistimos desde hace algún tiempo.

Tú mira lo que quieras, pero yo estimo que esta estrella avanza hacia nosotros. Mira que baja está en el cielo. Se diría que se dirige hacia nuestro establo. Y encima, hay tres personajes cubiertos de piedras preciosas.

Las bestias llegaron hasta el umbral del establo:

—Después de lo que dices, buey ¿qué es lo que va ha suceder?

—Tú me preguntas demasiado, asno. Yo me contento con ver lo que es. Y esto ya es demasiado.

—Lo que es yo, tengo mi idea.

—Quitaos, quitaos, les dijo José, abriendo la puerta. No estáis viendo que obstaculizáis la entrada e impedís a estas personas avanzar.

Las bestias se apartaron para dejar pasar a los reyes magos. Eran tres y uno de ellos, completamente negro, representaba el Africa. Al momento el buey ejerció sobre él una supervigilancia discreta. Quería ver si verdaderamente el negro tenía buenas intenciones con respecto del niño.

Cuando el rostro del negro que debía ser miope se

acercó muy cerca de Jesús para verlo, reflejó, pulido y lustrado como un espejo, la imagen del niño, y esto con tanta deferencia, con un tan grande olvido de sí, que el corazón del buey se sintió atravesado de dulzura.

«Es un buen hombre, pensó. Jamás alguno de los otros dos hubiera podido hacer eso».

Agregó al cabo de algunos instantes:

«Y es aún el mejor de los tres».

El buey acababa de sorprender a los reyes blancos en el momento en que guardaban preciosamente en sus bagajes una brizna de paja que acababan de extraer del pesebre. El mago negro no había querido tomar nada.

Lado a lado, sobre una cama improvisada prestada por los vecinos, los reyes se durmieron.

«Es extraño, pensaba el buey, mantener la corona al dormir, esa cosa dura debe molestar más que los cuernos. Y con todas esas brillantes piedras sobre la cabeza, difícilmente se debe encontrar el sueño».

Dormían sabiamente como estatuas sobre una tumba. Y su estrella brillaba por encima del pesebre.

Justo antes del alba los tres se levantaron al mismo tiempo, con los mismos movimientos. Acababan de ver en sueño el mismo ángel que les había recomendado partir pronto y de no volver cerca de Herodes, celoso, para decirle que habían visto al niño Jesús.

Salieron dejando lucir la estrella encima del pesebre a fin de que cada uno supiese que El estaba ahí.

### Oración del Buey:

Es preciso no juzgarme, celeste niño, por mi aspecto turbado e incomprensivo. ¿Acaso no podré un día no asemejarme más que a una pequeña roca que avanza?

Estos cuernos, es bien necesario que lo sepas, son más bien un adorno que otra cosa; quiero además confesarte que nunca me he servido de ellos.

Jesús, pon un poco de tu luz en todas estas pobreza y estas confusiones que hay en mí. Enséñame un poco de tu fineza; tú, cuyos pequeños pies y pequeñas manos están tan minuciosamente unidas a tu cuerpo. ¿Me diras tú, mi pequeño Señor, por qué un día me ha bastado volver la cabeza para verte todo entero? Cómo te agradezco poder estar arrodillado delante de ti, maravilloso niño, y de vivir así en la familiaridad de los ángeles y de las estrellas. A veces me pregunto si no has sido mal informado y si soy yo quien debía estar aquí; tú quizás no habrás notado que tengo una gran cicatriz en el lomo y que me faltan pelos en un costado, lo que es bastante vil. Aun sin salir de mi familia se hubiera podido designar para estar aquí a mi hermano, a mis primos que son mucho mejores que yo.

¿Acaso el león o el águila no habrían sido más indicados?

—Cállate, dijo el asno, qué es lo que tienes para suspirar así, no ves que le impides dormir con esa manera de rumiar.

«Tiene razón, se dijo el buey, hay que saber callar-



se cuando es hora, lo mismo si se siente una felicidad tan grande que uno no sabe donde alojarla».

Pero el asno oraba también:

«Asnos de tiro, asnos de basto, la vida va a ser bella bajo nuestros pasos y en alegres pastales, nuestros hijos esperarán los acontecimientos. Gracias a ti, pequeño hombrecito, las piedras permanecerán en su verdadero lugar al borde del camino y no se las verá caer delante de nosotros. Otra cosa. ¿Por qué?, pues, aun habrá cuevas y aun montañas delante de nuestra ruta? ¿Es que la llanura no sería mejor para todo el mundo? ¿Y por qué el buey que es más fuerte que yo no lleva jamás a nadie sobre el lomo? ¿Y por qué mis orejas son tan largas y no tengo crines en la cola, y mis pezuñas son tan pequeñas y mi pecho es estrecho y mi voz tiene el color de las intemperies? ¿Acaso no es esto, quizás, algo definitivo?

Durante las noches que siguieron, correspondió tanto a una estrella como a otra estar de guardia, y a veces a constelaciones enteras. Para ocultar el secreto del cielo una nube ocupaba siempre el lugar donde deberían encontrarse las estrellas ausentes. Y causaba maravilla verlas infinitamente alejadas, hacerse bien pequeñas para colocarse encima del pesebre, y guardar para ellas solas su exceso de calor, y su inmensidad, no derramando más que el necesario para calentar el pesebre, y no asustar a un niño. Primeras noches de la cristianidad. La Virgen, José, el Niño, el Buey y el Asno,

eran entonces extraordinariamente ellos mismos. Su propia semejanza que durante el día se dispersaba un poco, y se diluía entre los visitantes, volvía a tomar después de la puesta del sol una concentración y una seguridad maravillosas.

Por intermedio del buey y del asno muchas bestias pidieron que las dejase ver al niño Jesús. Y un buen día un caballo conocido por su amabilidad y rapidez fué designado por el buey, con el consentimiento de José, para convocar desde el día siguiente a todos aquéllos que quisieran venir.

El asno y el buey se preguntaban si se dejaría entrar a las bestias feroces como también a los dromedarios, camellos, elefantes, y todas aquellas bestias que se hacen un poco sospechosas por sus jorobas, trompas y un exceso de huesos y de carne.

La cuestión era válida también para los insectos peligrosos, como los escorpiones, las tarántulas, los grandes mysales, los víperos, para aquéllos y aquéllas que producen veneno en sus glándulas así durante la noche como durante el día, y aun en el alba cuando todo es puro.

La Virgen no vaciló.

—Podéis hacerlos entrar a todos; mi niño está tan seguro en el pesebre, como podría estarlo en lo más alto del cielo.

—Y uno a uno, agregó José en tono casi militar.

Yo no quiero que pasen dos bestias a la vez por la puerta, lo que se les impedirá.

Se empezó por las bestias venenosas; se pensaba que se les debía esta reparación. Pudo notarse el notable tacto con que las serpientes evitaron mirar a la Virgen, pasando lo más lejos posible de su persona. Y salieron con tanta calma y dignidad como si hubiesen sido palomas o perros de guardia.

Había también bestias tan pequeñas que difícilmente se sabía si ellas estaban allí o esperaban aún afuera. Se acordó una hora entera a los átomos para presentarse y dar una vuelta por el pesebre. Expirado el plazo, aun cuando José hubiera sentido, por un ligero escozor en la piel, que no todos habían pasado, dió a las bestias que seguían la orden de mostrarse.

Los perros no pudieron dejar de demostrar su asombro: no se les había permitido permanecer en el establo como al buey y al asno. Cada uno lo acarició en señal de respuesta. Entonces se retiraron llenos de una visible gratitud.

Luego cuando se sintió por el olor que el león se aproximaba, el buey y el asno no estuvieron tranquilos, y tanto menos cuanto que este olor atravesaba, sin poner en ello atención alguna, el incienso y la mirra y los otros perfumes que los reyes magos habían largamente derramado.

El buey apreciaba las generosas razones que motivaban la confianza de la Virgen y de José. Pero dejar

un niño, esta delicada luz, al lado de una bestia cuyo solo aliento podía apagarla de un solo golpe...

La inquietud del buey y del asno crecía al pensar que era decoroso, comprendiendo muy bien, que quedarían totalmente paralizados delante del león. No podían ni pensar en atacarlo como no podrían ir contra el relámpago o el trueno. Y el buey debilitado por el ayuno, se sentía más bien aéreo que combativo.

El león entró con su melena, que jamás había sido peinada sino por el viento del desierto, y sus ojos melancólicos que parecían decir: «Soy el león, qué puedo hacer? No soy más que el rey de los animales».

Se veía que su mayor preocupación consistía en ocupar el menor lugar posible en el establo, y, no era fácil, por supuesto, respirar sin alterar nada a su alrededor, olvidar sus garras retráctiles y sus maxilares movidos por músculos demasiado potentes. Avanzaba con los párpados bajos, escondiendo sus admirables dientes como una enfermedad vergonzosa, y con tanta modestia que parecía pertenecer, a no dudarlo, a la raza de los leones que un día habían de negarse a devorar a Santa Blondina. La Virgen sintió piedad y quiso tranquilizarlo con una de esas sonrisas que reservaba para su niño. El león miró derecho ante sí, como diciendo en un tono mucho más desesperado que antes:

«¿Qué he hecho, pues, para ser tan grande y fuerte? Sabéis que jamás he devorado sino arrastrado por el hambre y las circunstancias. Y además existe el problema de los cachorros. Hemos ensayado en lo posible

por ser hervíboros. Pero la yerba no ha sido hecha para nosotros. Eso no pasa».

Entonces su enorme cabeza, como una explosión de pelos y de crines, se inclinó y se posó tristemente sobre el suelo duro y el pincel terminal de su cola pareció también tan abrumado como su cabeza, en medio de un gran silencio que entristeció a todos.

Cuando le llegó su turno al tigre, éste se aplastó contra la tierra hasta volverse a fuerza de mortificaciones y de austeridades, una verdadera piel para descender del lecho, al pie del pesebre. Después de algunos segundos se reconstituyó entero con un rigor, una elasticidad increíbles y salió sin agregar nada más.

La jirafa mostró un buen rato sus patas en el umbral de la puerta y se consideró unánimemente que eso bastaba como si hubiera dado una vuelta por el pesebre.

Lo mismo ocurrió al elefante: se contentó con arrodillarse ante el umbral y hacer con su trompa una especie de movimiento de ascensor que fué muy del agrado de todos.

Un cordero de largas lanas insistió en que se le trasquilara en el mismo lugar: se le dejó su vellón, dándole de todos modos las gracias.

La madre canguro quiso a toda fuerza dar a Jesús uno de sus pequeños, asegurando que hacía su regalo de todo corazón, que eso no le hacía falta, que ella tenía otros pequeños canguros en la casa. Pero José no lo estimaba así y ella debió llevarse su niño.

El avestruz tuvo más suerte; se aprovechó de un momento de descuido para poner su huevo en un rincón e irse sin ruido. Recuerdo que no fué notado hasta la mañana del día siguiente; el asno lo descubrió. Jamás había visto nada tan grande y tan duro en cuanto a huevo, y creyó en un milagro. José lo desengañó de su creencia: hizo una tortilla.

Los peces no habiendo podido mostrarse a causa de su lamentable respiración fuera del agua, habían delegado en una gaviota la suerte de reemplazarlos.

Los pájaros se iban dejando sus cantos, las palomas sus amores, los cisnes su languidez, los gatos su mirada, las tórtolas la dulzura de su garganta.

Y también hubieran deseado presentarse los animales que aun no han sido descubiertos y esperan un nombre en el seno de la tierra o del mar, en profundidades tales, que para ellos es siempre una noche sin estrellas, ni luna, ni cambio de estaciones.

Se sentía palpar en el aire el alma de aquéllos que no habían podido venir o habíanse atrasado, u otros que habitando el fin del mundo, se habían puesto en marcha sobre sus patas de insectos tan pequeñas que no habrían podido avanzar más que un metro en una hora y cuya vida era tan corta que apenas si podían aspirar a avanzar cincuenta centímetros, y esto con gran esfuerzo.

También hubo milagros: la tortuga se apresuró, la iguana moderó su paso, el hipopótamo estuvo gracioso en sus genuflexiones, los loros guardaron silencio.

Un poco antes de la puesta del sol hubo un incidente que apenó a todo el mundo. José, fatigado de haber dirigido el desfile todo el día, sin tomar el menor alimento, aplastó con el pie una araña, en un momento de distracción, olvidando que ella venía a ofrecer sus homenajes al niño. Y el rostro trastornado del santo consternó a todo el mundo durante un buen rato.

Algunas bestias de las cuales se hubiera esperado más discreción se retardaban en salir del establo: el buey debió alejar a la garuña, a la ardilla, al tejón, que no querían irse.

Algunas mariposas crepusculares quedaban; se aprovecharon de su color semejante a aquél de las vigas del techo para pasar toda la noche encima del pesebre. Pero el primer rayo de sol las delató y como José no quería favorecer a nadie, las echó inmediatamente.

Las moscas, invitadas también a retirarse, dieron a entender por su mala voluntad en irse que ellas habían estado siempre allí, y José no supo qué decirles.

Las apariciones sobrenaturales en medio de las cuales vivía el buey, le cortaban a menudo la respiración. Habiendo tomado el hábito de retener el aliento a la manera de los ascetas del Asia, se volvió también un visionario, y, bien que con menos facilidad en la grandeza que en la humildad, conoció verdaderos éxtasis. Pero un escrúpulo le guiaba y le impedía imaginar ángeles o santos. El los veía como si realmente se encontrasen en la vecindad.

Pobre de mí, pensaba el bovino aterrado con estas apariciones que le parecían sospechosas, pobre de mí que no soy más que una bestia de carga o quizá el demonio. ¿Por qué tengo cuernos como él, yo que jamás he hecho mal? ¿Y si no fuera más que un brujo?

José no dejó de notar las inquietudes del buey que adelgazaba a la simple vista.

—«¡Id pues a comer afuera!—gritó.—Te estás todo el día allegado a nuestras piernas, pronto no serás más que piel sobre huesos».

El asno y el buey salieron.

—Es verdad que estás flaco, dijo el asno. Tus huesos se han vuelto tan puntudos, que te van a salir cuernos por todo el cuerpo.

—¡No me hables de cuernos!

Y el buey se dijo a sí mismo:

«Tiene razón, sí; es preciso vivir. Anda, coge este bello puñado de pasto. ¿Y este otro? ¿Te imaginas pues que es venenoso? No, no tengo hambre. ¡Qué bello es este niño! Y estos grandes seres que entran y salen y respiran por sus alas siempre batientes. Todo este hermoso mundo celeste que penetra sin salir de nuestro establo. Vamos pues, come, buey, no te ocupes de eso. Y además no es necesario dejarte despertar por la felicidad que viene a tirarte las orejas en medio de la noche. Ni permanecer tanto tiempo cerca del pesebre sobre una sola rodilla, porque eso te hace mal. Tu cuero de buey está demasiado usado ya con el roce de los huesos; un poco más aun, y las moscas van a introducirse por las desgarraduras».



Una noche tocó a la constelación del Toro estar de guardia encima del pesebre, sobre un espacio de oscuro cielo. El ojo rojo de Aldebarán lucía magnífico e inflamado muy cerca. Y los cuernos, los costados de la bestia astronómica se adornaban de enormes pedrerías. El buey estaba orgulloso de ver al niño tan bien guardado. Todos dormían apaciblemente, el asno con las orejas abatidas y confiadas. Pero el buey, si bien fortificado por la sobrenatural presencia de esta constelación pariente y amiga, se sentía lleno de debilidad. Pensaba en sus sacrificios por el niño, en sus vigiliias inútiles, en su deficiente protección.

«¿Es que la constelación del Toro me ha visto?, pensaba. ¿Ese gran ojo rojo estrellado, que brilla hasta dar miedo, sabe que estoy aquí? Esas estrellas están tan altas, están tan distantes, que ni siquiera se sabe de qué lado ellas miran».

De súbito José que se agitaba desde hacía algunos instantes sobre su cama, se levanta, dirige los brazos al cielo. El, que por costumbre muestra tanta medida en sus gestos y sus palabras, he aquí que despierta a todo el mundo, incluso al niño.

«He visto al Señor en sueños. Debemos partir sin tardanza. Sí, a causa de Herodes que quiere apoderarse de Jesús».

La Virgen toma al niño en sus brazos como si el rey de los judíos estuviese ya allí, en el umbral de la puerta, un cuchillo de carnicería en la mano.

El asno se pone de pie.

—¿Y éste?—dice José a la Virgen mostrando al buey.

—Me parece muy débil para venir con nosotros.

El buey quiere demostrar que no tiene nada. Hace un enorme esfuerzo para levantarse, pero jamás se ha sentido tan amarrado al suelo. Entonces, implorando socorro mira la constelación del Toro. Sólo cuenta con ella para tener la fuerza de partir. El celeste bovino permanece impasible, la pupila siempre roja e inflamada, y siempre de perfil mirando hacia el buey.

—Hace muchos días que no come—dice la Virgen a José.

«¡Oh! Comprendo muy bien que van a dejarme aquí. Esto era demasiado bello, no podía durar. Por otra parte, yo no habría sido en la fuga por los caminos más que un espectro huesoso y retardatario. Todas mis costillas ya están hartas de mi piel y no piden más que sentirse libres bajo el cielo».

El asno se acerca al buey, frota su hocico contra el del rumiante para hacerle saber que la Virgen acaba de recomendarlo a una vecina y que no le faltará nada después que partan. Pero el buey, los párpados semicerrados, parece absolutamente anonadado.

La Virgen lo acaricia y exclama:

—¡Pero si nosotros no nos vamos de viaje, bien entendido. Era solamente para darte un susto!

—Eso no hay ni qué decirlo, nosotros volveremos pronto, agrega José, no se va así no más, tan lejos, en medio de la noche.

—La noche está muy bella, continúa la Virgen, y la aprovecharemos para hacer tomar aire al niño, ha estado un poco pálido estos días.

—Es absolutamente cierto, dice el santo.

Es la piadosa mentira. El buey lo comprende y no queriendo molestar a los viajeros en sus preparativos, simula caer en un profundo sueño. Es su manera de mentir.

—Está dormido, dice la Virgen, pongamos paja del pesebre cerca de él para que no tenga necesidad de nada cuando se despierte. Dejémosle la flauta al alcance de su aliento, continúa en voz baja, le gusta tocarla cuando él esta solo.

Se disponen a salir. La puerta del establo cruje.

—Hubiera debido aceitarla, piensa José, que teme despertar al buey, pero éste simula siempre dormir.

La puerta vuelve a ser cerrada con cuidado.

En tanto que el asno del pesebre se convierte poco a poco en el asno aquel de la fuga al Egipto, el buey permanece con los ojos fijos sobre esta paja donde antes reposaba el niño Jesús.

Sabe que jamás la tocará como tampoco la flauta.

La constelación del Toro, de un salto, alcanza el cenit y de una sola cornada se fija en el cielo, en el lugar que ya no debía dejar jamás.

Cuando la vecina entró, un poco después del alba, el buey ya había cesado de rumiar.

(Versión de E. Molina Ventura).

## La casa nueva de la justicia

(Utopías)

*Al amigo Dr. Lorenzo Amaya*

.... Y la belleza de las cosas sociales, ¿qué es?—La Justicia.—*Eugenio D'Ors.*



O sé si las recordaré a todas, pero estas son las proposiciones que un extraño arquitecto me confió una noche en la media muerte de mi sueño, y que esperaba poder levantar un día la Casa Nueva de la Justicia, conforme a los planos y exaltación de su pensamiento.

—«Hay que edificar de manera nueva la Casa de la Justicia.

«Para edificarla vendrán los humildes con su fe, los buenos y los menos buenos, los pícaros y los cobardes, los tímidos y los violentos, los audaces y los menguados, los ambiciosos y los fuertes, los encumbrados y los ruines, los puros y los culpables, los envidiosos y los justos. Todos la edificarán férvidamente, todos le pondrán su hombro esperanzado.

«¿Y quién duda que se levantará con dolor la Casa Nueva de la Justicia?

«Elegidos seran los materiales a fin de que el edificio tenga pesadez mínima pero también firmeza, esbeltez y majestad, fuerza y belleza compartidas. Su esqueleto metálico será casi pensamiento y sus paredes como de cristal vibrante, para que no guarden secretos afrentosos.

«Toda ella tendrá cuerpo decidido, estructura de templo antes que de institución burócrata; promoverá más bien decorosa y recogida emoción en el ánimo de las gentes que apocamiento, menoscabo o miedo servil. Limpia y alegre y soleada será. Sobre todo soleada: disfrutará así la Justicia de buena salud y el sentido dinámico de su moral sin embozos nacerá longevo y soberano por merced de la sola claridad aséptica.

«A fin de que triunfe el espíritu ascético de su arquitectura en unión evangélica con la sencillez, suprimidas serán las alegóricas estatuas de yeso que la decoraban frívola y enfáticamente. Comenzando con la de la Justicia, representada por una matrona con ancha venda—¿imparcialidad o azar?—sobre sus ojos, una balanza en fiel absoluto sostenida por la mano izquierda y una inflexible filosa espada en la diestra, y terminando con la de la Fuerza que estuvo siempre detrás de la matrona en caballeresca postura de defensa y de tutela, todas sufrirán destierro de la ecuánime Casa Nueva de la Justicia. Así su hermosura se alza

rá derechamente hacia el cielo como un haz sereno de voluntades, de esperanzas y de sueños edificados.

«Las antesalas adonde se va a esperar justicia, en nada parecidas a aquellas otras duras e inhóspitas de antes, serán acogedoras, francas, tónicas y su ambiente, soliviado en luz, anticipa casi respirable la atmósfera próxima de la Justicia, haciendo imposible el escepticismo jurídico en los espíritus.

«Mi humildad y bien enraizada pasión me librarán, estoy seguro, de parecerme a «los arquitectos, por lo menos los de fama, que se quedan en la tarea de primer proyecto y esbozo, sin tocar materialmente las cosas, ni conocer la santa resistencia, las santas dificultades físicas de las cosas» y de la colaboración de los hombres...

«Y como la justicia no costará dinero, no costará tiempo, no costará padecimientos; siendo gratuita como un don, necesaria como un bien, se escribirá apenas lo indispensable, sin retrasos, con lo cual terminarán los quehaceres de las anónimas manos influyentes—amistosas, jerárquicas, adineradas o de parientes—y sus cálculos de premura o lentitud.

«Y como se habrá recreado la fe en la Justicia, porque reedificado fué su sentido esencial en el espíritu humano, simplificada la técnica de su administración, reintegrada a su crédito la dignidad de la palabra oral, los derechos naturales y escritos del hombre no serán ya una dádiva ofrecida por conmiseración del Poder

Público desde su Casa de la Justicia, sino una restitución legítima.

«Y los jueces, investidos de una dignidad nueva muy antigua, no fatigarán ya más sus doctas manos en la rutina de extraer sentencias entre la asfixia sombría de las lívidas montañas de papel, de antes, ni esterilizarán su alma en los extenuadores agobios que les privaron de vivir, de enterarse de otras luces.

«Y como procurar justicia no trae lucros, han disminuído por natural selección los profesionalismos, elevándose los escogidos, por su probada vocación social, a la aspirada categoría de honrosos ministerios. Los abogados disputarán a los jueces una casi aureola de santidad... ».

Mi despertador sonó su campanilla, interrumpiendo al extraño arquitecto su desvarío ideal en el preciso instante que su pensamiento hereje planeaba, rectora y audazmente, fuera de la estricta jurisdicción de las leyes matemáticas de su Casa Nueva de la Justicia.

## Tarde

**B**arcos de oro anclados  
en el silencio del atardecer.  
Torva ala de pájaro  
tiznando el cielo;  
atravesando el seno rosa  
de esa nube-mujer.  
Los brazos despojados  
de la verde esperanza, sueñan ser,  
croquis absurdos,  
nidos de la idea  
dibujando en el cielo rosa  
el germen de un florecer.  
Ayer, rosa de plata  
tejida en el tapiz del mar,  
rauda nave viajera,  
turbando la ola,  
batiendo espuma, bailó ebr.a  
la danza de piratear.  
Banderolas ágiles  
en la dulzura del anochecer,



trepando hacia los mástiles,  
y tejiendo en el cielo  
la telaraña de la muerte  
o los brazos de una mujer.  
Soy, rosa de oro  
nacida en el azul del mar,  
mi corazón vistió sus mástiles  
velas de alma  
cruzadas de nostalgias,  
con ansias de piratear.  
Nave de sol anclada  
en el comienzo del amanecer,  
del viaje aun no pienses.  
Seré siempre la vaga prisionera  
muerta de sed.

Aída Moreno Lagos

## VIVIR

Para Juanita Quindos de Montalva



h, el alma que no se cansa  
de vivir...

Y de soñar y sufrir!

¡Buena amiga es la esperanza!

¿Buena amiga? Yo no sé  
si es amiga mala o buena,  
aunque volando en mi pena  
noche a noche la encontré.

Tal vez renací por ella...  
Y eso es triste... renacer!  
cuando pudo bien no ser  
huella de dolor, mi huella.

Ay, de mí, piedra que, herida,  
dejó la tierra que hollaba!  
¿Dónde empieza y dónde acaba  
la vida?

Piedra lanzada al vacío:  
hoja arrastrada al azar.  
El río devuelve al mar  
el agua que el mar dió al río.

¡Oh, esperanza, buena amiga!  
¡Oh, mala amiga, esperanza!  
Tu vino hierve en mi pena  
otra vez! Siga la danza..

Y en el alegre turbión;  
reír sin querer reír!

—¡Vivir!—

Y apretujarnos y unir  
el recuerdo y la ilusión!

## La gran trayectoria política de latinoamérica

### I

#### NACIONALISMO, LOCALISMO



**E**STAMOS ya bastante lejos de las culturas y de los gobiernos localistas, que fueron, por excelencia, las culturas y los gobiernos medievales. El torreón y la almena fueron todo el castillo feudal e importaban, desde el punto de vista del espíritu, la restricción absoluta y plenaria de toda universalidad. El señor, el castellano, era el señor en el sentido más lato de la palabra: administraba la espada y la horca que constituían los signos y los instrumentos efectivos de su dominio. Sabemos que la monarquía fué, entonces, sólo una abstracción moral y jurídica y que el soberano era tan abstracto y tan débil en el terreno de las realidades políticas y militares que su actitud natural y habitual era una actitud defensiva, frente a las insolencias y a los latrocinios de sus vasallos. El poder concreto, el poder de facto,

el poder hecho carne de realidad tangible, residía en el señor.

No quiere decir esto que el espíritu medioeval careciera de un espíritu unitario y congruente, ni que participemos de la leyenda oscurantista de la Edad Media. Nunca fué más cierto, si cabe, el antiguo aforismo de que la multiplicidad se da siempre dentro de la más rigurosa unidad. Lo distinto, lo dispar, lo inconexo, en el sentido absoluto del concepto, no puede ser órgano de expresión histórica, porque es negación y contraposición, porque carece de concatenación biológica y, de consiguiente, no alcanza jamás a ser el vehículo y la expresión de una época. El localismo provincial o parroquial de la Edad Media constituyó una etapa necesaria y lógica dentro del proceso de la cultura occidental y tuvo, en algunos conceptos, sus espléndidas floraciones espirituales. Entonces el mundo europeo no pudo ser sino localista y provincial. Como todo organismo comienza a generarse por la célula, el organismo político y cultural europeo debió generarse por la célula política y cultural que es la parroquia, la provincia o la marca territorial. A la restricción del espacio tenía que corresponder, por correlación lógica, la restricción del espíritu. Es el incoercible proceso dialéctico. El feudo, el señor y el castillo desempeñaron una misión biológica y educadora de enorme trascendencia, porque, sin ellos, lo que ahora conocemos por el mundo contemporáneo no habría podido nunca constituirse.

Con el hundimiento del sistema feudal comienza la

era de los nacionalismos; comienza, también, en realidad, la era de la Monarquía. A la unidad celular de la parroquia, sucede una unidad de más amplio circuito: la unidad de la nación. A la congruencia biológica del feudo, sigue una congruencia biológica de más dilatada envergadura. Sólo, entonces, la Monarquía teórica, abstracta y moral, se hace tangible y concreta. Entonces, también, el soberano es el soberano en carne de la realidad política, económica y militar. Reside en él el poder de facto, el poder concreto y la soberanía jurídica se traduce en dominio.

Mas, la modalidad o el clima de la Edad Media debía prolongarse hasta la Revolución Francesa, no obstante haberse constituido, desde hacía algunas centurias, casi todas las nacionalidades europeas. Las fechas de los manuales no logran jamás encasillar una sustancia tan móvil y flúida como la de la historia. Nada tan falso como las casillas cronológicas. Ocurre con la historia que los hechos precedentes tiñen, impregnan con su sabor a los hechos posteriores y subsiguientes, a la manera como la cauda de un cometa va dejando su ruta de esplendor, aunque su masa cósmica se encuentre a millones de leguas de distancia. En verdad, el espíritu del castillo feudal trasvasándose a la monarquía personalista y al absolutismo del derecho divino de los reyes cayó con la Bastilla. El Estado soy yo, pasó a ser, el Estado es la nación. Es ya el nacionalismo europeo que destaca sus perfiles,

pero es un nacionalismo que todavía no ha rebasado el espíritu parroquial.

Desde entonces acá toda la cultura occidental es una cultura nacionalista pero, el patriotismo europeo no tiene aún otro sentido que el de la restricción localista. La parroquia medioeval se prolonga, un poco más dilatadas sus fronteras, hasta nuestros días. El objetivo paneuropeo de Napoleón choca contra la parroquia feudal y ella es hasta el presente el gran obstáculo para la unidad política y económica de Europa. El nacionalismo restrictivo de cada nación arrastra al mundo a la guerra de 1914. La pugna presente de Europa es la pugna desgarrada de sus nacionalismos. Jadea entre la energía gravitante de su pasado histórico y las fuerzas dinámicas y creadoras del porvenir. El patriotismo parroquial o patriotismo nacionalista lucha, con petetismo trágico, por hacerse patriotismo paneuropeo. En este forcejeo surge, a veces, la petipieza o el paso de comedia que anuncia, sin embargo, la madurez y el logro del futuro. La historia contemporánea está llena de estas zarzuelas u operetas bufas que contienen, no obstante, un germen de sustantividad biológica. No es que queramos hacer una paradoja. ¿Hemos aludido, acaso, a la Liga de las Naciones?

## II

## NACIONALISMO Y PATRIOTISMO CONTINENTALES

Ya Guillermo Ferrero apuntaba que el nacionalismo europeo no sólo era parroquial en el sentido político, económico y militar, sino en el sentido geográfico, territorial y topográfico. Basta viajar, decía el publicista italiano, unas pocas horas en Europa para que el paisaje, la forma de gobierno, la lengua, la religión, las costumbres, la raza y el espíritu cambien de un modo radical.

Efectivamente, de París a Berlín o a Londres hay más distancia psicológica que de México a Buenos Aires y hay más extensión histórica, política y etnológica que entre el Río Bravo y el Cabo de Hornos. Mientras en Europa la frontera es, hasta cierto punto, natural, porque obedece a un determinado sistema orgánico y biológico, en América Latina es una simple convención jurídica, una mera delimitación caprichosa que no se ajusta ni a las conveniencias y necesidades políticas, ni a las realidades espirituales y económicas de los Estados. Mientras en Europa, con frecuencia, los pueblos originan y construyen los Estados, en América el pueblo es una gran unidad y los Estados son meras circunscripciones artificiales. Mientras pueblo y Estado en Europa son casi sinónimos, porque hacen referencia a las mismas realidades, porque éste es la tra



ducción política y jurídica del estado económico, físico y anímico de aquél, en la América Latina pueblo y Estado tienen un sentido diferente y, a veces, hasta antagónico, porque el Estado es una simple delimitación o convención que no designa una parcela sustancial de la realidad. En Europa el Estado fué una fuerza unificadora y constitutiva; en América es una fuerza atomizadora y disgregante. Las diferencias entre los mal llamados pueblos de Indoamérica son tan mínimas y tenues que no logran nunca constituir individualidades separadas como en el Viejo Mundo. De norte a sur los hombres tienen el mismo pulso y la misma acentuación vitales. Constituyen en realidad un solo pueblo *standard* de carácter típico, específico, general y ecuménico.

Así se comprende que mientras el nacionalismo parroquial de Europa tiene que vencer formidables barreras naturales, históricas y biológicas para superarse y hacerse patriotismo paneuropeo, el nacionalismo lugareño de América, el patriotismo restrictivo de cada Estado no tiene ningún obstáculo natural, tradicional o atávico para ascender y alcanzar un nivel superior.

En Europa, hasta cierto punto, el nacionalismo restrictivo es el resultado de un sistema orgánico de coordenadas históricas, raciales, económicas y geográficas; en América Latina es el engendro del caos, del mundo inferior y avisa!, de las fuerzas ciegas, negativas y zoológicas, de la ausencia de un gran estilo político

constructor que sea consciente de los supremos objetivos continentales.

Hubo un momento en la vida del Viejo Mundo en que el nacionalismo fronterizo desempeñó una gran misión histórica y, por eso, sus raíces más profundas están sumergidas en la savia biológica de su crecimiento. Como el feudo, la nación fué una realidad educadora y constructora: constituyó un estadio o etapa necesaria en el proceso de la cultura europea. En el Nuevo Mundo, el nacionalismo parroquial es extranjero y foráneo, es ilógico y antinatural; es una redundancia y, por ende, un retroceso de la historia misma, un paso regresivo; es la escurraja o el material de acarreo que el caleo irracional y servil de la vida europea nos impuso. Si en Europa la pugna de los nacionalismos es una tragedia conmovedora porque encierra todo el drama de su pasado, en América es una estupidez y un crimen inexcusable contra el porvenir.

Somos, pues, los latinoamericanos, el primer Pueblo continente de la historia y nuestro patriotismo y nacionalismo tienen que ser un patriotismo y un nacionalismo continentales. Todo nos impulsa, visiblemente, hasta para los ojos menos zahoríes, a crear y constituir una cultura más universal que la europea. El mismo tipo *standard* del hombre latinoamericano, que tiene una misma pulsación cósmica, determina su destino histórico. Europa nos ha educado y tiene aún que educarnos, pero nosotros tenemos la responsabilidad de rebasar sus limitaciones inherentes, alumbrando, cla-

rificando y definiendo su misión histórica y humana. No es por el camino de la imitación mimética que vamos a cumplirla, sino por el camino de la diferenciación y de la creación original. Sería insensato no comprenderlo.

Sólo para el villano y el siervo de la Edad Media resulta una paradoja hablar de patriotismo continental, porque es un concepto que cae fuera de sus realidades económicas, políticas y sociales; así como para el chauvinismo contemporáneo, usufructuario de las banderas nacionales, resulta paradójico que se hable de patriotismo socialista o revolucionario.

El pequeño *panneau* del patriotismo parroquial de Juan Sin Tierra, por ejemplo, fué negado dialécticamente y rebasado por el *panneau* mediano del patriotismo nacionalista de Clemenceau, pongamos por caso; y éste, a su vez, debe ser superado por el gran *panneau* del patriotismo continental del pueblo continente que es América. La espiral tiene en su base un círculo pequeño y remata en un gran círculo que abarca un horizonte histórico más vasto. Es preciso conservar la justa perspectiva de estos *panneaux* de expresión histórica si se quiere comprender también, en su justa proporción, la entraña viva de los acontecimientos. La perspectiva mal enfocada da por resultado que el enano resulta un gigante, o que éste resulta un enano. De allí esa miopía, cuando no daltonismo completo, de nuestros estadistas y hombres públicos frente a los acontecimientos capitales de nuestros países y fren-

te a los movimientos políticos, culturales y sociales de gran envergadura continental.

Del nacionalismo europeo al nacionalismo latinoamericano hay la misma distancia que del sepulcro a la cuna, del pasado al porvenir, de lo abolido y muerto a lo que está en plena vigencia histórica y en toda su poderosa ascensión vital. El uno, es el *de profundis* de una tumba; y el otro, es la diana y el vagido de un nacimiento. Para nadie más que para el hombre americano de hoy, existe la responsabilidad y la urgencia de establecer la justa perspectiva del patriotismo contemporáneo.

### III

#### EN EL TRANCE DRAMATICO

No queremos hacer de augures con respecto al destino de América latina. No se trata de una profecía o de un raptó adivinatorio, extraídos del curso de los astros o de las entrañas de las víctimas. Se trata, ciertamente, de un imperativo y gravitante proceso dialéctico que surge, con limpia transparencia, de un análisis racional, verificado con todo el rigor científico.

Como el niño en su primera edad, el hombre latinoamericano ha vivido hasta hoy regido sólo por el instinto que regula las ciegas fuerzas biológicas de su estructura orgánica. Empero, los pueblos, como los hombres, no pueden quedarse en esa etapa infantil del ins-

tinto, so pena de renunciar a sus destinos superiores. Prolongar la edad pueril más allá de los límites consiguientes, es un llamamiento apresurado a la disolución y a la muerte en un estadio que ni siquiera puede llamarse de vejez, puesto que ha carecido de virilidad creadora.

La América latina atraviesa quizás el instante más crítico y dramático de su vida y está en el trance de sus decisiones vitales que asumen mayor trascendencia. Nada define mejor esta cuita trágica que el *to be or not to be* de Hamlet, aunque el símil sea resobado. Anquilosamiento, regresión y muerte o ascensión biológica, vigencia histórica y continuación progresiva, ésta es la alternativa de nuestros pueblos. Detenerse es el retorno al caos, es tanto como morir y disolverse.

La contextura de nuestros pueblos, el sentido interno y profundo de la vida continental, el carácter unitario y ecuménico de nuestra alma colectiva, la compulsión dialéctica de nuestra estructura histórica, nuestros grandes intereses políticos y económicos nos llaman a la solidaridad, a la mancomunidad y a la unión. Pero no a una solidaridad platónica y discursiva, tema adocenado y vulgar de las cancillerías entre copa y copa de champaña, sino a la constitución de un vasto organismo concreto y tangible, de un organismo que rijan en carne de realidad política, económica y cultural nuestros destinos superiores.

En suma, podemos formular esquemáticamente la trayectoria futura de América latina: **N a c i o n a l i s-**

mo lugareño, regresivo, antidialéctico, nacionalismo atómico y parroquial a la europea, impregnado de la pugnacidad disgregante de la Edad Media. O nacionalismo continental, unitario, congruente, constructivo y de una más amplia pulsación espiritual y humana.

Cajamarca, Perú, julio de 1935.

Carlos Charlín Correa

## Triptico

UN HOMBRE DE CIENCIA. — UN HOMBRE DE LETRAS.—UN HOMBRE DE FE

### El Doctor Víctor Morax

(Homenaje rendido en la sesión celebrada en memoria del Dr. Víctor Morax, por la Sociedad Chilena de Oftalmología, el 5 de junio de 1935).



**A**CABA de morir el Dr. Víctor Morax, sin duda el oculista que con Lagrange, ha tenido más personalidad y marcado con más honda huella la oftalmología francesa en el presente siglo.

Tuve el honor de ser su alumno hace veinte años, exactamente hace veintidós años y quiero recordarlo para ejemplo de todos.

Fuí por primera vez al Hospital Lariboisiere, al servicio del «Pere Morax», el mejor servicio de París entonces, una mañana de invierno, con neblina así como ésta; no recuerdo quién me encaminó allá. Llegué sin carta de recomendación. Me encontré con un caballero

gordito, de barba en punta, de delantal blanco, de gorra blanca, abrigado con una pelerina azul. Sus ojos pequeños, de un brillo extraordinario, movedizos, chispeantes, que sonreían y que también parecían reírse del prójimo, denunciaban la constante actividad del intelecto. Me tendió la mano y me dijo «Vous etes du Chili, mas c'est loin ca, c'est en Amérique du Sud, je crois. Eh! bien vous venez travailler; tres bien, travaillez». Se acabó la ceremonia y pasé a tomar sitio detrás del maestro, entre su corte de oculistas franceses, americanos, japoneses, algerianos...

Morax llegaba a las nueve de la mañana, con una gran cartera ministerial debajo el brazo; allí llevaba desde su casa al hospital y del hospital a su casa, los trabajos que tenía entre manos. Nunca dejaba de tener algo en astillero. Le encantaba el Laboratorio—(era al mismo tiempo profesor del Instituto Pasteur y Director del servicio de Lariboisiere)—pasaba una buena hora en la Clínica ante el microscopio ya en trabajos de bacteriología o histopatología. Ambas actividades no fueron meros pasatiempos, flirteos, jugueteos científicos. Tal vez sea el oftalmólogo que mayor contribución haya aportado a la bacteriología, en los últimos treinta años; citaremos de paso además de sus inmortales trabajos sobre el diplobacilo, la conjuntivitis angular, sus publicaciones sobre el tracoma, la conjuntivitis de piscina, conjuntivitis folicular, linfogranulomatosis maligna ocular, oftalmía simpática, oftalmía neo-natorum, conjun-



tivitis de Parinaud, conjuntivitis producida por el micrococo catarral, etc.

En cuanto a sus aficiones histopatológicas, dieron como fruto sus magníficas obras: «Pathologie Oculaire» y «Le Cancer de l'appareil visuel», textos de consulta que no faltan en ninguna biblioteca de la especialidad.

Era un laboratorista, y tal vez esta inclinación lo hacía tener en gran estima el estudio de las afecciones externas. No se inscribía ningún enfermo en Lariboisiere, sin que fuera presentado al Pere Morax.

Iniciaba la mañana recibiendo la consulta externa. Allí aparecían sus cualidades fundamentales clínicas.

Primero: la rapidez «du coup d'oeil». Miraba sonriente un segundo y ya había visto en el conjunto de anomalías, que constituye un cuadro clínico, lo esencial. En un segundo sus ojitos brillantes habían hecho la disección de la sintomatología y dejado en el primer plano el signo patognomónico, y cual dardos habíanse clavado en la fama. Después de veinte años tengo bien presente dos casos característicos.

El doctor examina un enfermo con úlcera corneal, observa la úlcera con detención un rato y luego después sin decir palabra, rápido agacha la cabeza del paciente y principia a separar con gran cuidado el pelo y a inspeccionar el cuero cabelludo «Ah! voila!» dice y nos muestra lo que buscaba, una formación costrosa propia del herper zoster.

Se trataba de una queratitis ulcerosa herpética.

Otra vez examina un niño con una blefaritis aguda

extraña. De repente levanta bien arriba la manga de uno de los brazos del chico y descubre una vacuna brotada.

Se trataba de una blefaritis vaccinal.

Segundo: la concisión. Hablaba poco, a medias palabras y decía justo lo necesario, casi en estilo telegráfico. Este amor de la concisión y de la simplicidad se revelaba hasta en la firma de sus artículos, que publicaba en alemán, inglés, español: V. MORAX, ningún título, nada; el título era su nombre y quien sabe si esta modestia era humildad orgullosa. Cuando le mandé mi primera colaboración para «Les Annales d'Oculistique» me presenté con todas mis condecoraciones: jefe del servicio de Oftalmología del Salvador, profesor extraordinario de Oftalmología, ex ayudante de Oftalmología del Hospital Lariboisiere. El artículo salió sólo con mi nombre, pero como era totalmente desconocido, fué magnánimo el Pere Morax, agregó, Santiago-du-Chili.

Tercero: la sensatez. Su mente era de un equilibrio perfecto. No aceptaba fantasía ni divagaciones, ni palabrerías, ni lucubraciones. Empezaba un ayudante a exponer el caso con grandes circunloquios y el Doctor interrumpía «au fait monsieur, au fait monsieur» y de dos reveses liquidaba el problema clínico.

Era de una sensatez sanchopancesca, que sorprendía y lo dejaba a uno perplejo. «Au fait, au fait» decía, como señal de alarma, haciendo un llamado, para juntar

las ideas, cual tropa dispersa que en desbande, preparaba el error, la derrota.

De la consulta de afecciones externas, pasaba a la Refracción y Oftalmoscopia. También allí todas las cosas le eran consultadas. No era el profesor que muy de tarde en tarde, cual emperador alterna con sus subditos. No, este era un rey «bon homme» que se codeaba a cada rato con uno, era un rey que andaba sin corona, como cualquier transeúnte. Pero esta bonhomía no impedía que de vez en cuando, el monarca de Lariboisiere, golpeara el suelo con su cetro.

Aquí en esta sección aparecía también el gran clínico: rapidez de concepción, erudición, buen sentido, resolución.

Recuerdo que un día me llamó y me dijo: «Examine este enfermo», se trataba de una papilitis. «Est-ce un oedeme ou une nevríte?» me preguntó a quemarropa, después del examen oftalmoscópico; empecé por darle detalles de la papila, que hablaban en favor del edema. «Mais» me interrumpió, «ne regardez donc par la papille monsieur, regardez la tete du malade, s'il vous plait». Mi enfermo tenía un cráneo en torre. Y agregó «Il y a des gens fous pour les petits details et qui oublient les grandes lignes».

Dos o tres veces a la semana operaba. Morax era un gran operador. Tenía gran predilección por la cirugía plástica, sobre todo después de la guerra. También le preocupaba mucho la cirugía del glaucoma. A esta

afección le dedicó largos estudios y fruto de esos es su obra tan conocida «*Glaucome et glaucomateux*».

Si algún tiempo le sobraba, pasaba a su pequeña biblioteca. Era un erudito, leía mucho, todo lo que aparecía de importante en la especialidad, pero jamás hablaba de sus lecturas. Cuando publicaba algo se limitaba a decir, lo que él había visto, pensado o hecho y no lo que había leído.

Arrancaba de lo libresco como del demonio. Para él, el mayor enemigo de la investigación, es decir de la ciencia de verdad, es el libro. Consideraba que la única labor científica real, es la que nace de la observación propia de la naturaleza—y quizás esto sea también valedero para la producción artística y literaria.

Era un gran observador y cuanto observaba lo anotaba. Examinaba al enfermo con papeleta y lapicera en mano. Después reunidas estas anotaciones imparciales, material clínico riquísimo, daban lugar a esas comunicaciones que regularmente publicaba la prensa oftalmoscópica, que tenían un sello personal inconfundible.

Bastaba ver la concisa firma. V. Morax, para saber que allí venía algo substancioso, original, rico.

Fué Director de los «*Annales d'Oculistique*», durante treinta años, cuidando así, la alta cultura de la especialidad. Al mismo tiempo lo preocupaba la cultura inicial oftalmológica, y facilitaba los primeros pasos del especialista, con sus «*Manuel d'Ophthalmologie*», que alcanzaron varias ediciones.

Y toda esta labor inmensa la realizó sin ningún título oficial, simplemente como V. Morax, porque hasta su título de doctor lo suprimía.

Sólo agregaré para terminar, que además de ser un hombre erudito, sabio, hábil, diligente, constante, incansable, era bueno y porque era un hombre bueno, después de veinte años lo recuerdo filialmente y cuando supe su muerte me pareció que perdía un pariente querido y se me hizo un nudo en la garganta. Con el maestro se iba también mi juventud.

### Eduardo Solar Correa

Carácter singular, personalidad recia. Su vida fué una línea recta, rígida, inflexible, una flecha que inicia su trayectoria hace veinte años y bruscamente, cuando ascendía más y más se detiene y cae.

Recibido de abogado, entrega el diploma a su padre y entra a un colegio como profesor de castellano; es su vocación. Vocación extraña, sus amigos no comprenden, sus parientes no se explican. ¿Qué le ofrece este camino árido y obscuro? Nada de lo que buscan los demás, ni placeres, ni honores, ni fortuna.

Este fué el primer signo de la fortaleza de su espíritu y de la independencia absoluta, total, de su criterio.

A nadie consulta, ni a nadie oye. Se ha hecho su composición de lugar, ha escogido su sendero y como su cuerpo frágil está armado de una alma fuerte y valien-

te, nada le importa ser un caminante solitario. Ni sabe que anda solo.

Pasa años enseñando modestamente el idioma patrio a los niños, y los niños al principio no lo comprenden. Va penetrando cada vez más hondamente en la materia enseñada; la belleza del idioma lo conquista y después, otra etapa, emprende la conquista del idioma. Entonces aparecen uno tras otro sus magníficos libros de lectura.

Ya el profesor «amateur» consagrado en su colegio, es consagrado en los otros colegios y después, hecho inaudito, estos libros de un profesor católico, «reaccionario» y «obscurantista», sin diploma, son aceptados por los Liceos del Estado, solicitados por varios países del continente y por la Madre Patria.

Al profesor «aficionado» le rinden pleitesía todos los pedagogos oficiales «diplomados» de la República, y un buen día la Universidad, el Instituto Pedagógico, otro hecho inaudito, le entrega una cátedra, la enseñanza de la Estética Literaria.

Es un erudito en filología, pero es un erudito artista, rara simbiosis.

Goza con la etimología, la sintaxis, la lexicología, la corrección de la frase, pero de este placer técnico asciende y llega a saborear brebaje más espirituoso y aromático; contempla la armonía del período, la profundidad del concepto, la espontaneidad y la gracia de la imagen, la disciplina del discurso, la lógica del raciocinio, el encadenamiento de las ideas, la simplicidad, la na-

turalidad del decir, en fin, asciende del tecnicismo a la literatura, y llega al pórtico de la diosa, y penetra en el templo de la belleza.

De la crisálida ha nacido la mariposa, del profesor de castellano ha nacido el literato.

En este segundo ciclo escribe, e inmediatamente queda consagrado el artista, en todos los cenáculos nacionales. Es elegido vicepresidente de la Academia de Bellas Letras de la Universidad Católica.

Pero es un literato que no ha dejado de ser profesor, es un artista que sigue siendo un técnico; se aplica a sí mismo lo que enseña a sus alumnos: método en las lecturas, graduación en los conocimientos, disciplina en el trabajo, constancia en el esfuerzo.

Durante largos años estudia la época prerrenacentista, en la madre patria, la Edad de oro y pocos hombres en Chile, muy pocos, conocían sus clásicos como Eduardo Solar, aquí donde los clásicos son menospreciados hasta por hombres de letras.

Con este trato diario enriquece su vocabulario, castiga la frase, purifica el gusto.

En seguida aborda los románticos, los modernos, los contemporáneos.

En su marcha, el caminante solitario no se detiene, sube la otra cuesta, amplía su horizonte. Aprende francés con tenacidad, cultiva este idioma hasta dominarlo y entonces aborda «le grand siècle»; el siglo XVIII, el siglo filósofo; el siglo XIX, que nace puro, ingenuo, romántico y muere envenenado, sensual y materialista.

Siente en él un vacío: no conoce el latín. Va de colegio en colegio, de convento en convento, en busca de un latinista. Obtiene, al fin, por favor, lecciones, pero el maestro extranjero un buen día se va y Eduardo Solar queda inconsolable, comprende que no conocerá ya el verdadero clasicismo, el humanismo grecolatino en sus fuentes. Ha muerto con esta gran pena.

«El Estado, decía, me ha impedido completar mi formación intelectual»

Eduardo Solar alcanza los 40 años, llega a la madurez, el profesor se ha hecho literato; ahora el literato, sólo ahora, se hace crítico y publica sus «Semblanzas Literarias».

Un colega de letras y crítico, ha escrito en «El Mercurio»: «Eduardo Solar era el primer crítico literario de la actual generación». Recibe, pocos meses antes de morir, la medalla de oro de la Academia de Roma.

Este espléndido desenvolvimiento del intelecto, esta armónica construcción del espíritu tal vez ha sido posible; porque el edificio hincaba sus cimientos en una vida metódica como la de un colegial, austera como la de un monje.

No hay sabiduría sin pureza y tal vez no haya belleza de verdad, sin bondad.

Cuántas veces en Peñalolén, a la sombra de las encinas y al ruido de las aguas, se planteó esta gran cuestión.

No pidió a nadie, nada; ni recurrió a sus relaciones



familiares o sociales, ni se alistó en ninguna asamblea política, ni se afilió a ninguna secta, ni intrigó en círculos o cenáculos. ¿Para qué? Nombrado profesor universitario, un año no se consulta la partida del presupuesto para su cátedra, queda sin sueldo; sigue indiferente haciendo clases.

Únicamente usó un arma, el trabajo. Rígido, a veces áspero, y siempre sin vacilación, avanzaba.

Pero este empecinamiento en seguir sólo su surco, no lo aislaba del mundo. Atento a la vida política nacional, observaba el mundo y la observación del mundo lo afirmaba en sus ideas patriarcales de Dios, Patria y Familia.

Las tardes de invierno se envolvía en una vieja capa española y leía sus clásicos. Los domingos, durante el oficio religioso, leía los salmos.

Cuando entré a su escritorio después de su muerte, encontré el tomo de los Escritores Españoles, correspondiente a los Poetas Líricos de los siglos XVI y XVII, con una seña. En el suelo había un paquete de la Librería Perrin de París, aun no abierto. Lo abrí y contenía.

«La Civilisation Byzantine», por S. Runcimán.

«Leonard de Vinci (La gráce)», por R. Bayer.

«Histoire de la Philosophie», por A. Fouillée.

«La Pensée et le mouvement», por Bergson.

«L'art italien au XIIIem. siecle», por la La Fenestre.

Eran sus próximas lecturas.

De la literatura su espíritu había emprendido el vuelo hacia el estudio de la historia universal, la filosofía y la estética.

Estaba corrigiendo las pruebas de su último libro en prensa, cuando crujió la puerta del escritorio y entró la muerte. La miró sorprendido, pero sereno; se arrodilló; «Jesús mío, perdón, misericordia», murmuró, ¡hizo la señal de la cruz y cerró los ojos!

### Monseñor Luis Silva Lezaeta

Alto, la cara enjuta, la frente pálida, la órbita en sombras, la mejilla hundida, lo vimos por vez primera en su biblioteca de la sede episcopal de Antofagasta.

Empero este cuerpo enfermo no estaba abatido, no era un vencido; los ojos luminosos de claridad interior, la mirada fuerte y resuelta atestiguaban que si la materia se doblegaba, el espíritu fiero permanecía erguido, victorioso, dominando el naufragio.

¿Acaso la llama arde con menos brillo cuando el cristal está trizado?

Se sabía condenado a una muerte próxima y me habló con entusiasmo alegre de las nuevas obras de beneficencia que iba a emprender.

Proyectaba construir una nueva Clínica, un servicio de Oftalmología, y al saber su costo aproximado de ciento cincuenta mil pesos, se concentró en sí mismo, cerró los párpados, echó un segundo la cabeza hacia atrás y luego me miró fijamente y dando un golpe seco en la

mesa con su mano decarnada, dijo: «los tendremos».

Sufría y no habló de sus dolencias, habló de aliviar el sufrimiento ajeno, el dolor anónimo del ser desconocido que nunca conocería.

Hacer el bien como un sport y de la vida una profesión de bondad, dirigir todas las actividades durante medio siglo a servir a los demás, cumpliendo mandato supremo, sin pedir ni esperar nada de nadie en este mundo: he aquí la impresión extraordinaria de esta primera visita al obispo.

Llegamos a la plaza, una banda militar tocaba un vals, nos confundimos con el gentío y oímos, sin oír, hablar de paseos, de negocios, de amores, de odios. Todos perseguían la solución del pequeño problema personal. En plazas y calles uno es para uno, uno es el principio y fin de todo y porque es así, unos chocan contra otros y la vida se transforma en una lucha despiadada, lucha que no por ser silenciosa es menos sin cuartel.

Recordé al obispo; éste santo varón, pensé; está fuera de la lucha, está sobre el campo de batalla y envié su perenne paz.

Me equivocaba.

El prelado pálido, exangüe, ligeramente encorvado, viejo y enfermo, era un luchador terrible y vivía en medio de la diaria pelea, guerreaba y cruzaba espada.

Luego habíamos de conocer sus victorias y contar su botín.

Visité el hospital, inmenso edificio con capacidad

para varios centenares de camas, y en la puerta una placa de bronce, me dijo que había sido fundado y construído hace treinta o cuarenta años por el sacerdote de ojos afebrados.

Una tarde entré al Asilo de la Providencia. En un edificio moderno, rodeado de jardines, se albergaban parvadas de niños; se les educaba, se les enseñaba una labor. Los vi pasar, correr, reír, las niñas con una cinta de color en el peinado, los niños con flamante delantal, bajo la vigilancia maternal de unas monjas de negro vestidas y de blanca toca.

El Asilo de la Providencia es el nido a la orilla del mar, donde se guarecen los hijos sin padres, de la pampa terrible.

Esta obra fué fundada y es mantenida por el obispo.

El Estado contribuye con dos mil pesos anuales y se gastan cien mil; los noventa y ocho mil restantes, caen de las manos huesudas que habían golpeado la mesa o de otras manos menos puras que se abrían cuando lo ordenaba el visionario de la biblioteca.

No lejos del Asilo de la Providencia, está el Asilo de los Ancianos, allí se refugian los viejos y viejas para quienes no hay refugio sobre la tierra.

Más allá está el Reformatorio. Después de la caída con el turbión de la juventud, la mujer puede de nuevo pisar la orilla y rehacer su vida en este remanso.

El Asilo de los Ancianos y el Reformatorio eran también obras del obispo.

Doquiera encontraba la huella de sus pasos y donde había pasado, como si hubiera sembrado divina semilla, brotaban: hospital, asilos, refugios, colegios...

¿Cuántos esfuerzos, sacrificios, luchas y pelea diaria significaban estas obras?

Volví a visitarle para despedirme y me confirmé en la idea que monseñor era el príncipe de la comarca. Pero no había sólo en él señorío espiritual, grandeza moral, aristocracia de alma, sino también una distinción externa, casi mundana.

Fino, elegante, envuelto en su manto negro con ribete morado, calzado con hebilla, de trato fino, de ademán noble, de gesto ceremonioso, recordaba un abate de Trianon.

Hablaba con pulcritud, cuidaba del buen decir y denunciábase luego el intelectual. Leía en el texto original a Virgilio, Cicerón, Horacio; conocía la literatura moderna y poseía ese fondo profundo de cultura que casi sólo se adquiere cuando lentamente se va depositando sobre el espíritu, desde la niñez, junto con el despertar del intelecto, el polvo de oro impalpable del humanismo clásico.

Cultivaba la historia y cuidaba de la filosofía.

Era un gran señor; asceta, tenía la coquetería de cubrir su ascetismo con las exterioridades del hombre de mundo.

En su biblioteca, vivía largas horas a solas.

Al lado de la biblioteca estaba la Capilla. Decía su misa al alba, cuando aun no llegaba el día.

Allá abajo en la ciudad, muchos lo ignoraban, lo negaban y tal vez algunos lo odiaban.

El barco, al atardecer, abandonó el puerto y pregunté: ¿qué edificio era aquel blanco, enorme, sobre la bahía?, me contestaron: el hospital; y ¿aquél otro?—el Asilo de la Providencia: ¿y el de más allá?—el Asilo de los Ancianos; ¿y éste?—un colegio.

El Hospital, el Asilo, el Reformatorio, el Colegio... formaban una ancha faja blanca en los cerros café sobre la ciudad indiferente, la coronaban y la salvaban de los contagios y miserias, que el flujo humano de la pampa depositaba sobre sus playas, como las malezas, el mar.

**Jorge Gustavo Silva,**  
Profesor Extraordinario de Derecho  
del Trabajo en la Universidad de Chile

## El verdadero derecho de propiedad y la verdadera esclavitud <sup>(1)</sup>

«¿Cómo es que, siendo la tierra común de todos, tú posees unas tierras tan dilatadas, y tu prójimo ni un puñado de tierra?».—*San Juan Crisóstomo.*

—«Dios creó la naturaleza para alimentar a todos los hombres, y eso hay que conseguirlo».—*Santo Tomás de Aquino.*

—«En el Antiguo Testamento, en el primero de los capítulos del primero de sus libros, se cuenta que Dios creó a la primera pareja: era la Humanidad de entonces; y a la Humanidad, no sólo a los propietarios, les entregó la utilización del planeta.—*Severino Aznar.*

1. Puesto que «la propiedad constituye el manantial de los más espantosos contrastes que dividen a la Humanidad»; puesto que del concepto que del Derecho de Propiedad se tenga formado, o se forme la sociedad civilizada; del fundamento

---

(1) El lector de diarios y revistas, de poesías y novelas; el escritor especializado en el cultivo de determinado género literario; el caballero, la señora, la señorita, que toman un volumen impreso para divertir su espíritu, a la

que atribuya y reconozca a ese Derecho; de la extensión y hon-  
dura que dé al ejercicio de él, depende en mucha parte (¿quién  
osaría negarlo?) la felicidad misma de la sociedad (de cada uno  
de los individuos que la integran); y puesto que el definir el  
fundamento del Derecho de Propiedad es personal incumbencia  
de la Economía Política, se puede afirmar que el primer deber,  
en el orden de la importancia, del profesor de Economía Po-  
lítica, es ahora enseñar, a sus alumnos, a perderle un poco el  
respeto al Derecho de Propiedad.

Entendido eso—me apresuro a advertirlo—con respecto  
al actual concepto de tal Derecho, y en el sentido de permitirse  
el profesor de Economía Política algunas libertades de crítica y  
revisión de él: para decir, por ejemplo, que éste no es un derecho  
tan inicuo, ni tan absoluto, ni tan «sacré», como la codicia pro-  
pietaria lo pretende, sostiene y propala; que, lo mismo en sus  
orígenes y fundamentos que en sus aplicaciones prácticas, ese  
derecho debe ser objeto, y está siendo objeto, de nuevos expur-  
gos y explicaciones nuevas.

Una actitud docente tal, no ha de ser aconsejada o impuesta,  
en general, por motivos de simpatía o pasión política; a modo de  
adhesión, más o menos sincera, pero irreflexiva, a ésta o aquella

---

hora del reposo, (que suele ser también la hora del tedio), o en el transcurso  
de un fastidioso viaje; la porción mayor de los lectores, en fin, «pasan de  
largo», presurosos, y cerrando los ojos, casi siempre, cuando su mala fortuna  
ha puesto a su vista un escrito *económico*.

Les encuentro razón, en general.

Los escritos económicos están, bien a menudo, concebidos como para no  
entenderlos, o, por lo menos, como para no dar un placer con su lectura.

Sin embargo, preciso es confesar que los temas económicos atañen a  
cosas fundamentales, a temas *verdaderamente humanos*.

Al lector que se haya dignado bajar, desde el título del presente *En-  
sayo*, hasta esta nota, le ruego que haga excepción esta vez: que la haga, en  
gracia a la honradez de la exposición; al empeño que he puesto en ser claro;  
y, además, a la substancialidad y trascendencia que ninguna persona podrá  
dejar de reconocer al tema mismo.



doctrina militante; en odio cerrado a los *ricos*, y en desordenado amor a los *pobres*, no.

Ella está impuesta o aconsejada por la honradez u honorabilidad docente; por la simple dignidad que el desempeño del cargo de profesor inseparablemente conlleva.

¿Con cuánta mayor razón lo estará, si la enseñanza de un ramo científico (como sucede con la Economía Política), si la institución jurídico-económica de que se trata (como ocurre con la institución de la propiedad), se vinculan a fondo con los grandes problemas que afectan a la organización social, a la estabilidad social, al bienestar social; es decir, a la suerte, feliz o adversa, de la población humana, en toda la redondez del planeta!

2. ¿Cuál es el fundamento racional del derecho de propiedad?

¿Está bien que a los bienes materiales, a las cosas que son objeto del derecho, se las divida y clasifique ahora, como primera división y clasificación (porque así se hizo en Roma antigua) en cosas *muebles* y en cosas *inmuebles*, y no, ante todo, en *bienes naturales* y en *bienes que son hechura del trabajo*?

¿Carece de importancia, ante los dictados de la justicia, de la equidad natural, de la sana razón, el que unos pocos hombres puedan apropiarse, y se apropien, en propiedad privada, *bienes naturales*—bienes productores de bienes—que son indispensables elementos de vida para todos?

¿No se puede, y se debe radicar allí—en la apropiación privada, por unos pocos, de *bienes naturales* destinados al disfrute y aprovechamiento de todos—la causa de la miseria crónica en que pena la porción más numerosa de los seres humanos (sea que se esté *proclamando la crisis*, sea que se esté *proclamando la cesación de la crisis*); la causa de la miseria del mayor número de los habitantes del mundo, coincidente con la innecesaria, y a veces desorbitada, opulencia de unos pocos?

He ahí unas cuantas interrogaciones cuya respuesta sería de la competencia de la cátedra de Economía Política.

En el presente *Ensayo*, voy a esforzarme por allegar, como simple observador libre, algunos datos con los cuales se pudiera, acaso, contribuir a dar respuesta a esas interrogaciones.

3. Un pueblo, como el pueblo romano, en el que el trabajo, juzgado indigno de las personas, estaba a cargo del esclavo—«cosa, no persona»: «*res, non personae*»—no pudo fundar en el trabajo el *Derecho de Propiedad*.

No pudo fundar en el trabajo el derecho de propiedad un pueblo, como el pueblo romano, conquistador por sistema, y no por accidente; un pueblo cuyas guerras se diferenciaron de las de los demás en haber tenido por objeto exclusivo la expoliación, y por término, casi siempre, el exterminio de los pueblos conquistados (2).

No fué ni pudo ser el trabajo; fueron las lanzas de los legionarios romanos, quienes perpetraron, por igual, la apropiación de tierras ingentes y la apropiación de grandes masas de hombres, así convertidas en masas de esclavos.

Esa era Roma.

En el nido de aquella águila rampante, fué incubado el actual derecho de propiedad, el derecho de propiedad de la sociedad civilizada y cristiana.

Fulvio, propretor en España, regresa a Roma cargado de riquezas, *fruto de la espada*, por de contado, no del trabajo.

Deposita en el Tesoro Público ciento treinta y cuatro coronas, y treinta y una libras de oro en barras, y treinta mil monedas de plata de osca.

*Pero eso es nada, para lo que tiene guardado en su caja particular.*

De ello destina una pequeña parte a gratificar a los veteranos que le han seguido y ayudado en sus depredatorias empre-

---

(2) Miguel López Martínez: «El Absentismo y el Espíritu Rural».

sas; ofrece y da espectáculos públicos por espacio de diez días; y erige un templo a la *Fortuna Ecuestre*.

Cneo Léntulo se lleva de España mil quinientas libras de oro; veinte mil libras de plata; y treinta y cuatro mil monedas del mismo metal.

Lucio Sterminio recoge quinientas mil libras de plata: a su regreso, Roma le levanta tres arcos triunfales.

Catón, el severo Catón, se lleva mil cuatrocientas libras de oro; veinte mil libras de plata; y ciento veintitrés mil monedas de lo mismo; y se hace decretar los honores del triunfo.

Van a España los sórdidos pretores y procónsules,—dice el historiador Lafuente—y sóbranles dos años para volver opulentos.

No bastan las ricas minas de oro del rico suelo español para apagar su sed de oro; no les bastan las exacciones y tributos; en su codicia desenfrenada, emplean también la depredación y la rapiña, como medios comunes.

El Senado Romano, en otro tiempo virtuoso y austero, en vez de castigar a los que así se entregan a la rapacidad y al escándalo, los premia con ovaciones; y gradúa la gloria y el talento de cada pretor por la riqueza que lleva.

*Los honores triunfales se compran a precio de oro.*

Escipión, tan recto y correcto, pide en cierta ocasión a Roma, dinero para proseguir la guerra en España...

—«¿Pues qué?» le hace preguntar el Senado, con más cinismo que gracia. ¿Acaso se han acabado las minas de oro en España (3).

---

(3) Andando los siglos, es el español, no pagano, sino cristiano, quien va a hacer de conquistador; quien va a caer, en son de conquista, a la romana, sobre los hombres y sobre las tierras de América, a los que, a pesar de cristiano, por igual someterá a esclavitud.

Como precio del rescate de Atahualpa (rescate que no se hace efectivo, sino que se convierte en la aplicación de la pena de muerte, por garrote vil) recibe la suma de 1.326,539 pesos oro (unos 16.000,000 de dólares de nuestros días) el conquistador del Perú, Francisco Pizarro; el mismo personaje a cuya

Esa era Roma.

Esa es la cuna del derecho romano, del derecho de propiedad, del derecho moderno todo (4).

Es en este punto, precisamente; es para denunciar, explicar y rectificar esa *contradicción moderna*; es para poner por sobre la mentalidad romana, violentista y rapiñera, una verdadera mentalidad jurídica, es decir, de equidad, de justicia, de razón,

memoria, se acaba de erigir entre suntuosos y costosos festivos, una estatua en la ciudad capital del Perú. (Por lo demás, sabido es que hay muchas estatuas inmerecidas, y muchos merecimientos sin estatua...).

Ese «precio de un rescate no concedido» de la inhumana felonía cometida, así como las demás «utilidades» de la empresa conquistadora, se reparte entre los tres socios de ésta (uno de los cuales, es el Cura Fernando de Luque), y entre los miembros activos de la expedición: uno de ellos, el propio Padre Velarde, el capellán de ella, de tan ingrata y artera actuación para con el Inca infortunado.

Todos los conquistadores españoles imponen tributo, y esclavizan hombres y tierras, a la romana; todos emplean tales romanos modos de adquirir, de hacerse propietarios, de ejercer el derecho de propiedad.

A los principales de ellos, en el mando (y en la iniquidad) la admiración y la gratitud de las siguientes generaciones indoamericanas les han levantado también estatuas que recuerden y *ejemplaricen*.

El historiador chileno Barros Arana encuentra que tiene razón el economista francés Jules Duval cuando dice que, en su expansión a través del mundo, los pueblos cristianos y civilizados se han mostrado, en cuanto a sus relaciones entre metrópolis y colonias, y en la conducta de los colonos con los indígenas, inferiores a los pueblos antiguos, a los romanos no menos que a los griegos y a los fenicios. No hay páginas más lastimosas, en toda la historia humana—afirma Duval—que las que cuentan la situación de todas las colonias modernas; donde el hombre se muestra poderoso por el genio, heroico por el valor, admirable aun por el trabajo, pero ávido sinvergüenza y cruel sin remordimiento, más allá de lo que la antigüedad pagana había visto jamás.»

(4) De «Izquierdistas en la Historia», obra en prensa.

—Max Hirsch, agudo crítico del socialismo, hombre de ciencia y hombre de negocios, a la vez, hace, entre otras, las siguientes afirmaciones sobre el origen del derecho de propiedad territorial («Democracia versus Socialismo»):

—Dondequiera que termine la propiedad común de la tierra, la fuerza

de derecho; es para proclamar, en alta voz y con entereza, que el trabajo, primer agente de la producción de riqueza (5) es también el fundamento verdadero de toda apropiación; es para todo eso para lo que ante todo, debe abrirse paso, la verdadera Economía Política: la que tenga a gala descender, sin desviaciones ni bastardías, suscitadas por la ignorancia o por la complicidad, de su genuino fundador y padre, Adam Smith.

4. Si el romano hubiera podido dar, y dado, a la *apropiación*, como base y motivo, el trabajo; si hubiera podido concebir, y concebido, como concibió Smith, tantos siglos más tarde, la verdad y la justicia de ser el trabajo,—no la usurpación—, el agente creador de las cosas necesarias a la subsistencia humana, quizá no habría dividido los bienes en bienes *muebles* y en bienes *inmuebles*; quizá no habría hecho esa clasificación, superviviente en el Derecho Civil Moderno, que mira a una cualidad secundaria, no a una calidad económica de las cosas; no habría hecho esa clasificación según la cual una *casa*, (por ejemplo que es *produc-*

---

interna o externa fué la causa. La invasión y la conquista dan dominio ilimitado sobre las personas y sobre la propiedad de lo conquistado. Junto con otros despojos guerreros, la tierra es botín: apropiánsela los caudillos, jefes o reyes conquistadores; quienes la reparten parcialmente entre sus secuaces, bajo condiciones que, más o menos eficazmente, conserven su supremacía».

En la regla general, la universal enseñanza de la Historia.

Si somos cristianos; si nos creemos civilizados; si apoyamos nuestra conducta en la moral; si hablamos en nombre de la ciencia, tenemos que dar al Derecho de Propiedad un fundamento distinto de la violencia, la rapiña, la conquista, la guerra. Ese fundamento no puede sino ser el trabajo.

(5) Para la mejor inteligencia de nuestras observaciones, bueno será tener presente que, en Economía Política, *riqueza* no es lo que en el lenguaje corriente se llama así, sino «todo producto natural, obtenido, trasladado, combinado o modificado, por el trabajo humano, para adaptarlo a las satisfacciones humanas».

Por *tierra*, se entiende, en Economía Política, no sólo la tierra misma, sino todas las materias y fuerzas de la naturaleza.

to del trabajo del hombre) se halla, por ser inmueble, en la misma categoría jurídica del suelo, (*hechura de la Naturaleza*); no habría hecho una clasificación que nada tiene de racional, de científica, ni de económica.

Ni habría tampoco, seguramente, definido y establecido un mismo derecho de apropiación para ambas categorías de bienes: para los *bienes naturales*, y para los *bienes que son producto del trabajo humano*.

Gumplowicz es de parecer que el haberse aplicado un mismo derecho a dos cosas tan diferentes—los bienes muebles y los bienes inmuebles—fué simplemente *el efecto de una defectuosidad de lenguaje* (6).

Lo más probable, dado el espíritu del romano, es que intencionalmente se haya empleado ese *lenguaje deficiente*, para facilitar la apropiación de una cosa, productora de cosas, como es el *suelo*, que empezó no siendo privadamente apropiable.

5. Cuando surge la luz de la verdadera Economía Política; cuando Adam Smith y sus discípulos fieles y honrados, hacen ver que el *único manantial de riqueza es el trabajo del hombre*, queda en descubierto, queda en claro, la deleznable base de la división de las cosas en cosas *muebles* y en cosas *inmuebles*, oriunda de Roma; queda en claro y en descubierto su *ineconómica significación*.

La Economía Política no la ha menester.

(Pero esa división o clasificación *ineconómica* habrá de subsistir, en toda su integridad, con todas sus consecuencias en la osamenta de los romanos *Códigos Civiles modernos*).

Desde entonces, será lo importante y definitivo, en los dominios de la *Ciencia Económica*, (no en la mente de muchos llamados *economistas*; ni en muchos *Tratados de Economía Política*; ni, por supuesto, en los *Códigos Civiles*) distinguir entre las cosas

---

(6) Luis Gumplowicz: «Compendio de Sociología».

*producidas por el trabajo y las cosas que son hechura de la Naturaleza.*

Y, para la *Ciencia Económica*, la verdadera, la genuina, la no descastada, *una será*, desde el punto de vista de la apropiación y del derecho de propiedad, la regla que se aplique a los bienes que la *Naturaleza* ha hecho, para el disfrute y aprovechamiento de todos los hombres; y *otra será* la regla que se aplique a las cosas que son debidas al *trabajo*: debidas, pues, al esfuerzo físico y a la inteligencia del hombre, al operar sobre las primeras materias suministradas por la *Naturaleza*.

Aplicado el fecundo principio de Adam Smith, él nos muestra que todos los artículos de *riqueza* son producto exclusivo del trabajo; que, no pudiendo el derecho de propiedad ejercerse sino sobre una riqueza, ese derecho por necesidad ha de dimanar primitivamente del trabajo; que nadie puede poseer legítimamente en propiedad, otra cosa que la que él ha producido, o la que le ha sido legalmente transferida por el productor; que luego que se interrumpe este hilo, en vez de existir una verdadera propiedad, no hay sino una usurpación de tan sagrado derecho; que, no concurriendo la intervención del hombre en los dones de la *Naturaleza*, éstos nunca pueden ser propiedad legítima de ningún individuo; y que, no siendo el hombre capaz de producir riqueza alguna sin hacer uso previo de los dones naturales, una vez que éstos sean comprendidos en el derecho de propiedad particular, el género humano queda imposibilitado de ejercer libremente las facultades que el Creador le ha concedido para proporcionarse, por medio del trabajo, los artículos necesarios a su existencia y a su goce (7).

---

(7) Alvaro Flórez Estrada.

Hace más de un siglo que publicó, por primera vez, su *Curso*, el agudo y lógico economista español, genuino discípulo de Adam Smith.

Ha sido el suyo un libro cerrado; ha sido como un libro no escrito ni publicado, como un libro inexistente, para los «economistas políticos»...

Verdad es, como dice el profesor Cairnes, que, para el común de los eco-

6. Examinados los efectos del derecho de propiedad con arreglo a esos principios,—irreductibles, para el economista no influído por prejuicios de escuela o por presiones de intereses, propios o ajenos—hallaremos:

A) Que, cuando él se limita estrictamente a los objetos que son *producto del trabajo*, es exacta, en todas sus partes, la afirmación de ser el derecho de propiedad el origen de todos los progresos materiales y morales de la sociedad.

B) Que, así entendido el derecho de propiedad, es, en consecuencia, errónea y absurda la afirmación de ser este derecho la causa principal de las calamidades que sufre la humanidad.

C) Que, las leyes concernientes a proteger tal derecho de propiedad son las más justas y necesarias de cuantas se conocen, porque sus efectos se limitan a corroborar la ley natural, de la que nadie puede apartarse, sin que queden violados los derechos del hombre, sin que queden desconocidas las necesidades de la sociedad.

D) Que, cuando se trata, no ya de la apropiación o propiedad de las cosas que son producto de la industria humana, sino de la apropiación o propiedad de los dones de la naturaleza, concedidos indistintamente al género humano, e indispensables para nuestra existencia, resulta cierta, en todas sus partes, la afirmación de ser el derecho de propiedad el germen de cuantas calamidades agobian a la sociedad.

E) Que, con referencia a los mismos dones naturales, es del todo equivocada la afirmación de ser el derecho de propiedad

---

nomistas políticos, la Economía Política no es sino «una apología, más o menos bella, del actual estado de las cosas».

Verdad que, como dice Arthur Kinston, en un estudio que la «National Review» publicó, «lo que los economistas políticos se proponen, en general, no es la investigación de la verdad, sino ver la manera de conciliar las teorías pre-establecidas con determinados intereses; lo cual es todo lo contrario de una finalidad científica».



privada el manantial de todas las bienandanzas y comodidades de que el género humano disfruta.

F) Que, con referencia a los mismos dones naturales, las leyes positivas concernientes a proteger su apropiación o propiedad, no son más que un insulto a la moral y a la sana razón; ya que, en lugar de corroborar a la ley natural, la contrarían, haciendo inasequible a los pueblos la felicidad a que son llamados, y que obtendrían si con las leyes de los hombres no hubieran sido barrenadas las leyes inmutables de la naturaleza.

Nadie condena más que yo—termina Flórez Estrada, en este punto,—la aberración de los escritores que no ven en el derecho de propiedad sino un manantial de calamidades.

Nadie reprueba más que yo la absurdidad que establece nuevas bases sociales, independientes de un derecho tan precioso, como el derecho de propiedad.

Nadie más dispuesto que yo a reconocer que sin propiedad no habría estímulo al trabajo y que la subsistencia del hombre no sería, sin él, tan abundante y segura.

*Pero hay que dejar bien en claro que lo que, por respeto a la verdadera propiedad conviene; lo que, por amor a la justicia y a la humanidad, se debe hacer, es que a la propiedad no se le dé una latitud excesiva, una latitud antinatural, una latitud funesta.*

7. La razón de ser lógico, declarar *inapropiables*, en absolutista la propiedad privada, a los *bienes o dones naturales*; la razón de ser *funesta y antinatural* una declaración de sentido contrario, no puede estar sólo en el hecho de ser *naturales* esos dones o bienes.

Está, también, a mi ver, en el hecho de que su apropiación privada produce el resultado de crear *un monopolio de cosas necesarias al trabajo y la vida de todos, de cosas vitales*; en el hecho de que su cantidad o volumen no puede ser aumentado a voluntad y por acción del hombre; en el hecho de que, *no siendo cosas fabricables*, y siendo en cambio cosas necesarias para la producción,

para la vida, con la apropiación privada de ellas se deja a la mayor parte de la población humana dependiendo del propietario-monopolista de ese bien o don natural.

No ocurre lo mismo, como fácilmente se comprende, con los bienes o cosas que son producto del trabajo humano: tales cosas o bienes pueden ser multiplicados hasta el infinito, se podría decir, en habiendo primeras materias disponibles; y con ello se facilitará el que esas cosas o bienes queden al alcance del poder adquisitivo del común de la población, del común de los consumidores... Si no es que parlamentos y gobiernos inicuos, por *proteccionistas*... (protectores) de los dueños de la tierra y de los dueños del capital, autorizan la constitución de *monopolios artificiales*.

*Monopolios de cosas naturales, o de cosas que son producto del trabajo; monopolios a favor de los dueños de la tierra o a favor de los dueños del capital, en todo caso se trata de medidas de privilegio, injustas, atropelladoras; de medidas para unos pocos y en contra de los más; de medidas para las cuales la ciencia económica, la verdadera Economía Política, no debe tener, ni tiene, sino una misma, sola y aplastante condenación (8).*

---

(8) «*Monopolio es una palabra derivada del griego, que significa comercio o tráfico exclusivo, y comporta la idea de que la cosa, o la universalidad de cosas de que es objeto, está, por el camino ordinario de los cambios, o por mandato expreso de la autoridad imperante, entregado al poder o a la disponibilidad de alguno, a fin de que aquéllos que necesiten las cosas, obligados por esa necesidad, tengan que adquirirlas, ofreciendo, al propietario vendedor, una prima, además de su equivalente verdadero*». (F. S. Merlino: «*¿Socialismo o Monopolismo?*»).

Forma de monopolio, el llamado *estanco*, que en Chile se implantó en 1823, entre otras cosas, con respecto al tabaco; del que fué concesionaria la firma «Portales, Cea, y Cía.», y que medio siglo más tarde era objeto de la más severa condenación de parte de hombre tan íntegro como Vicente Pérez Rosales.

Pérez Rosales calificó, al estanco de tabacos, de «antieconómica cadena, que, atando los brazos del trabajo y de la industria, destruye una ri-

8. En Roma misma, precisamente en el pueblo que ha legado a la humanidad el concepto individualista y absorbente del derecho de propiedad, la propiedad tuvo en su origen—según está perfectamente demostrado—*un carácter de comunidad*. La organización de la propiedad respondió allí a una verdadera socialización del territorio (9); y Mommsen afirma que, «por haber las tierras, en Roma, permanecido largo tiempo *en común*, y no haberse hecho el reparto sino en época relativamente reciente, la propiedad privada no recayó sobre los inmuebles, sino que afectó antes a los esclavos y los ganados».

Fácilmente se puede dejar establecido que la *Ley de las Doce Tablas* no implicó el entronizamiento de un régimen individualista y despótico, en cuanto al derecho de propiedad, sino la institución de un régimen familiar; que, durante la República, *convivió la propiedad individual con la colectiva*; que la propiedad colectiva o nacionalizada, según Savigny, se transformó en propiedad individual por medio de las *posesiones (ocupaciones sin derecho)*, que el pretor concluía por amparar con sus interdictos; que «*hasta el mismo ladrón podía, en ciertos casos, según asevera Von Mayr, gozar de esa protección pretorial*»; que la ley Licinia limitó a 500 yugadas (una yugada, algo más de 32 hectáreas) el dominio territorial de cada patricio romano, a 100 el número de cabezas de ganado mayor, y a 500 el de cabezas de ganado menor; que, por la reforma agraria de Tiberio Graco, quedó el suelo entregado, en una especie de *enfiteusis*, o sea, con limitaciones de cabida, en manos de un ocupante que pagaba un rédito anual, pero conservando el Estado el dominio; que, el acaparamiento de

---

queza que la pródiga naturaleza de la región en que vivimos se complace en fomentar». (Primer Congreso Libre de Agricultores de la República de Chile, 1876).

(9) Mateo Aspeitia: «La Reforma Agraria en España».

De este libro tomo las citas de Mommsen, y las demás informaciones contenidas en el párrafo 7.

tierras, en extensiones enormes, y en pocas manos el latifundio, fué, como dijo Plinio, lo que perdió a Roma.

... En el derecho de Justiniano encontramos, enumeradas las cosas que se declaran *comunes a todos*, de derecho natural: el aire, las aguas corrientes, el mar, las playas, los ríos...

*No se incluye a la tierra, al suelo, entre las cosas comunes.*

«*Et quidem naturali jure communia sunt omnium*»: es la expresión inicial que las *Institutas* emplean en el párrafo de «*Divisiones rerum et qualitates*» (10).

El Código Civil de la República de Chile, al tratar del *dominio*, dice (art. 585): «las cosas que la naturaleza ha hecho *comunes a todos los hombres*, como el alta mar, no son susceptibles de *dominio*» (11).

Nuestro Código, no enumera como las *Institutas*: se limita a poner un ejemplo de cosas insusceptibles de *dominio*.

¿Qué razón de orden económico, qué fundamento de *derecho verdaderamente natural*, pudieron tener, lo mismo las *Institutas* que el Código Civil de Chile, y que los demás Códigos Civiles modernos, para exceptuar al suelo, a la tierra—obra de la naturaleza, al aprovechamiento de todos destinado,—de entre las cosas que la *naturaleza ha hecho comunes a todos los hombres*?

Se diría que tan sólo un móvil de codicia; la impulsión del *ansia posesora*, de que habla el presbítero Carbonell; ese ciego y perturbador *ctesohedonista*, que, según el sociólogo Novicow consiste en confundir el *goce* con la *propiedad*, y en olvidar: 1.º que no todo goce proviene de cosas apropiadas; y 2.º que el mayor número de nuestros goces no proviene de las cosas apropiadas.

Todo ello, ayudado por el hecho de que, si bien la tierra no

---

(10) «*Institutes de Justinien*», traduites et expliquées par M. A. M. Du Caurroy.

(11) Subrayada, en el texto del Código, la frase que en el texto aparece subrayada.

puede ser tomada, asida, captada, al modo de una cosa material mueble cualquiera, en todo caso *está más a la mano*, y no es intangible, ni incoercible, como el aire, el calor, la luz solar (12).

9. ¡Cuán diferente; cuán superior al derecho individualista a la romana, que en América importaron los españoles, el régimen jurídico-territorial que los mismos españoles encontraron implantado en el Imperio de los Incas!

*Allí la tierra no pertenecía a particulares.*

La tierra estaba allí dividida en tres partes o categorías: una destinada a mantener a la masa popular; la segunda, destinada a los ministros del culto; la tercera, destinada a cubrir la mayor parte de las atenciones del Estado, entre las cuales se contaba la sustentación de la familia imperial.

Un ingenioso y equitativo sistema o procedimiento administrativo asignaba una medida de tierra—un *tupú*—a cada matrimonio sin familia; medida que se iba aumentando al nacimiento de cada hijo o hija, y disminuyendo al casarse una hija o un hijo: éste quedábase, al casarse, con el *tupú* en que, al nacer él, había aumentado el patrimonio familiar; cuando era una hija quien se casaba, volvía a la masa común el *tupú* que, al nacer ella, había recibido el padre.

Allí las tierras no estaban en el mercado; no eran una mercancía.

Allí las tierras no podían ser vendidas, ni donadas, ni ser dejadas ni recibidas en herencia.

Ninguna renta exigía el Gobierno por el uso de las tierras asignadas a los individuos, pues esa distribución era considerada

---

(12) Codiciosa asimilación de una y otra clase de cosas, que se ha producido, y se ha mantenido, a pesar de que, como Gumpłowicz advierte, *no hay relación alguna entre la posesión absoluta de un bien mueble, del que uno puede gozar a su arbitrio, y la disposición jurídica en virtud de la cual determinada porción de «tierra» no puede ser explotada, más que en provecho de determinada persona.*

como *parte alimenticia* de cada asociado: se creía (razonable creencia) que sin ese requisito era imposible que pudiera existir, salvo en el nombre, la sociedad o comunidad política.

*En aquel vasto imperio, donde así estaba organizada y era explotada así la tierra, no se conocía—, sabido es—la indigencia; ningún individuo se halló en la humillante condición de implorar una limosna.*

No había desocupados válidos.

¡Tan cierto—como en su *Utopía* lo reconocía yo, y lo demostraba Santo Tomás More—es que la miseria y la desocupación involuntaria reconocen su causa central y primera en la apropiación privada, irrestricta, ilimitada de la tierra!

Cuéntase que al verse por primera vez en Cuzco (después de la Conquista), a una viuda pidiendo limosna, este hecho insólito causó horror a los naturales, quienes se irritaron por ello y casi se alzaron contra sus opresores.

Todo eso, con respecto a los *bienes de la naturaleza*, con respecto a la tierra.

En cuanto a los *bienes producidos por el trabajo*, la ley incásica los protegía como *propiedad individual*.

Coexistieron, pues, en el Imperio de los Incas, el régimen de *comunidad en manos del Estado*, de la *propiedad de la tierra*, y el *derecho de propiedad privada para las cosas que son producto del trabajo*.

En cambio, los conquistadores hispanos imbuídos en la tradición y práctica de un derecho «a la romana», llegaron a América con la convicción más profunda de que el *suelo y los habitantes de este continente pasaban a ser propiedad incuestionable de los reyes de España*.

El hecho mismo del descubrimiento; la prevalencia del llamado derecho de conquista; y la tan conocida bula del Papa Alejandro VI, que asignó el dominio y la soberanía, puede decirse, de las nuevas tierras, a las coronas de España y Portugal, contribuyeron sin duda a afianzar esa convicción.

Los conquistadores—dícelo Isidoro Errázuriz, con palabras que son de aplicación a América toda—se apropiaban las tierras midiendo pertenencias al galope de sus caballos de batalla, y trazando linderos con la espada teñida en la sangre de sus propietarios.

10. ¿Cuál era el régimen que, en orden al uso o aprovechamiento de la tierra, existía entre los aborígenes de la porción del territorio americano que ahora es conocido con el nombre de *República de Chile*?

«Mapuche», «gente de la tierra», se llama, a sí mismo el aborígen de Chile.

Cultiva, en efecto, la tierra.

Pero—sin la más ligera noción de la historia ni del derecho romano—jamás piensa en adueñarse del suelo.

Como el agua, como el aire, como la luz y el calor del sol, la tierra es, para el *mapuche*, un bien común puesto a disposición de todos por el *Ngueme Mapu*, dominador de la tierra y su señor y dueño (13).

Los indios chilenos—escribe Barros Arana—no tenían la menor idea de la propiedad individual del territorio. Todos los miembros de la tribu tenían derecho a establecerse donde mejor quisieran, construir sus chozas y utilizar los frutos espontáneos del campo vecino, así como los animales del bosque y los peces de los ríos. Frecuentemente los indios abandonaban un hogar por otro, sin tomar el conocimiento de nadie, y sin pensar en poner límite al terreno que usufructuaban. Este estado económico, que en rigor podría llamarse de *propiedad comunal* o de trabajo no ofrecía grandes inconvenientes, aun faltando, como faltaba, una autoridad que fijase a cada familia la porción que debía ocupar (14).

---

(13) P. H. Claude-Joseph: «La vivienda araucana».

(14) Diego Barros Arana: «Historia General de Chile».

10. Verdad que, por ley del año 1578, un rey de España formuló el principio de lo que hoy llamaríamos la *nacionalización del suelo americano*, declarando que «*por Nos haber sucedido enteramente en el señorío de las Indias* » pertenecían todas las tierras y suelos al Estado.

Pero las leyes españolas cuidaron reiteradamente de instituir la *propiedad comunal de los pueblos* y de ordenar que se repartiera a los indios «lo que buenamente hubieren menester para hacer sus sementeras y crianzas, confirmándoles en lo que ahora tienen y dándoles de nuevo lo necesario».

Dispusieron ellas, también, que las tierras restantes se entregaran a particulares, mediante el pago anual de la *composición*; y—elevado principio moral y económico—que «la cesación o negligencia en el cultivo era causa eficiente e inmediata de la pérdida de las tierras y de su adjudicación a quien se obligara a cultivarlas».

Y en más de una ocasión dispusieron, asimismo, las leyes españolas, que «se efectuara una revisión de los títulos de posesión de tierras, debiendo, al efecto, hacer los virreyes y audiencias que se los presentaran los poseedores, para que, una vez examinados, conservando la posesión a quienes tuvieren títulos válidos, toda la tierra que se poseyera sin justos y verdaderos títulos, se nos restituya según y como nos pertenezca».

En cuanto a la defensa de la *propiedad común*, la corona de España declaró en la *Recopilación de Indias*, entre otras cosas:

«Nos, hemos ordenado que los pastos, montes y aguas sean comunes en todas las Indias... Sabedores de que algunas personas, sin título nuestro, tienen ocupada muy grande parte del término y tierras, en que no consienten ellas que ninguno ponga corral ni buhío, ni traiga allí su ganado, mandamos que el uso de todos esos pastos, montes y aguas de las provincias de las Indias sean comunes a todos los vecinos de ellas, que ahora son y después fueren, para que los puedan gozar libremente y hacer junto a cualquier buhío su cabaña, traer allí sus ganados o apar-



tados, como quisieren, sin embargo de cualesquier ordenanzas, que, si necesario es, para en cuanto esto la revocamos y damos por ninguna y de ningún valor ni efecto, Y ordenamos a todos los consejos, justicias y regidores, que guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir lo contenido en nuestra ley, y cualquiera persona que lo estorbare incurra en una multa de 5,000 pesos oro».

Tal disposición tutelar de la *propiedad común*, (o, más bien dicho, del *libre acceso a la tierra*), fué confirmada y ampliada, una y otra vez.

Así se declaró que eran *comunes*, lo mismo para españoles que para indios, los montes, pastos y aguas de tierras de señorío.

Se declaró, asimismo, que eran *comunes* los montes de fruta silvestre, haciéndose saber que cada uno la pueda coger y llevar plantas para ponerlas en sus heredades y estancias, y aprovecharse de ellas, como de cosa común».

Asimismo se declaró que todas las tierras de Indias, «una vez alzado el pan, sean de *pasto común*, excepto las boyales y concejiles».

La codicia «romana» de conquistadores y colonos había de poner terca resistencia a la aplicación de estas leyes, tan racionales y tan naturales. Finalmente—por lo que a la República de Chile respecta—el Código Civil (1857) había de *confiscar* todas las tierras de uso libre y común, al disponer (art. 590) que «son bienes del Estado, o *fiscales*, todas las tierras que, estando situadas dentro de los límites territoriales, carecen de otro dueño».

Quedaron, de ese modo, convertidos en *bienes fiscales* las tierras de la Nación, las *tierras del pueblo*; desapareció de ese modo la utilísima institución de las *tierras comunales*, de la que ya no resta en Chile, ni el recuerdo; entre la apropiación por el Fisco y la apropiación por unos pocos «concesionarios» etc.; iba el pueblo de Chile a quedar sin tener, literalmente, *dónde caerse muerto*...

En cuanto a la *obligatoriedad del cultivo*, no fueron menos categóricas e insistentes las leyes coloniales españolas.

Viñas y Mey dice que el principio de *la obligatoriedad del cultivo* constituía, en gran parte, la base de la organización territorial y agrícola, durante la Colonia. El significaba *el deber legal, en que se hallaba todo propietario, de contribuir, mediante el ministerio social de su propiedad, al bienestar público*. Según ese principio, el abandono de la tierra o el cultivo deficiente de ella se sancionaba con la privación de la misma, y más una multa (15).

12. Iban a transcurrir los años, muchos años; y, perdido hasta el recuerdo de tales sabias nociones y reglas de buen vivir, iba a quedar cimentada, en América (como en Europa) la propiedad, sobre una base más que romana: la tierra, cada vez más sustraída al dominio—siquiera inminente—del Estado, siendo objeto de la más desenfrenada apropiación privativa, en extensiones casi sin término (16).

La política de los Gobiernos de todos los países, en materia de tierras públicas, o fiscales, ha sido, en efecto, de enajenación de ellas en manos de particulares... !De qué modo a veces!

---

(15) Carmelo Viñas y Mey: «España y los Orígenes de la Política Social».

El principio de la obligatoriedad del cultivo, bajo la sanción de pérdidas de las tierras, y multas, parece que iba dando origen a este otro principio: *la adquisición de las tierras por el trabajo*. Viñas y Mey cita, resume y comenta, con elogio, una ley del año 1778, expedida por Carlos III, y que tiende a la aplicación de este último principio y a convertir (en Puerto Rico) a numerosos jornaleros del campo en propietarios, mediante la concesión de tierras con obligación de cultivo».

(16) Encuentro en la Constitución de Yugoslavia (Reino de los serbios, croatos y slovenos), un artículo (43), según el cual «la ley organizará la expropiación de las grandes propiedades y su distribución, en plena propiedad, a los que cultiven la tierra»... «La ley fijará la cantidad máxima de tierra que una misma persona podrá poseer, así como los casos en que un mínimo de tierra no podrá ser enajenado»...

En Chile, hay yugoeslavos que, *en su patria*, no podrían ser tan *terrenientes* como lo son aquí...

No enajenarlas, y, en cambio, entregarlas en arrendamiento (enfiteusis) habría sido, acaso, la mejor política.

Porque, según el jurista Menger recuerda, la apropiación privada de los medios de producción constituye en la actual organización social la base más importante de las condiciones de dependencia y subordinación en el Derecho Privado; toda vez que, por grandes que sean las limitaciones legislativas, el inquilino, el colono y el asalariado dependerán siempre del propietario.

Porque, mientras, desde la Edad Media a nuestros días, el Estado ha venido reivindicando para sí todas las soberanías para el Derecho Público, de manera que ningún ciudadano puede sobre otro, sin la competente delegación del Poder Público, una autoridad judicial, administrativa militar o fiscal, las condiciones de subordinación que entran en el campo del Derecho Privado, han seguido casi inmutables: así, la apropiación privada de ese medio de producción que es la tierra, permite a un grupo de personas, disfrutar de una renta sin trabajar, ni ejercer el dominio económico sobre sus conciudadanos. (17).

Pero esa sabia política de tierras se ha opuesto, siempre y dondequiera que se le ha intentado, la *codicia posesora*.

La ley infitética del presidente Rivadavia, que tendía a resguardar el dominio territorial del Estado ¿no fué, acaso, en la República Argentina, lo que desencadenó la tiranía de Rosas, agente y aprovechador, a la vez, de los apetitos geófilos de los estancieros?

En Chile ¿no fué denunciada por funcionarios tan hombres como Pérez Rosales y como el General Saavedra, la reba-

---

(17) «Ejercer el dominio económico sobre sus conciudadanos», dice Menger.

La verdad es que (en América al menos) «extranjeros» se hacen dueños de *tierras nacionales*; y ejercen ese dominio económico, siendo *extranjeros*, sobre el ciudadano del país, sobre el regnícola, sobre el *nativo*.

tiña de tierras *fiscales* y (de indígenas) que, hacia la mitad del otro siglo era, en *la Frontera*, el «pan de cada día»?

Para reducir lo más posible la cabida de este *Ensayo*, sólo recordaré lo que, con referencia a lo ocurrido en Chile, informaba, hacia el año de 1912, el diputado don José Ramón Gutiérrez, católico en religión, conservador en política, reputado como un hombre bueno, y que practicó investigaciones *sobre el terreno*, en su calidad de Presidente de la «Comisión Parlamentaria de Colonización», nombrada precisamente para hacer tales investigaciones y proponer las medidas de justicia a que pudiera haber lugar.

«*Efectivamente, comprobó en la zona austral del país, el señor Gutiérrez, detentación abusiva de tierras fiscales; despojo de la propiedad territorial indígena; indeterminación de deslindes; variación, muchas veces dolosa, de éstos; preparación artificiosa de títulos de propiedad, contratos ficticios; particiones simuladas; inscripciones fraudulentas...*» (18).

Pero ¿no hay ahora una refinada civilización cristiana, que podría contener las desorbitadas impulsiones de la codicia «romana» de tierras, y unos gobiernos *constitucionales*, que dicen legislar y gobernar para todos por igual, no para un grupo de privilegiados?

¿No hay; sobre todo, una Economía Política que aspira a ser admitida, reconocida y proclamada, como *ciencia*?

Si la Economía Política se comporta como *verdadera ciencia*; si investiga y expone con desinterés e imparcialidad; si se decide a declarar y enseñar que, *siendo la distribución de la riqueza*

---

(18) Del informe oficial, contenido en el libro «Comisión Parlamentaria de Colonización.—Informes, Proyectos de Ley, Actas de Sesiones y otros antecedentes».

Mayores informaciones sobre el proceso de la apropiación privada «*ilegal*» de la tierra, en Chile, podrán obtenerse en el libro «*Izquierdistas en la Historia*, del autor de este *Ensayo*; libro que está en vías de publicación («Editorial Nascimento»).

una asignación de propiedad, son las leyes de la distribución las que tienen que determinar la propiedad de las cosas producidas; si, además, se niega a autorizar la apropiación de las cosas que no son producto del trabajo, la apropiación de los bienes o dones naturales, al disfrute de todos destinados; si, en vez de definir al derecho de propiedad como «el derecho de disponer arbitrariamente de lo que nos pertenece, siempre que no sea contra el derecho ajeno» (19), incluyendo en ese derecho, en completa pari-

---

(19) Definición de Zorobabel Rodríguez: «Tratado de Economía Política».

El profesor Rodríguez reconoce (lo celebra, regocijado), que «corresponde a los economistas la gloria de haber asignado a la propiedad el trabajo como su más justo y positivo fundamento».

Pero, al igual de casi todos los economistas que se creen y se dicen «liberales» seguidores de Smith, se abstiene de distinguir entre los bienes productores de bienes—bienes naturales—y los bienes o cosas que son producto del trabajo humano.

A ambas categorías de bienes los hace objeto de un mismo y absoluto derecho de propiedad.

«La propiedad territorial—dice—no se diferencia, en cuanto a los fundamentos en que se descansa, de las demás propiedades».

Grave error, que le lleva a errados comentarios y conclusiones.

Para él, «tan justo es que pertenezca al cazador la pieza que mata en el bosque y al leñador el árbol que derribe y troce con su hacha, como que corresponda al agricultor la tierra que, con el concurso de sus capitales y de sus brazos, desmonta, deseca, cierra y habilita para el cultivo. Si el artífice hace al artefacto, el hombre hace la tierra, como dijo acertadamente Michelet»...

No es éste el momento de discutir esas afirmaciones.

Simplemente, anotaremos: 1) que el señor Rodríguez justifica «y eso está bien» la apropiación privada de la tierra sólo cuando el dueño la ha efectivamente trabajado, con sus capitales y con sus brazos; 2) que la mayor parte de la población campesina, que trabaja la tierra, ha estado y sigue estando privada del dominio de la tierra; 3) que, cuando la tierra rural está apropiada por particulares o por el Fisco, no es verdad que el árbol que el leñador derribe y troce con su hacha (es decir, con su trabajo), pase a ser de su propiedad; 4) que, dada la extrema reglamentación legal relativa al derecho de caza, también va siendo un obstáculo, para el ejercicio

dad, a las cosas producidas por el trabajo y a los de la naturaleza, lo define, por ejemplo, como «la facultad, que el individuo tiene, de disponer de la riqueza que ha producido, o que ha pasado a sus manos por un medio legal» (20), *excluyendo* la posibilidad de ser apropiados privadamente los bienes naturales; entonces, se habrá la Economía Política reintegrado a su vía propia, por donde la echara a andar el firme pulso de Adam Smith; entonces podrá esperar que alguna vez el indicado concepto, tan racional y científico (y tanto tiempo preterido), de derecho de propiedad,

de este primero y elemental derecho, la apropiación privada de la tierra; se sobrepone al derecho de caza el derecho del dueño de la tierra, que es «absoluto y soberano»; y casos se han dado (y se darán) en que se ha destinado, a «cotos de caza», para el divertimento personal del propietario y sus amigos, grandes haciendas; 5) que la expresión «el hombre hace la tierra no debe ser tomada sino como lo que es, una figura de retórica. En Economía, hay que distinguir entre los *bienes naturales*, (que son hechura de Dios), con destino al disfrute y utilización de todos); y las *mejoras* que en ellos introduce el *trabajo* del hombre. No se puede decir que «el hombre hace la tierra» en el mismo sentido en que se dice, legítimamente, que tal hombre, utilizando unos trozos de madera, un serrucho, un cepillo, unos clavos, *ha hecho una mesa*; 6) que los propietarios, en la calidad de tales propietarios, son agentes tan pasivos como la tierra misma en el proceso de la producción; al punto que «pretender que ellas contribuyan a la producción, como propietarios, y por virtud de esa apropiación de que se sienten ufanos, es tan ridículo como lo sería,—el símil es de Henry George—la creencia de un lunático, según el cual el hecho de la brillantez de la luna fuera consecuencia del hecho de ser él propietario del satélite».

(20) Definición de Alvaro Flórez Estrada: «Curso de Economía Política».

Sobre el proceso de la apropiación privada de la tierra en la República Argentina, puede consultarse, entre otros, el libro «El Problema Agrario y La Crisis Actual» de José Boglich. (Buenos Aires, 1933).

Allí se leerá que el llamado gobierno tiránico de Rosas, no fué más que la organización de los ganaderos para afirmar la propiedad individual del suelo, contra los partidarios de la enfiteusis; y que el Gobierno de Rosas, para instaurar la propiedad del suelo, no reparó en medios, ni se detuvo en formalismos «legales».

trabe trato amistoso con los legisladores y gobernantes, y quede incorporado, para bien de todos, en el acervo ideológico y práctico de la masa social (21).

¿Hará eso la Economía Política?

Si eso hiciera la Economía Política que habitualmente se escribe y se enseña, ¿se abriría fácil camino la *nueva economía política*?

---

(21) En el curso de la Revolución Francesa, aunque se arrebató a los nobles y al clero su *propiedad territorial*, en seguida quedó afianzado constitucional y legalmente, el más absoluto y románico derecho de *propiedad territorial privada*. Hasta se aprobó, en medio de estruendosa aclamación, en el seno de la Asamblea Nacional, una moción del diputado Barrere, que señaló la *pena de muerte*, como sanción única, a quienquiera que se atreviera a proponer una ley de reforma agraria.

Ese fué el concepto de *propiedad territorial* o no, que quedó más tarde incorporado en las Constituciones Políticas y en los Códigos Civiles de las repúblicas americanas.

Las Constituciones dictadas en el curso del siglo XX han avanzado muy poco, en esta materia.

Merecen ser citadas, como las más avanzadas en lo tocante al derecho de *propiedad territorial*, la de México, la del Estado de los Soviets (R. S. F. S. R.); la de Alemania; la de la Ciudad Libre de Dantzig, la de España, y la de Yugoslavia.

Parece ser Rusia el único país o Estado donde se halla de veras suprimida la *propiedad privada* de la tierra.

La Constitución de la República de Chile, del año 1925, mantuvo sin alteración el espíritu y alteró muy poco la forma de la Constitución de 1833, en lo relativo al derecho de *propiedad*.

Reiteradamente se alegó, en el seno de la Comisión Preparatoria, de la actual Constitución por el mantenimiento de la disposición constitucional del año 1833, incluso justificando el origen «romano» del vigente derecho de *propiedad*. «Estimo—dijo, por ejemplo, el señor Eliodoro Yáñez—que el concepto individualista del derecho, que viene de la legislación romana, que constituye la esencia del dominio, debe mantenerse en los mismos términos que le consagra la Constitución».

El profesor de Economía Política don Roberto Espinoza propuso tres mociones, encaminadas: una, a prohibir al Estado conceder *monopolios* de yacimientos de cosas naturales, terrestres o marítimas; otra, a dejar en

!Ay! Es muy corto el número de los que tienen el medio de sobreponerse a la rutina, y aun más reducido el de los que se hallan dotados de energía suficiente para resistir abiertamente las injusticias en que están interesadas las clases elevadas de la sociedad.

Eso escribió, hace más de un siglo, Flórez Estrada.

Y el haberse mantenido casi total vacío y silencio, en torno del libro, de las ideas y del nombre del gran economista, demuestra que él estuvo en la razón al escribir eso.

Pero, hace un siglo, apenas empezaba a alumbrar la antorcha de la Economía Política (antorcha que, en manos de algunos de sus portadores parece antes producir humo de tinieblas que no eficaz iluminación); hace un siglo, apenas empezaba el movimiento de ideas que ha concluído por dar sitio, si no de mando, al menos de efectiva influencia, al pueblo, a la muchedumbre trabajadora, al *trabajo* (para hablar en el lenguaje de la Economía Política), en el derecho público y en la gestión de los negocios públicos; hace menos de un siglo, buques negreros—es decir, buques cargados de bestias humanas de trabajo—«cruzaban los océanos bajo banderas cristianas»; hace menos de un siglo, en la *Gran República del Norte* eran, para los esclavistas, verdad de fe que «Dios ha creado a los negros con el único fin de que les corten la leña y les acarreen el agua a los blancos», y el que «la esclavitud de los negros se halla justificada por la Biblia, las consideraciones humanitarias y la sana filosofía»; hace menos

---

manos del Estado el dominio exclusivo y perpetuo de toda fuerza producida por las caídas y corrientes de agua del país; la otra, a impedir la anulación o restricción de la competencia, la implantación de precios arbitrarios y el acaparamiento de los transportes.

Todas estas proposiciones fueron desechadas, en razón, o a pretexto, de versar sobre asuntos que son materia de ley, según hizo presente el Presidente de la República y de la Comisión, don Arturo Alessandri Palma.

Precisamente, a mi ver, para evitar que tales abusos se perpetraran por medio de leyes (contrarias al interés general) es que debió haberse dejado establecida, en cada caso, la correspondiente prohibición constitucional.



de un siglo, no habían salido de labios de Abraham Lincoln estas graves y justas palabras, a las que una muerte de mártir de la causa antiesclavista iba a poner el sello de inmortal ratificación:

«Puesto que el trabajo es un tributo que la humanidad entera ha de pagar, el intento de algunos de hacerlo pesar sobre los hombros de los demás, es la más terrible y perdurable maldición de la raza...

«Puesto que las cosas mejores son producto del trabajo, lo natural y lógico es que dichas cosas pertenezcan a aquéllos cuyo trabajo las ha producido...».

13. Cabe hacer una eficaz agresión al concepto y práctica del actual derecho de propiedad, con sólo exponer la diversidad de las posiciones en que se hallan, respectivamente a él (entre las que es costumbre llamar bienes *inmuebles*) la *tierra agrícola* (*suelo*) y la *tierra minera* (*subsuelo*); y, entre las que es costumbre llamar bienes *muebles*, las *cosas materiales* y las *cosas intelectuales*.

¿Por qué el derecho de propiedad privada sobre el *suelo* se acuerda, reconoce y ejerce, en términos de absolutismo y perpetuidad, y sin limitación de cabida; y, en cambio, el derecho de propiedad privada sobre el *subsuelo* se acuerda, reconoce y ejerce, más bien, al modo de un usufructo, toda vez que el Estado hace al individuo particular verdaderas concesiones temporales, con limitación legal de cabida, y mediante el pago de algo que tiene más de *regalía* que de precio de venta?

En uno y otro caso se trata de bienes *inmuebles*; en uno y otro caso, se trata de un *bien que es hechura de la naturaleza*, se trata de la *tierra*... ¿Por qué esa diferencia en cuanto a su régimen jurídico?

Ahora bien, el antiquísimo régimen jurídico universal concerniente a las *tierras mineras*, tan diferente del régimen concerniente a las *tierras superficiales* o *agrícolas*,—podríamos argüir, recordando a Flórez Estrada—jamás ha producido ningún mal

efecto que haya provocado la censura de los economistas, de los juristas, ni de los publicistas, como, más o menos, lo han provocado, de todos ellos, los resultados del carcomido sistema de la apropiación privada y perpetua de la tierra agrícola o superficial.

Si, pues, de aquella tan antigua ley relativa a la distribución o asignación de la propiedad *territorial minera*, ningún mal resultado se ha seguido, que ocupase la atención de los sabios ni de los pueblos, ¿cómo se podría decir, con razón y de buena fe, que su aplicación, la aplicación de un régimen análogo, a la tierra agrícola, produciría efectos contrarios?

Ninguna razón de analogía induce a persuadirnos que la legislación, prácticamente, y desde tiempos inmemoriales, conocida como muy adecuada para distribuir y explotar con acierto la extensión de terreno que se halla *debajo de la superficie del globo*, no sea también la más adecuada para distribuir la que se halla *algunos metros más arriba*.

La verdad es que la forma como, en las leyes de todos los pueblos, se halla establecido el régimen de la *propiedad minera*, y la forma como, en las mismas, se halla establecido el régimen de la *propiedad territorial superficial, o agrícola*, son opuestas, discuerdan, se contradicen, se excluyen.

*De ello se infiere, como consecuencia necesaria e ineludible, que una de esas formas tiene que ser esencialmente viciosa, esencialmente atentatoria contra el derecho de propiedad.*

En efecto:

A) Si la tierra puede apropiarse por medio del trabajo, (como la riqueza, que es producto de la industria del hombre), la ley relativa a la distribución del terreno minero debe ser considerada como la más injusta, como la más atentatoria contra el derecho de propiedad. La razón es obvia: ningún legislador, sin atentar contra la ley natural, sin atentar contra la ley de la propia conservación, puede poner trabas ni coto a la acumulación de riqueza que el individuo se proporcione por medio de su

trabajo. *En semejante hipótesis, la ley que autoriza la apropiación de la tierra no puede menos de ser justa y en sumo grado conveniente a la sociedad.*

B) Si la tierra no puede efectivamente ser apropiada, la ley que sanciona la propiedad territorial debe ser considerada como la más injusta, como la más atentatoria contra el derecho de propiedad. La razón es obvia: ningún legislador, sin atentar contra la ley natural, sin atentar contra la ley de la propia conservación, puede disponer que sea propiedad del individuo lo que no es producto de su trabajo; lo que la naturaleza ha concedido indistintamente al género humano, lo que éste necesita para existir; lo que no es apropiable. *En semejante hipótesis, la ley relativa a las minas, no puede menos de ser justa y en sumo grado conveniente a la sociedad.*

He ahí una cuestión clara, categórica, dilemática, a la que da solución verdadera la ciencia económica.

14. ¿Qué acaece, por otra parte, con respecto a la apropiación y al derecho de propiedad de ciertas cosas que no son hechura de la naturaleza, sino del trabajo, como *los inventos y las demás obras del ingenio?*

La ley, en este caso particular, respeta el principio económico según el cual el título genuino de la apropiación, de la propiedad, es el trabajo.

La ley otorga al inventor y al autor de obras científicas, literarias, artísticas, la propiedad de su invento, la propiedad de sus obras.

Pero limita, *en el tiempo*, ese derecho de propiedad industrial, ese derecho de propiedad literaria y artística.

Somete a una limitación, en el tiempo, al derecho de propiedad que se ejerce sobre ese legítimo fruto del *personal trabajo*, que son las producciones del ingenio, al paso que ha reconocido y reconoce el más absoluto y perpetuo de los derechos de propiedad a ese bien *natural*, que es la tierra agrícola.

He ahí una contradicción, una incongruencia, una aberración, que han de ser resueltas, (si ella no quiere dañar su propio prestigio), por la verdadera ciencia económica (22).

15. Aun a riesgo de dar no pensada extensión a este *Ensayo*, voy a exponer aquí la síntesis de dos muy importantes y modernos aportes a la concepción y aplicación del derecho de propiedad, que no son debidos a «economistas oficiales», sino a hombres de estudio y pensamiento: jurista eminente, el uno; matemático y físico, el otro; el uno, socialista que se ha permitido someter a crítica más de un postulado del socialismo; el otro, liberal-georgista, admirador del genial autor de «Progreso y Miseria», pero, a la vez, agudo, si bien respetuoso crítico de su doctrina.

He creído nombrar a Antonio Menger y C. Villalobos Domínguez.

Recuerda Menger (23) que la actual organización de la propiedad tiene por fundamento la espada, y no se rige por motivos económicos, sino por la violencia y el egoísmo propios de la guerra y los guerreros; que las exigencias de la vida económica no concuerdan con la actual organización de la propiedad; que ni el derecho moderno, ni el de los tiempos pasados, han cuidado ni cuidan de que la distribución de los bienes existentes se haya hecho ni se haga, según las necesidades de cada uno, o atribuyendo a cada uno el producto de su propio trabajo.

---

(22) Muy lógicas y muy luminosas ideas sobre el derecho de propiedad territorial contiene el libro «Sobre la Propiedad de la Tierra», del profesor uruguayo Carlos Vaz Ferreira.

El autor se empeña en destacar el derecho a *tierra de estar, de habitar*, que asiste a todo individuo humano, como cosa primordial, ineludible, mínima.

A su juicio, el modo de considerar a la *tierra de habitar*, el modo de legislar sobre ella, han de ser distintos de los que son, o deben de ser, aplicables a la otra tierra: a la *tierra de producción*,

(23) Antonio Menger: «El Estado Socialista».

Y, buscando la fórmula de una rectificación racional del derecho de propiedad, divide los bienes en tres categorías, y a cada una de ellas le hace aplicable un especial concepto del derecho de propiedad.

a) *Los bienes de consumo*, que son aquéllos que no pueden normalmente utilizarse sin sufrir completa destrucción o notable disminución de su propia sustancia. Ejemplo: las materias alimenticias.

Para los bienes de esta clase, debería mantenerse la propiedad privada, en sus disposiciones esenciales, si bien con alguna limitación de la facultad de *disponer* de tales bienes.

b) *Los bienes de uso*, que son aquéllos que, aun concediendo una utilidad inmediata al individuo, no sufren destrucción ni disminución de su propia substancia, y pueden, por lo mismo, usarse, al propio tiempo o sucesivamente, por diversas personas.

Son de dos clases: los que pueden comprenderse en la categoría que ahora se denominan «bienes nacionales de uso público», como las calles, las plazas, puertos, parques públicos, puentes, etc.; y los que tienen como característica que, por su misma naturaleza, sólo pueden usarlos los individuos aislados o sus familias, como los muebles, los libros, las joyas, los relojes, etc.

Para la primera de esas clases o grupos, se mantendría y ampliaría el criterio legal vigente.

Para la segunda clase, o grupo de los *bienes de uso*, se establecería una reglamentación según la cual se atribuiría a determinada persona o familia el derecho de *uso*, pero no el *goce de los frutos eventuales*, toda vez que un objeto de uso, en cuanto produce frutos, debe ser considerado como bien de producción.

c) *Los bienes o medios de producción*, que son los que tienen, como función normal, el producir nuevos bienes, con o sin el concurso del hombre, o el de servir para la distribución de los bienes. Por ejemplo: campos, bosques, minas, ríos, caídas de agua; fábricas y laboratorios industriales; ferrocarriles, barcos, medios de transportes en general; almacenes adecuados para la

distribución de los bienes; las primeras materias necesarias para la producción, etc.

Sobre esta categoría de bienes, no deben concederse a los individuos—dice Menger—derechos especiales: la propiedad de los medios de producción corresponde exclusivamente al Estado y a sus asociaciones.

La propiedad privada de los bienes o medios de producción constituye aquella parte del actual sistema jurídico, que permite a un grupo de personas disfrutar de una renta sin trabajar y mantener dominio económico sobre sus propios conciudadanos.

16. Por su parte, el profesor Villalobos Domínguez, (24) sin entrar a proponer una nueva clasificación de los bienes y un derecho peculiar para cada una de ellas, para la atención en los bienes o dones naturales, en la tierra, cuya apropiación, en privado, tantos males engendra.

Y sugiere el modo de llegar a la comunización de la tierra, por la vía legal y pacífica, y a su explotación racional.

Se implantaría el cobro *en especie*, en tierras, en impuestos de herencias, allí donde las sucesiones por causa de muerte tuvieran bienes territoriales.

De ese modo, la tierra iría recayendo, poco a poco, en manos del Estado.

El Estado no enajenaría una pulgada de tierra.

Entregaría las tierras, por subasta pública, *en arrendamiento vitalicio*, a quienes quisieran cultivarlas.

A la muerte del arrendatario, las tierras volverían a poder del Estado, quien pagaría las mejoras a la sucesión.

Y nuevamente se haría un arrendamiento por subasta pública.

Las tierras, pues, comunes, en cuanto serían del dominio del Estado; el trabajo, en ellas, entregado a un sistema de libre

---

(24) C. Villalobos Domínguez: «Bases y Método para la Apropiación Social de la Tierra».

explotación, según un contrato de arrendamiento; he ahí todo.

La concepción del profesor Villalobos Domínguez tiene un alcance financiero.

Así como Henry George proponía reemplazar todas las contribuciones con el *impuesto único*, fijando como objeto de este impuesto la renta de la tierra, de igual modo el profesor argentino,—dando un paso más—cree que el precio del arrendamiento de las tierras del Estado (incrementadas en la forma que ha quedado explicada) bastaría para cubrir todos los gastos públicos.

Y a la fórmula georgiana del *impuesto único*, él la substituye por el grito del *ningún impuesto*.

17. Los pueblos civilizados se muestran ufanos de haber abolido, constitucional y legalmente, la institución de la esclavitud; de la esclavitud a la antigua...

Pero ¿es que la esclavitud ha realmente desaparecido?

Robinsón Crusoe, el del «romance insular», tomó, según todos sabemos, como esclavo, a Viernes.

Supongamos que, en vez de tomarle como esclavo, Robinsón lo hubiese acogido como a un hombre libre, como a un camarada, como a un hermano...

Que le hubiese leído una «Declaración de los Derechos del Hombre», una «Declaración de la Independencia», una «Proclamación de la Emancipación de los Esclavos», una «Enmienda Décima-Quinta»...

Que le hubiese informado que era un ciudadano libre e independiente, con derecho a opinar, a votar, a desempeñar cargos públicos...

Supongamos, en seguida, que Robinsón Crusoe hubiera dicho a Viernes, además, que aquella tierra insular en que ambos iban a seguir viviendo, era propiedad privada y exclusiva suya (de Robinsón Crusoe)...

¿Cuál hubiera sido la realidad?

Puesto que Viernes no podía elevarse, volando, como las

aves, por el aire; puesto que no podía, tampoco, mantenerse nadando en el mar; puesto que, sí había de vivir, iba a tener que hacerlo sobre el suelo de la isla, propiedad privada de Robinsón Crusoe, la realidad es que Viernes habría sido *tan esclavo en un caso como en otro*.

*El derecho de propiedad privada, exclusiva y excluyente, de Robinsón Crusoe, sobre la tierra, habría sido equivalente al derecho de propiedad sobre la persona misma de Viernes.*

La propiedad corporal es, en efecto, concluye Henry George, tan sólo el modo rudo y primitivo de la propiedad sobre el hombre (25).

Ella surge allí donde la población es escasa; y no persiste, salvo en circunstancias especiales, allí donde la presión de la población da a la tierra un alto valor.

En este caso, la propiedad de la tierra comunica y da, en forma más ventajosa, todo el poder que proviene de la propiedad del hombre.

«Cuando comenzó la guerra por la abolición de la esclavitud de los negros, en los Estados Unidos de América—refiere un oficial que tomó participación en ella—mi padre poseía sesenta esclavos...

«Terminada la guerra, yo tardé algunos años en regresar a mi antiguo hogar.

«Luego que llegué a él, se me apersonó uno de los negros libertados, para darme sus quejas acerca de las penosas condiciones que ahora tenía que soportar.

«Amo Jorge, me dijo, como sabéis, somos libres; pero ante Dios os declaro que estoy peor que cuando pertenecía a vuestro padre».

Los mismos ex partidarios de la esclavitud de los negros lo reconocieron bien pronto: reconocieron que el cambio los había favorecido.

---

(25) Henry George: «Problemas Sociales».



¡Qué locos fuimos—decían muchos de ellos—al ir a una guerra por mantener la esclavitud de los negros! Ahora tenemos trabajo más barato que cuando éramos dueños de esclavos.

En efecto, el dueño de la tierra estaba tomando, ahora, en forma de renta, el trabajo del negro, una mayor parte de la que había podido tomar bajo el sistema de la esclavitud.

Bajo el sistema de la esclavitud, se sentían—bajo la presión de la opinión pública, y compelidos por su propia conciencia—obligados a alimentar más o menos bien al esclavo; a darle asistencia médica para conservarle sano y eficiente; a retenerlo aún cuando él no pudiera ya trabajar.

Ahora, el plantador, el dueño de la tierra, sabía que su interés y su responsabilidad cesaban cuando había obtenido, del trabajador *libre*, todo lo que éste podía dar...

He ahí, mientras se mantenga la actual forma de propiedad de la tierra, la consecuencia ineludible de la abolición de la esclavitud, en el mundo entero,

*La esencia de la esclavitud está en dar a unos hombres el poder de hacer trabajar a otros hombres, sin recompensarlos.*

*Y la apropiación de la tierra, la apropiación privada de la tierra, da ese resultado tan plenamente como la esclavitud corporal.*

La propiedad privada de la tierra permitió al propietario de ésta, en más rudos tiempos, disfrutar hasta del *jus primae noctis*, hasta del *derecho de pernada*; supremo ultraje—nos advierte Henry George—que se manifiesta ahora mismo, en forma difusa, en la inmoralidad nacida de la monstruosa riqueza, contrastando con la desesperadora miseria generalizada.

Cuando la apropiación de la tierra ha llegado tan lejos que no queda tierra libre a la cual los hombres sin tierra puedan volverse, entonces, sin ninguna otra violencia, la más aguda forma del robo al trabajo—implicada por la apropiación privada de la tierra—reemplaza a la esclavitud corporal... *Es una esclavitud más barata y más conveniente para el esclavizante, porque, bajo ella, el esclavo no tiene que ser capturado; ni tiene que ser con-*

*servado y alimentado, al hacerse innecesario... No se ha menester, para con él, del látigo: el hambre es igualmente eficaz... (26).*

Por obra de la apropiación privada de esa fuente de producción de bienes, que es la tierra, subsiste, pues, con todas sus desastrosas consecuencias, la *esclavitud económica* de la porción más numerosa de la población del mundo.

*Forma de esclavitud que prevalece en virtud del actual concepto del derecho de propiedad, según el cual no se hace diferencia, como se debe hacer,—para los efectos de ese derecho—entre los bienes que son hechura de la Naturaleza—bienes productores de bienes—y los bienes o cosas que son producto del trabajo.*

Sin hacer esa distinción fundamental, al definir y explicar el derecho de propiedad, estará negándose, a sí misma, carácter realmente científico, la Economía Política.

Y estará, a la vez, autorizando la incorporación y persistencia, en las Constituciones Políticas y en los Códigos Civiles, de arcaicas e inhumanas formas de iniquidad y esclavitud (27).

---

(26) Henry George: «La Condición del Trabajo».

(27) Hacia el año 1902, Daniel Barros Grez, que de tantas cosas entendía y tantas muestras de saber y de carácter dió en el curso de su original y asendereada existencia, escribía y publicaba un libro dirigido «A los Hombres de Buena Voluntad y muy especialmente al Excelentísimo Presidente de la República, don Germán Riesco»; libro en cuyas páginas suele golpear fuerte a nuestros terratenientes... «Mientras éstos, los gobiernos personales,—dice Barros Grez,—hacen caso omiso de la igualdad de los ciudadanos ante la ley, y protegen los sórdidos intereses de los propietarios, en cambio de poderosas adhesiones, los ricos, cargados por el tradicional orgullo aristocrático, y animados del ávido espíritu de lucro, no han sabido ver en los menesterosos, pobladeres de sus estancias, más que unos instrumentos necesarios para el cultivo de la tierra; y se han creído en el derecho de hacer uso de esa fuerza bruta humana, pagada a vil precio, olvidando los deberes correlativos de enseñar, educar y mejorar las condiciones de existencia de aquellos conciudadanos suyos que les han ayudado a enriquecerse... En lugar de esto, en vez de crear vínculos de gratitud entre el propietario y los inquilinos, atándolos, por decirlo así, a la hacienda en que han servido y visto crecer, formarse y educarse a sus hijos, no

parece sino que cada hacendado se esmerara en hacerse temer y aun aborrecer de sus servidores»,

En eso, halla Barros Grez que está la causa del normadismo de nuestros trabajadores, «en gran parte sin hogar, que es como decir sin patria».

Eso es, dice «un semillero de ladrones y de enemigos de una sociedad que los considera como verdaderos parias».

Parece que, en los últimos años, se tiende, en general, a mejorar las condiciones de vida del trabajador rural chileno.

Se sabe de conferencias, de iniciativas, de obras de sentido social, a favor de los campesinos,

En cuanto al salario, la cosa parece no andar tan bien.

Se resiste toda innovación en lo relativo a mejorar el salario campesino, a pesar de que leyes proteccionistas, como la de primas de exportación de productos agrícolas, aseguran y acrecientan las ganancias de los dueños de la producción... sin consideración alguna al consumidor de dentro del país.

La esclavitud económica de la porción más numerosa de la población habrá de subsistir, en cuanto *el dueño de la tierra es el amo del habitante de la tierra*.

En cuanto el propietario de la tierra toma para sí—en la calidad de tal propietario; no en la calidad de productor o trabajador—*la renta*.

*La renta*, que es la parte de la riqueza producida que, en el actual régimen jurídico-económico, corresponde al propietario por el hecho de tener en sus manos el exclusivo derecho de usar los bienes naturales.

*La renta*, que, definida de otro modo, es el precio del monopolio nacido de la reducción, la propiedad individual de los elementos naturales para el uso y aprovechamiento de todos destinados, y que el esfuerzo humano no puede reproducir, reemplazar, ni aumentar.

# SEÑALES

## GLOSA DEL AÑO IDO

### Los libros notables

□ Mauriac continuó con su atormentada Teresa Desqueyroux, en su novela «El Fin de la Noche». Teresa, que había salido libre después de la tentativa de envenenar a su marido, vive «dans la nuit» y anda medio enfermiza, sin rumbo. Un día, llega desde el terruño su hija María. Teresa nota que una ruta nueva se va a iniciar en su vida. La hija viene para pedirle consejo y ayuda. Está enamorada de Jorge Filhot y desea que su madre intervenga para bien. Teresa vase a ver a Filhot, pero en vez de ayudar a su hija, lo que hace es atraerse al muchacho, que se enamora de Teresa y tras ella se va junto a María. Teresa cambia, por remordimiento quizás, tal vez por hartura, y trata de que Filhot se desenamore de ella. Para esto le cuenta su pasado, y procura hacerse lo menos atrayente posible. Sin embargo de este sacrificio, María no logra casarse con Filhot, porque muere.

□ Lacroix dió otros volúmenes de su serie novelesca «Les Haut Ponts». Sigue apareciendo como figura céntrica, Lisa Darrembert, que ahora trata de educar a su hijo natural y comprar para éste la propiedad familiar de «Les Haut Ponts», principal sueño y aspiración de su vida. Consigue que el castillo sea puesto a la venta, por medio de un complicado truco, perfectamente humano por otra parte. Enviar al castillo, como sirvien-

ta, a una campesina de quien su hijo se ha enamorado; así, la aleja de éste y la pone al alcance del dueño de la propiedad, que es un enamorado violento. Por haber violado a la campesina, el dueño del castillo es encerrado y la propiedad se pone a la venta. Lisa lo compra, pero María, la campesina, muere de pena y desesperación. En el cuarto volumen de la serie terminan los acontecimientos de «Les Haut Ponts».

□ Una novela de Virginia Woolf, rotulada «Flush», presenta la vida de Elizabeth Barret Browning y sus amores con Robert, centrandolo el nombre de su obra en el perro predilecto de Miss Ba, denominado Flush. La vida amorosa, romántica, de la pareja, el maravilloso paisaje italiano y la época llena de sugestión, dan a Virginia Woolf motivos para un hermoso libro.

□ La prohibición por Hitler de la lectura de «Los Cuarenta Días de Musa Dagh», hace ir a la atención de todo el mundo hacia este libro de Franz Werfeld, que aunque publicado en 1933, puede decirse que alcanza su fama en el año 1935. Al margen de las luchas entre armenios y turcos, Werfeld traza un violento y poderoso cuadro político, social y—lo que es más importante—profundamente humano, con detalles cuajados de grandeza y con heroísmos y crueldades espléndidamente descritos.

□ Glaeser, el autor de «Los que teníamos doce años», publica su novela «El último civil». Es la historia de un muchacho que es atraído por las promesas revolucionarias nacistas y que se desilusiona y sufre después de ver triunfante el movimiento en que puso todo su ardor y trabajo. Libro que, con imparcialidad a la par que con certidumbre, pinta el ambiente de la nueva Alemania en una región campesina. Lo bueno y lo malo del régimen surge aquí al margen de una trama novelesca de primer orden.

□ Stephen Hudson, inglés, cuya obra es tan numerosa como la de Marcel Proust, presenta una novela titulada «Una historia verdadera», cuyo héroe es un muchacho inglés de origen alemán. Dividido en varios episodios, cada uno de los cuales

constituye casi una novela aparte, este libro es uno de los mejores estudios de almas que se han producido en el pasado año.

□ El premio Goncourt ha sido adjudicado a Joseph Peyré, por su libro «Sang et Lumière. Trata la novela de España, donde el autor ha vivido mucho y de la que es un enamorado ferviente. Salen en sus páginas, toros, toreros, gitanos y todo lo más típico de España, pero con un acuerdo con la realidad verdaderamente apreciable en un extranjero, tanto más si pertenece a la estirpe de Dumas y Gautier. Ya es tiempo de que se haya dado cuenta de lo que es España, con todos sus toreros y manolas, por cierto, y afortunadamente para ella, pero sin los trucos de pandereta que tanto han primado. La obra de Joseph Peyré es uno de los mejores retratos españoles de los años recientes. León Daudet, miembro de la Academia que premia, parece fué el más interesado en que se otorgara la recompensa al que se la ha llevado.

#### El Cine

- «El Hombre de Arán» fué estrenado al principio del año en casi todas partes. Fué por decirlo así, la inicial del cine en el comienzo de 1935, y por cierto una inicial admirable y digna de haber sido seguida en buen gusto, en intensidad y en verdadero valor cinematográfico (tan distinto del teatral). La isla de Arán, que está al noroeste de Irlanda, está habitada por unos pescadores que pasan su vida luchando con el mar. Mar y hombre son los protagonistas de este «film» lleno de interés artístico y de potencia humana; de belleza natural y de emoción. (A. E. C.)
- «Pensión Mimosas», realizada por Jacques Feyder, es una de las marcas del cine francés, de ese cine que cuando alcanza sus mejores resultados, no es superado por ningún otro en el mundo. Un niño, adoptado por unos hoteleros, es reclamado por su padre, un sinvergüenza. El niño crece en un ambiente depravado, se hace jugador, se enamorisca de una mujer vulgar

y son inútiles los esfuerzos que hacen los viejos padres adoptivos para salvarle de la muerte que le apresa, tras numerosos lances tristes. (Tobis).

□ «Tres Lanceros de Bengala», realizado por Henry Hattaway y Ernest Schoedsak. La acción transcurre en la India. Los principales papeles están dados a Gary Cooper, Franchot Tone y Sir Guy Standing. Este, en el rol de coronel inflexible hasta con su hijo, se destaca en el reparto. Una película digna, interesante y llena de valor y... extraordinariamente inglesa. (Paramount).

□ «David Copperfield» basado en la obra de Dickens y realizado por Hugh Walpole, es un producto excelente de la cinematografía americana. Los ambientes, los personajes, todo respira realidad y esencia dickensiana. Fields, en el papel de Mickawer, es el centro de la obra (Metro).

□ «Folies-Bergere es lo mejor del año, en el tipo de comedia divertida y musical. El autor del argumento, Marcel Achard, ha logrado una obra maestra en el género. Maurice Chevalier, en un doble papel, de «chansonier» y de gran financiero, comparte los honores del éxito con Merle Oberon, de la extraña belleza suave. (United Artists).

□ Los dibujos animados siguen su trayectoria interesante, con ligeros descensos. Ha desaparecido de actualidad, casi por completo, Betty Boop. La adquiere, y cada día más famosa, el marinero Popeye, cuyo «Tesoro submarino» es uno de los puntos culminantes del cine cómico. Walt Disney realiza maravillas de color en sus cuentos infantiles, que tanto gustan a los mayores.

□ Una cita elogiosa, sin comentarios: «Escape me never», film inglés, interpretado por Elizabeth Bergner.

#### El Teatro

□ Noel Coward une a su prolífica abundancia, un acierto indudable. Sus obras son éxitos casi descontados.

- Vuelve Tristán Bernard a lucir el ingenio picaresco y la socarrona gracia que le valieron triunfos como «Petit Café». En este año se destaca entre otras, su pieza «Jeanne Doré».
- Unamuno da un nuevo respiro de su fortaleza y de su talento en «El Otro».
- Se estrena en París una traducción de «La Criatura», de Ferdinand Brückner, que fué estrenada en Berlín antes que «Los Criminales». Sombria tragedia, llena de fuerza, pero donde parece que el autor se complace en mostrar una humanidad canalla y lamentable.
- Steve Passeur estrena «Je vais vivre un grand amour» por la Compañía Pitoeff, que es una de las mejores del mundo. La obra es digna de los intérpretes y Passeur produce quizás su obra maestra en esta ocasión.
- El centenario de Lope de Vega da motivo para que se representen en Madrid y Moscú numerosas obras del Fénix de los Ingenios.

#### Los que partieron

- En enero, el pintor inglés Cecil Aldin, que recreó a varias generaciones con sus ilustraciones de cuentos y libros novelescos y fantásticos. El político español Sánchez Guerra. El magistrado Georges Pressard, cuñado de Chautemps y entrometido en el asunto Staviski, muere misteriosamente el 29.
- En febrero, el pintor alemán Max Liebermann. El periodista español Dionisio Pérez. La actriz dramática francesa Edith Mera.
- En marzo, el novelista australiano Federico Manning. El novelista francés Herbert Wild.
- En abril, el humorista francés Alex Fisher, que colaboró en muchas obras con su hermano Max. El violinista húngaro Vecsey, uno de los mejores en su plenitud, unos años ha. El novelista rumano Panait Istrati.
- En mayo, muere misteriosamente (y hay quien dice que vive) el célebre espía y excelente escritor inglés Coronel Lawren-



ce. En este mismo mes, el notable botánico holandés Hugo de Vries.

□ En junio, la pianista Cecilia Silberberg y la actriz dramática Magdalena Carlier.

□ En julio, el poeta irlandés George William Russell (firmaba A. E.). El pintor Víctor Gilbert y el ilustrador inglés Arthur Watts.

□ En agosto, Will Rogers, artista cinematográfico y Willey Post, aviador, mueren en una caída de aeroplano, cerca de Point, Barrow, en Alaska. El poeta francés Maurice Chevrier y el novelista Henri Barbusse.

□ En septiembre, Manuel Bartolomé Cossío, primer ciudadano de honor de la República Española. El ensayista francés Antonio Albalat. El director de «El Mercure de France», Alfred Valette.

□ En octubre, el político y escritor francés Henri de Jouvenel y el pintor alemán Hans Baluscheck.

□ En noviembre, el actor cómico Dranem.

□ En diciembre, Paul Bourget.

Y una cantidad de gente más, Las pícaras Parcas....

#### Memorabilia

□ Todos los políticos europeos han viajado a más y mejor. Tratados entre Italia y Francia (Mussolini y Laval); entre Francia y Rusia, (Laval y Litvinoff) y amistad entre Rusia e Inglaterra, después de la visita de Eden a Moscú.

Se inicia la guerra Italo-Etíope....

Un caballero noruego encuentra un botón azul marino, en una calle de Bergen.

Los italianos entran en Addua.

Los niños de Marsella siguen comiendo por la boca.

El año 1935 sigue demostrando que la humanidad es lo mismo que siempre. Ni buena ni mala del todo.

Desea un feliz 1936.—JOAN DE SELVAS.

## El mes artístico

DICIEMBRE, otro diciembre, y el año 35 del siglo, un año que, desde luego, no a de volver, pues, contra todo lo que creemos ingenuamente en la juventud y lo que algunos siguen creyendo a lo largo de la vida, nada de lo que se va vuelve, ni por una vez siquiera, diciembre de 1935 se nos ha ido llevándose la sucesión de un año. Y un año no es cosa de almanaque, sino un límite entre dos espacios del tiempo. A quienes este año no nos haya sido favorable, nos queda, no la esperanza, sino la certidumbre lógica, del que próximo no nos será desfavorable. La vieja Ruedas de las Cosas de los hindúes, es una observación tan sabia como los refranes populares: Cuando se está en alto, se baja; pero, cuando se está abajo, se sube.

Artísticamente, también puede ser que sea comprobable esta teoría tan práctica. El año artístico, en Chile, se ha pasado casi vacío, por lo menos de actividad nacional. El Salón Nacional lo cerró, y no con broche de oro. Hubo uno que otro destello sin mayor transcendencia, uno que otro intento, más bien. Hay que creer que los artistas chilenos se van contagiando de apatía ambiente.

Destellos, en libros: uno de Latorre, otro de Melfi, otro de Daniel de la Vega, otros de otros. En música, apenas, todo o casi todo el contingente nos viene de fuera: producción, intérpretes y casi iba a decir público, puesto que el esnobismo del nuestro es una cosa adventicia y pegadiza. Escultura y pintura, los salones oficiales nos han saturado de mediocridad, salvo excepcio-

nes que no hacen sino confirmar la regla. Dentro de este ambiente mal puede hacerse arte ni sentirse. El arte es, en fin de cuentas, dígase lo que se diga, producto un tanto artificial de estufa, de invernadero, en el sentido maternal de la palabra. Desabrigados como andamos, expuestos a los cuatro vientos de la calle pueblerina, el arte se torna chismorreo y comadrería, lujo barato de nuevo rico, improvisación arbitraria, cuando debiera ser flor de planta con la raíz en la tierra. El polvo urbano no es fecundo y no es dable arraigar donde no hay nada estable.

\* \* \*

Una exposición se ha producido detrás de la Nacional y en el propio Palacio de Bellas Artes. Un vasco que ha exhibido, con ese prurito exhibicionista, del cual suele padecer indecorosamente la juventud, porque nadie es tan osado como quien no le ha tomado el peso a la vida. El vasco Oteiza, reunió en una sala unas cuantas fantasías suyas y quiso dárnoslas, si no como fruto de su discernimiento, como resultado pasajero de sus tanteos. En tal sentido, siempre es interesante seguir a un hombre. Es el hombre mismo el que debiera evitar que pudiésemos sorprenderle.

Hacen veinte o veinticinco años, se pretendió descubrir un arte nuevo, más fácil para sus productores, aunque mucho menos accesible para sus espectadores. El promedio de moda, que impulsa a pesar suyo a las llamadas «élites» permitió desarrollarse esta tentativa y le dió más duración que la que en sí llevaba.

¿Qué ha quedado de todo ese esfuerzo llamado vanguardista? Nada hay perdido y esa ola de espuma, dejó en la playa algunos caracoles y una que otra rara forma que han pasado a incorporarse al caudal de experiencia de los hombres. Pero los propios que la impulsaron volvieron cuerdamente sobre sus pasos, y los poetas más eutrapélicos, regresaron al ritmo y a veces a la rima, sin sacrificar ni la emoción ni la idea, bases inamovibles

de la poesía de todos los tiempos. Otro tanto hicieron pintores, escultores, arquitectos y músicos. Los espíritus más conservadores, dieron, gracias a ellos, un paso hacia adelante; pero ellos mismos, casi todos, desandaron también otro paso. Y así hemos conseguido entendernos.

Sobreviviente de esa generación ya tan pasada, incorporada ya a la nuestra, asimilada y humanizada por nuestra sensibilidad, es la labor del vasco Oteiza. Cuando él mismo, transcurrido el tiempo, vuelva la vista hacia atrás, como hemos de hacerlo todos, temamos o no temamos, la maldición de la mujer de Lot, se asombrará y consternará de su desaprensiva ligereza. No, el arte es vida, sí; pero la vida, por muy cambiante y dinámica que se nos aparezca, no es nunca cosa de broma.

Yo consideré, con el interés que me impone mi propio temperamento, el conjunto de ese esfuerzo, que se me antoja más de fiebre que de voluntad. Y pensé que la mayor lección que su autor pueda llegar a recibir y recoger, será la que él mismo se imponga con el tiempo y el acendramiento o, mejor dicho con el desarrollo de su propia personalidad. Nada de lo hecho, se malogrará, entonces, si en ello hubo un atisbo feliz y sincero. Lo demás caerá como hojarasca.

\* \* \*

El centenario de la capital, debe ir haciéndonos pensar en la forma en que vamos a conmemorarlo, si no queremos que nos deje sino el amargo y vergonzoso recuerdo de uno que otro monumento infamante, escuela de mal gusto y mal ejemplo, durante muchas generaciones. Ojalá el aniversario de 1941, se preste para madurar una idea útil y llevarla a cabo de una manera bella.

Se ha hablado de ornar el Cerro de San Cristóbal, con diversas construcciones costeadas por las colonias extranjeras residentes y que representen características de cada uno de los

respectivos países y les sirvan como exponente de su cultura. Una pequeña biblioteca, en un palacete de estilo francés; un diminuto museo, de carácter español; una mezquita, tal vez, o un templete bizantino de la colonia siria; un «cottage» inglés; una cervecería, índole Alt Heidelberg; una reproducción en pequeño de alguna de las maravillas italianas; un sueño yanqui hecho realidad concreta; una caseta suiza, como los refugios de los Alpes. Todo eso repartido en la montaña chilena, distribuído sin afectación, a la vez como un adorno y una comodidad, podrá llegar a reunir en ese peñón, cuantas fuerzas extrañas nos han ayudado a subsistir. No sería nunca un muestrario, sino, más bien, un empeño, síntesis de actividades múltiples, barrio cosmopolita, con lo menos de exposición y lo más de hogar, posible.

Hay que irlo pensando y planeando ya, si no queremos vernos sorprendidos por el tiempo y forzados a improvisar aquello mismo que debe ser como el resultado de una vida ya vivida. Cuatrocientos años, aun no son mucho, pero empiezan ya a ser algo.

Y Santiago, para salir de su odiosa y antipática edad del crecimiento, del estiramiento, diría yo, necesita el concurso de todas esas viejas civilizaciones y lo mostrará orgullosamente, como prenda segura de una futura cultura propia.

Somos, los americanos, amalgama; seamos, también, crisol. Santiago de Nueva Extremadura, con el respaldar eterno de sus cordilleras vertiginosas, si no puede ostentar un pasado, bien puede pagarse un porvenir. Costémoselo todos, nativos y foráneos todos, hombres de un mundo nuevo.—A. D'HALMAR.

## LOS LIBROS

CONOCIMIENTO Y EXPRESIÓN DE LA ARGENTINA, por *Eduardo Mallea*.—(Sur, Buenos Aires).

Eduardo Mallea es uno de los espíritus más finos y sutiles de la Argentina. Su decantamiento psíquico, producto de viajes, lecturas y condiciones no siempre comunes, ha dado páginas de asombrosa perfección a la novela y al cuento.

Ahora, después de cerca de un decenio en que no había publicado un libro, reaparece con una conferencia pronunciada en Italia y contenida en el pequeño y pulcro volumen editado por «Sur», con el título de «*Conocimiento y Expresión de la Argentina*».

En él se plantean novedosos y plásticos puntos de vista sobre la nacionalidad argentina, su pasado, su presente y su futuro. Se ahonda en un tema que ha constituido motivo de meditaciones para filósofos y viajeros, desde los tiempos de hispanismo fértil, al estilo de Altamira y de Posada, hasta el intuicionismo trashumante de los Ortega y Gasset, los Keyserling y los Waldo Frank.

La nación vecina ha desorientado con la vastedad de su pampa, denominador común de las revelaciones súbitas que han asaltado a los intérpretes. La pampa ha tenido la virtud de estimular la caudalosa vena de las revelaciones y el símbolo de don Segundo Sombra ha favorecido el incitante y profético tono de videncia de innumerables literatos superficiales.

Pero hay una hondura hecha de dureza y de silencio, que envuelve al argentino del campo, distinto del argentino de la ciudad. Hay atmósferas y planos creadores de divergente sentido. Hay un misterio alucinante en el tema argentino que es de un evidentísimo peligro. Por eso, al bordearse el motivo de la pampa como índice del carácter nacional se desliza el escritor con facilidad a la escollera de los lugares comunes.

Mallea está dotado de una sensibilidad vigilante y experta en los trances del espíritu. Mezcla su cultura moderna y selecta con la ponderación interna revelada en una prosa de calidad extraña, con un léxico escogido e insinuante, con fulguraciones espirituales intensas.

Para Mallea el escritor es: un hombre que renace, perennemente de sus agonías por la palabra «Las palabras—agregan—traen la imagen y la imagen el símbolo; en medio de la creación de un mito, el escritor se halla de pronto aludiendo misteriosamente terribles elementos de un mundo desconocido que pugna por nacer. El imperio potencial de ese mundo, lo ignoto y dominante de sus manifestaciones, la percepción de su misterio llevan al creador puro a un estado de alucinación cuya sola atmósfera importa; de ese alejamiento, de esa transitoria residencia en un estado segundo, de este *delirio lúcido*, nace una nueva realidad»

Como se ve, el autor de *Conocimiento y expresión de la Argentina* afianza su verbo en un dominio mágico, de revelación y de impensados límites. Pero luego, su raíz racionalista, le indica que pocos salvan los peligros de la huída. Aquí indica el ensayista primoroso que el arte es una tentación de fuga que sólo los fuertes pueden afrontar.

En la trama de sus intuiciones, por lo demás, se mezclan con tino ejemplar las flores del lirismo con los severos ejemplos de la realidad circundante.

Con tales elementos la visión de Mallea se escapa de toda vulgaridad y enfoca singularísimos horizontes de América, a

través de sus argentinas sugerencias. Para Mallea, la carencia de voz es el hirsuto lazo que ata al hombre a su yo árido. Y el drama y la tragedia de América no residen en otra cosa que en la existencia de una voz inarticulada, que busca una expresión en medio de horizontes silenciosos, concentrados y henchidos de pasión no siempre creadora. Es la lucha de lo informe, de lo caótico, de lo que está en potencia con las corrientes ordenadoras y jerárquicas. De ahí nace el íntimo y profundo estremecimiento de esta hora en que diversas corrientes tratan de canalizar el río de los instintos continentales. Pero no todos los ordenadores han sabido despojarse antes de las hirsutas influencias del medio, de las complejas corrientes subterráneas del criollismo.

El silencio de los argentinos es un grito para Mallea. Ese grito está amasado con las complejidades de un país que a primera vista es pampa y horizonte; pero que se empina en el trópico y cae vencido en la confluencia de dos mares, en el remoto astro. Por obra de tales elementos geográficos, físicos, raciales y psicológicos se ha modelado la fisonomía del argentino, en cuya sensibilidad existen zonas de misterio y de sombra espesa.

Mallea trata de aclarar el misterio y de ayudar en la captación del llamado hombre a la defensiva. Mucho queda en él de abrupto y de infantil. Con elementos de silencio y de llanura ha logrado concretar ese tipo síntesis, discutido por algunos, del Segundo Sombra, que ciñe la visión hidalga de Güiraldes. Pero eso no es ni puede ser todo. Porque en Güiraldes sólo late el problema conformista y el picaresco arrancar del personaje, no el drama genuino de la tierra. Porque también Güiraldes, prosista y poeta supremo, estilizó su visión y la acomodó a su gran temperamento errabundo y lírico. Pero sus limitaciones se compensan en lo que muchos estiman la síntesis perfecta de las nuevas inquietudes argentinas, con el hervor de vida, con las dulces metáforas, con la huidiza prestancia del tipo campero.

Mallea insiste más adelante en la dispersión y en la división



del mundo argentino. Bajo este signo nació él y a su sombra se modelaron los demás hombres posteriores a 1900.

Hay ahora un sentido de unidad creadora, un fluir latente de jerarquía que alecciona a los espíritus que vieron la tremenda lucha del instinto contra la «inconsciencia ensoberbecida».

Al contarnos Mallea su problema, sin querer nos instala en el ámbito de todas las discordias argentinas. Tanto las políticas, como las geográficas y regionales, como las literarias. En las políticas hubo y pervive algo que él no expresa, pero que baña el subconsciente de las pasiones internas de los argentinos.

Nos referimos a la lucha de las manadas discordes con los directores y pastores de almas y de multitudes. Por algo se transformó el fermento de los llanos, construído a la sombra de Quiroga y de otros caudillos, en el contemporáneo tumulto del caciquismo político, con sus expresivos símbolos, los Lencinas, los Cantoni, etc. Esto en lo literario cultivó también el tono bonaerense del «alacraneo», con sus capillas y lapidaciones individualistas.

Pero conviene en todo caso decantar tales materiales de interpretación y no olvidar que tiene el caudillismo raíz histórica y justificación en la atmósfera de irrealidad en que se colocó el litoral artero.

Mallea compara más adelante en un párrafo ejemplar la diferencia de módulos vitales entre el europeo y el argentino, esto es, el americano. El primero nació cuando la cultura estaba en forma y el estado en orden dentro del sentido spengleriano del vocablo. Ya todo había sido fijado en su límite expresivo: la cultura, el saber, la política, la misma economía parecía superada en su etapa capitalista. En cambio, en el americano todo había que construirlo con los materiales dispersos de un inorgánico escenario. Este último estaba acechado por la ansiedad de llegar a un estado de conciencia.

Y no otra cosa revela el intento de Mallea, similar al que hacen otros ensayistas e ideólogos de su país, como Doll, los

Irazusta, Erro, Luis Franco, Victoria Ocampo, etc., que palpan en las tinieblas de un caos que se torna día a día claridad.

Por las expresadas y por otras razones es fácil que el extranjero aunque sea un Keyserling, se equivoque al aludir los temas argentinos. Así ha confundido el filósofo báltico su mutismo con la ceguera, por más que haga radicar en el porvenir grandes esperanzas creadoras.

Mallea desencadena hábilmente sus impresiones sobre el conocimiento y expresión de los argentinos. Señala la difusa raíz de los equívocos y penetra con paso firme en un campo interpretativo muy propicio a su claridad sintética.

En la porción culta de su patria señala un grupo director que desea identificarse con la cultura y con la jerarquía.

Esta última palabra ha sido llevada y traída mucho por los ideólogos del fascismo y por los subrepticios esclavos del oscurantismo. Pero en cierto sentido ayuda a comprender las erguidas inquietudes de innúmeros americanos de hoy, de matices divergentes, como Picón, Sánchez, Marinello, Arias, López de Mesa, Alfonso Reyes, y algunos grupos chilenos, aparte de los argentinos ya señalados. Pero es terreno propicio al equívoco el de la jerarquía. Algunos confunden su sentido greco-latino, su extremismo mediterráneo, como otros naufragan en el exclusivo fervor soviético, para apuntalar sus creaciones ideológicas.

Una jerarquía americana, como el Ángel del Apocalipsis, puede tener su cabeza perdida entre las nubes, pero nunca puede olvidar que sus pies deben estar con firmeza asentados sobre sólido suelo de realismo.

Porque con las vagas jerarquías, que evocan las teorías de los ángeles y las celestiales especulaciones de ensayistas como Ramiro de Maeztu, se trata de soslayar el hondo mundo mestizo de la América. Y aquí obra la realidad tremenda y compleja, sutil e inquietante a la vez, que no sienten todos los modernos ensayistas, más o menos actualistas y más o menos europeizantes.

No es este un reproche que pretendemos hacer a Mallea,

argentino como el que más y comprensivo como pocos espíritus de su patria. Pero esperamos de su pluma una visión más realista del mundo mediterráneo de su nación, cuyo subsuelo es fecundo en mareas levantiscas e instintivas.

Constituye uno de los aciertos más grandes de Mallea su interpretación del campo argentino en relación con el hombre y el paisaje. Constituye su punto de vista prestigiado por sedimentada cultura y por dilatadas perspectivas y viajes europeos, un testimonio de aliento para un aspecto personal de crítica.

Refiriéndose al campo y a la urbe, anota Mallea que de éstos, sólo el último ha tenido hasta hoy expresión artística, si bien precaria en general por lo que llama «la escasa hondura psicológica del sujeto humano representado y lo primitivo del instrumento comprometido en la obra». Y añade unas felices palabras tan preñadas de realidad: «En estas evocaciones es el paisaje lo que primó; el hombre, psicológicamente, fué transportado en su forma más elemental. El habitante de la ciudad, en cambio, permanece sin haber sido transportado a la literatura. Pero en el dominio de lo real sucede precisamente lo contrario; en la vida argentina es el hombre de la ciudad el que habla; el habitante del campo está refugiado en su silencio». (Páginas 30 y 31).

Ha tocado aquí un punto nuestro ensayista que, lógicamente, repercutirá en la literatura chilena. En las novelas de estos países en formación, el interés radica todavía en el campo, con sus problemas y pasiones que absorben fundamentalmente, ya que en ellos la raíz agraria de la economía, que informa al hombre, es evidente.

Algunos críticos obstinados y europeizantes, amigos de lo delicuescente por no haber cavado en la realidad del subsuelo mestizo, se han perdido por años en la divagación pueril de que no hay problemas en nuestra literatura campesina. Pero no es que no existan problemas sino que ellos no los ven.

Es el crítico el que crea los problemas, decantándolos en sus lecturas, agrupándolos en sus meditaciones, afirmándolos en sus

postulados creadores. Pero no es la ciudad aun el centro de la gravitación novelesca americana por vastas y complejas razones. Conserva mucho todavía el hombre ciudadano las influencias europeas de inmediata trasplantación, tanto en maneras, como en giros, sensaciones y estilo de vida. En cambio, permanece, no obstante la saturación creciente de ciudadanía, el campo en su perdurable predominio que imprime el tono de la existencia a lo político, con su férvida ruralidad, con el pasionismo de su colorido, con su impermeable y consistente conservantismo.

Cuando la novela expresa y capta en estos países algunos tipos ciudadanos no hace otra cosa que dar aún la sensación de una descolorida versión de lo que está de moda al otro lado del océano. En cambio, cuando afinsa su penetración en lo rural enriquece la interpretación de América con lo permanente y ahincado de su fisonomía. Tal sucede con lo mejor de la literatura argentina y uruguaya, desde Güiraldes hasta Quiroga, desde Acevedo Díaz hasta Amorim, tal pasa con los recios rebrotes novelísticos de México, Colombia y Ecuador, donde han surgido escritores vigorosos y variados como Rivera, Azuela, Uribe Piedrahita, Antonio García, Salvador, Pareja Diez-Canseco, de la Cuadra, Gil Gilbert, Aguilera Malta, Martín Luis Guzmán, Muñoz, y tantos otros ejemplares.

Tornando al punto de vista de Mallea, hay en la Argentina una discordia entre el tipo de la ciudad y el del campo. El primero, habla y se expresa con la estridencia abarrocada y casi tropical del tango y del cancionero del lunfardo. El segundo, se contiene y en los punteos de las vidalitas entrega algo de su espesa melancolía.

Pero todos se completan en un aspecto: el del sentimentalismo común. Este ha construído su trama como una compensación al desgaste continuo de la prepotente raza, henchida de proyectos, dinámica, activa y trabajadora.

Esta evasión de los argentinos constituye uno de los temas de ensayo más seductores e incitantes. Porque en el canto y en

el alcaloide permanente de su melancolía existe una especie de compensación para sus complejos y tremendos impulsos que vitalizan su colorido étnico.

Creemos que Mallea exagera la influencia unitaria de Buenos Aires y la hace extensiva a Chile con holgadas referencias (Páginas 35) que no resisten una actual revisión histórica. El orden jerárquico de tipo medioeval, que él identifica al patriado europeizante de Buenos Aires, estaba más bien latente en las dormidas fuerzas cósmicas del interior y de la llanura. Era como la reserva hispánica, que se evidenció más tarde, tanto en Argentina como en Chile, con las reacciones colonialistas de Rosas y de Portales, afirmadores de lo nacional, antiextranjeros y subordinados a la autoridad del sueño secular de la Madre Castilla.

No quiero restar laureles a Mallea, pero estimo que ese orden jerárquico fué más bien un intento que una realidad. A los pocos años de la Independencia ya vivían de idéntico modo las separaciones de clases y los problemas agrarios que no supo ni pudo quebrantar el gobierno patricio y oligárquico de Buenos Aires, como los patriotas candorosos de Santiago.

La extraña dignidad, el extraño resplandor, el extraño fuego que supone Mallea a dichos hombres tuvo mucho de ejemplar, pero también entrañó mucho de efímero.

Casi todos esos hombres cayeron pronto derribados de sus pedestales para ir a los cadalsos, a los patíbulos, a la sombría encrucijada del asesinato y al amargo y silente ostracismo. Se rebelaron y desataron a su sombra las fuerzas oscuras e instintivas del continente, que ellos con su formación europea y su desconexión con lo esencial del complejo cosmos americano, habían reemplazado por la limitada disciplina y jerarquía de sus logias y cábalas.

Por esto, a nuestro juicio, la ordenación salió de la tierra y del instinto latente en caudillos que, más tarde, afirmaron su

reinado en lo inmanente y permanente de estos pueblos, como fueron Rosas y Portales.

No envuelven mis afirmaciones un deseo iconoclasta ni menos una admiración al gaucho xenófobo y al picaresco ministro de Prieto, pero corresponden más a la objetividad histórica de hoy.

Continúa Mallea su ensayo definiendo las inquietudes y aspiraciones del hombre de 1900, cuyos meandros ofrece revelar en un próximo y prometedor libro.

Este hombre del 900 se caracteriza en Argentina por un sostenido y potencial instinto de expresión que no puede fundirse en la urbe con la substancia humana profunda de su superficie huidiza y enorme.

Las postreras páginas del fino libro que motiva este comentario se concretan a hacer sentir la angustia y la tortura de una generación que tiene los mismos problemas que la nuestra.

Es una voluntad de comunión y de amor, es decir, voluntad de unidad creadora.

Tal sentido informa las postreras manifestaciones de la inquietud de los argentinos, con su animada poesía, su recia novela y su multitud de ensayistas e intérpretes.

Entre todos Mallea se yergue por la calidad de su prosa y el raro atisbo de un espíritu en continua vigilia de captación.

Concluye el autor de *Conocimiento y Expresión de la Argentina* señalando la *secreta taciturnidad* como de subsuelo sombrío, que se advierte entre sus contemporáneos y que frustra aún los goces externos y transitorios de su corteza. Por esto el secreto de la nación vecina no está, a juicio de Mallea, en signos exteriores que desorientan a los hombres de Europa. No está en lo que llama «el progreso amonedado», sino en el silencioso y alargado duelo de su inquietud y de su búsqueda de expresión.

Todos los nuevos espíritus viven empeñados en descubrir lo que el mundo americano reclama, y es, según Mallea: conoci-

miento de sí y aplicación de este conocimiento a la inegración y armonización de un orden.

Para él, el conocimiento no es más que «comprensión jerarquizada» de la que saldrá un selecto fruto nacido de una gravi-  
dez como ésta.

Cualquiera que sean las diferencias que en algunos aspectos se puedan tener con Mallea, temperamento sutil, artista selecto y prosista de primer orden, no puede dejarse de indicar la importancia de su breve y sugerente libro.

Ojalá que otras obras henchidas de palabrería y de retórica mulata que circulan por el continente como avanzadas del negroide en rebeldía, pudieran ostentar la elevada sinceridad y la fuerza singular de sus páginas.

*Conocimiento y Expresión de la Argentina* adelanta los elementos de un juicio más categórico que esperamos y nos alumbrará sobre los actuales problemas de América.—RICARDO A. LATCHAM.



SÓCRATES Y PLATÓN, por el *Dr. Cohn*.—Ediciones Antera.—Valparaíso.

Entre los títulos publicados por la Editorial Antera, organización porteña de fines exclusivamente culturales, logra particular relieve este tomito, dedicado a las dos figuras máximas de la filosofía clásica: Sócrates y Platón. El profesor Cohn, de la Universidad de Friburgo, nos ofrece en esta ocasión un esquema perfecto de estas dos columnas del pensamiento, sobre las cuales descansa toda la arquitectura filosófica antigua y moderna. «La filosofía viva empieza con Sócrates. Su vida y sus ideas se entrelazan íntimamente». El Dr. Cohn traza con elocuente sobriedad la personalidad de Sócrates, anotando su biografía sobre el fondo animado y épico de la vida ateniense, que ya comenzaba a ganar en profundidad con la venida de sabios extranjeros, portadores de la ciencia y de un espíritu altamente racio-

nalista. La seducción de la dialéctica, surgida de la diaria controversia, por el anhelo de comprensión de los fenómenos y de las ideas, prepara el camino de Sócrates entre la juventud ateniense. «Sócrates procuraba atraerse a la juventud estudiosa e infundirla hábitos de seria meditación, y decimos de seria meditación porque Sócrates no pretendía comunicar a sus oyentes una ciencia hecha y sistematizada, pues él decía que nada sabía». Luego, al través de sus charlas y diálogos, aparece lo que se ha denominado el método socrático, que obedece al firme propósito de investigar, pues Sócrates creía firmemente en la posibilidad de hallar la verdad. Culmina la primera parte del libro con el fin trágico del filósofo. Sus ideas, opuestas en algún punto a la Constitución de Atenas, los enemigos que levantaron sus juicios implacables sobre el valor personal, y la petulancia de muchos, favorecieron la acusación de que se le hizo víctima.

Platón ocupa la segunda parte del libro. El comentador, desde el comienzo, ubica frente a frente a maestro y discípulo, en su calidad de creadores, cada uno, de un sistema de ideas. Porque desde el punto de vista humano, Platón puso a los pies del Maestro, cariño, devoción y pensamiento. La filosofía socrática, como se ha dicho, hunde sus raíces en la vida del Maestro. Platón, de naturaleza poética, estuvo siempre huyendo de la realidad y en más de una ocasión intentó probar sus conceptos en un sistema de gobierno fuera de las normas de aquel tiempo. «Los escritos de Platón son investigaciones en forma dialogada que tienden a establecer la teoría del conocimiento». «Sócrates cree que existe una verdad. Platón demuestra severamente este principio. Si no existiera la verdad sería falso ese mismo principio de la no existencia de la verdad que sus adversarios afirman terminantemente». Aquí apunta su notable teoría de las ideas, como único objeto posible de conocimiento. «Nuestro conocimiento abarca la verdadera naturaleza de las cosas, es decir la realidad más excelsa que se oculta tras el velo



de las formas variables y sensibles». Nos refresca el comentar los conceptos de Platón sobre el amor—«que no es la renuncia a la posesión material del objeto amado, sino la sublimación de este objeto en el mundo de las ideas»—y sobre el Estado—«que no es una pura asociación humana sin más objeto que el de la seguridad y el bienestar, sino una copia e imitación del hombre, más amplia y perfecta en sí misma».

El libro examina el concepto del Estado platónico y de la sociedad, las exclusiones e impedimentos para regirlo, el concepto de la propiedad. «La gobernación de los Estados no mejorará hasta que los reyes filósofen o los filósofos sean reyes». Porque en el Estado debe gobernar la parte racional... «Del mismo modo y por las mismas razones que la propiedad privada, está prohibida también la familia a los gobernantes»...

El comentador finaliza su interesante estudio, destacando el hecho de la hasta hoy imposible realización del ideal platónico, sobre todo en el punto en que impone que los más aptos lleguen a ocupar los cargos superiores y que la selección de los gobernantes se haga teniendo en cuenta sólo su competencia.

«Pero de mucha mayor trascendencia que todos estos aspectos es el espíritu que informa el sistema político de Platón. En todas las instituciones y organismos gobierna la razón y todos los hombres viven los grandes fines de la comunidad».

La comprensión de la verdad socrática, en constante y aguda revelación, y el alcance de la idea platónica, severa y todopoderosa, encuentran en el estudio del Dr. Cohn un instrumento de íntima iluminación que hará posible su conocimiento ordenado y su cómodo análisis, por la mayoría del público lector.—LAUTARO YANKAS.

INDECISIÓN Y DESENGAÑO DE LA JUVENTUD, por *Domingo Melfi*.  
—Ediciones «Atenea», 1935.

Este libro, quintaesenciado en setenta páginas, habrá merecido, sin duda, efusiva acogida de parte de la actual generación de lectores, la misma inteligente generación que ha permitido en Chile el brillante desarrollo del libro de ideas y de la literatura honda, nacida estos años en Indoamérica. Aunque este libro interesa desde luego a nuestra juventud por las numerosas sugerencias que aporta y por el estímulo que irradia la agudeza de su crítica y el escepticismo de sus reflexiones, creemos que en general la alcanzará superficialmente, desde que hoy pesa sobre ella la montaña abrumadora de las últimas y tristes escaramuzas sociales y políticas. Tal vez cuando esta juventud, convencida y caldeada por las cruentas realidades pasadas y por las trágicas que sobrevengan, tome su puesto de acción, este breviarío de nuestra decadencia habrá de llevarla con seguridad y firmeza por el azaroso camino de los sacrificios colectivos.

Nos recuerda el libro de Melfi el no menos intenso y sólido «Rumbo Argentino», de Manuel Seoane, donde se enfoca con el valor y la firmeza de una mentalidad habituada al examen de la historia—hechos y hombres—la inquietud argentina, cristalizada en hombres como Irigoyen, Alvear y Justo. Seoane se interna en la vida americana plasmando los movimientos y las tendencias en sus figuras representativas, fundiéndolas íntimamente en los hechos decisivos, de donde emergieron, finalmente, triunfantes o humilladas. Melfi se ha colocado frente a los acontecimientos panorámicos y los ausculta sin vacilaciones, dueño y señor de la perspectiva, evitando así el contacto personal, a nuestro juicio, con notable inteligencia, por razones que pocos desconocen: nuestra historia es demasiado reciente y los rasgos personales despiertan peligrosas excitaciones. Además, estamos perfectamente convencidos de que nuestra historia última ca-

rece de valores representativos. Melfi mismo lo advierte en sus páginas con muchísima oportunidad. ¿A qué, pues, desvirtuar el desapasionado examen de los hechos fundamentales originados por impulsos extraños a la masa, con el estudio de hombres que no simbolizaron, salvo uno que otro caso aun no vindicado, ni una gran idea, ni un noble impulso, ni una corriente nacional?

Así, pues, este «proceso de las generaciones jóvenes de Chile», vale a nuestro humilde juicio como una preparación del árido y áspero terreno de la historia patria, para la obra adulta que nos dará la verdad, luminosa y serena, sobre tantas jornadas y tantos hombres que hoy se presentan a nuestra creciente indiferencia en tan diversas confituras. Nadie mejor indicado que Melfi para tal empresa, por sus ya felices intentos de comprensión de lo nuestro y por el mérito de esa claridad latina indiscutible y de esa serenidad nada común en nuestros comentaristas, claridad y serenidad que nos habrán de llevar hacia la certeza de una *justicia* de la historia.

Melfi nos sitúa en la época anterior a la guerra del 14, cuando Chile era todavía un latifundio tranquilo. «Todos gozaban en las capas inferiores de un bienestar que se parecía mucho a la atmósfera de enervamiento que se produce después de los grandes placeres físicos». La política se manifestaba en rencillas electorales, en exabruptos parlamentarios. El relativo bienestar del país mantenía sepultadas las inquietudes sociales. «Pero el pueblo vivía en pocilgas, los campos tenían chozas que avergonzaban». «A nadie le interesaba la vida de los anónimos. Eran sólo manadas electorales».

Luego hay una fecha: 1910 y un hombre que predicó en el desierto: Alejandro Venegas: un «puro», que como tal murió injuriado, aislado, repudiado por quienes debieron alentarle, seguirlo. Este hombre dió la voz de alarma, en medio de un régimen de disfrute máximo de los privilegios, de dominio sin freno de una oligarquía relajada. «Había desenmascarado hombres e instituciones, la falacia de los recursos con que se engañaba al

pueblo, el desorden y la retórica estéril de la enseñanza, la miseria moral de los jefes».

Nos habla Melfi, en seguida, de aquella generación del 91, se forja un sí es no es romántica y cuya triste epopeya—las jornadas de la Revolución—no ha dado más que frutos amargos, que han sido el deleite de las generaciones posteriores, desenfrenadas, arteras, faltas de hombría, tal vez porque en aquellas jornadas triunfara el principio de la autoridad múltiple y de la múltiple ambición. El triunfo trazó un camino disociador en razón del sentido íntimo de la causa triunfante, sentido sin autoridad moral suficiente, desde que no tenía arraigo alguno en la realidad popular, y sólo nacía de la eterna pugna de grupos ambiciosos de poderío.

«En cuanto a la posición intelectual, esa generación no produjo ninguna obra fundamental para el conocimiento de las inquietudes que desgarraron a los hombres de aquel tiempo». «La generación que desembocó en la Revolución del 91, pasó luego entera a formar en la vida estrechamente política, desentendiéndose del drama que había vivido».

Cuanto a la falange literaria de 1900, Melfi apunta sus características: la preocupación del paisaje y el indianismo esclavo de sus personajes. Lógicamente, en medio de una naturaleza prepotente, y bajo un régimen de verdugos y capataces la obra literaria en comienzo no iba a estructurar posturas de combate. Como toda la literatura americana del sur.

Pasa luego el autor el examen de «los nuevos», de aquella juventud que tuvo la diaria conciencia de la guerra del 14 y de sus consecuencias sociales más profundas. Generación forjada en el horror, en el desengaño, en la indecisión rebelde. Generación de multitudes. Es la época en que las masas, por primera vez en la historia, toman un puesto en la acción, en cada país del globo. La vieja estructura social ha perdido su solidez, su gravedad, y se deshace. La ideología extremista se filtra en la mente de la época. La juventud chilena, desorientada dentro de

las luchas partidistas de la política criolla, bebe en esta fuerte literatura y observa, actuando a veces con arremetidas dramáticas, absteniéndose otras por desconfianza, falta de guías, y de una idea máxima que la libre de las sugerencias del mundo y de los míseros intereses de los grupos que se disputan el gobierno.

Así sigue hasta ahora, desengañada, vacilante, huérfana y ávida de intensas combustiones.

Pese a las páginas finales de «afirmación y heroísmo», el libro de Melfi destila alguna amargura, no logra disimular el gesto brumoso de los vaticinios. Luchas y tragedias inútiles arroja el balance de nuestro pasado como nación. Los hombres salidos de semejante crisol llegan a nuestro presente con las taras exacerbadas de la ambición, del egoísmo homicida, de la vanidad y de la pasión soberana, dueña de todos sus pensamientos. Así se explica su inepticia y su derrota moral frente a los graves problemas que hoy en día plantea la vida chilena.

Libro honrado, sereno, del cual irradia calor de humanidad, emoción cordial, estimulante.—LAUTARO YANKAS.



## DIEGO MUÑOZ Y SUS MALDITAS COSAS

A veces uno pregunta:

—¿Quién está escribiendo ahora?

Y en la esquina de Ahumada con Huérfanos, mercado de informaciones literarias y tribuna de quejumbres, apóstrofes y disquisiciones sabias, alguien aporta el dato:

—Ha salido por ahí un tal Diego Muñoz... Publicó *La Avalancha*, que está muy bien. Después le editaron *De Repente*. Tiene páginas muy intensas... Y pasan unas hermosas mujeres. Uno las mira hasta que se pierden entre el gentío. Luego pasan dos elegantes sinvergüenzas, abundantes curas, algún alemán y.

constantemente, millares de seres misteriosos, acaso porque uno los desconoce.

Mientras tanto, el Diego Muñoz recién adquirido se escapa de la memoria. Se va, porque un viejo amigo llega en compañía de un señor alto;

—Don Fulano de Tal, poeta de Costa Rica. Don Zutano, escritor de Bolivia. Don Mengano, crítico de Buenos Aires. Don Perengano, periodista que anda en jira. El señor Tanto, escritor peruano, desterrado... El señor Cuanto, secretario de la Legación de Tal, y literato.

Y, durante días y meses, la escueta imagen de Diego Muñoz no aflora a nuestra conciencia.

Mas, se produce la segunda sensación.

—Ese es Diego Muñoz.

Pero ya ha pasado. Su espalda, nada estrecha, se aleja entre muchas otras espaldas. ¿Quién diablo será Diego Muñoz, con quienes se habrá formado, cómo escribirá? Y otra vez se acaba.

Cuando comenzaba a juntar palabras, conocía a todos los de mi edad. Y los clasificaba a mi manera. Y conocía hacia arriba a cuantos cultivaban cualquier género literario. Además conocía a gran número de muertos que habían dejado tal o cual página. No existía nombre, por pequeña que fuese su significación, para mí desconocido.

Entonces uno leía generosamente, con avidez, con desesperación y con prisa, todos los papeles impresos, por ligero o denso que fuese su volumen. Después uno se retrae y no lee sin tomar sus precauciones. Siente horror por el lugar común, por la exaltación vesánica y por todas las formas de la majadería. Lee a menudo obras excelentes, pero no hace descubrimientos. Queda esta misión para los mártires que ejercen la crítica. En fin, todo es igual. Todo pasa y todo podría ser peor.

—Tiene la palabra Diego Muñoz... Y ésta es la tercera sensación. Lo miro con fuerza. Estamos en una asamblea de la Sociedad de Escritores. En un costado de la sala, entre Tomás La-

go y Souvirón, está sentado Diego Muñoz. Es corpulento; su cabeza es pequeña y su rostro es firme y de expresión contenida. Su discurso, aunque breve, es enérgico. Tal vez piensa que si dice lo mismo en tono filosófico no se le creerá. Su voz es carnosa. Vuelve a su silencio. Lo miro aún. Y se me ocurre, como síntesis, que su rostro carece de urbanidad. Sigo mirándolo y me digo: «Si yo fuera pintor y pudiera tenerlo como modelo, haría un cuadro que llamaría El Pirata. Pintaría a Diego Muñoz con una camiseta negra y le pondría entre los brazos un sable impresionante.

Finalmente, llega a mis manos su libro *Malditas Cosas*. Dado mi parcial conocimiento de Diego Muñoz, el título con sabor a interjección, encaja, ¡pero muy bien! entre las demás sensaciones. Mas he aquí que el Diego Muñoz escritor difiere bastante del Diego Muñoz persona.

Ese Diego Muñoz que se agazapa en el subsuelo de sus relatos es un sensitivo y un singular captador de matices.

Difícil y casi imposible es decir hasta dónde el escritor traduce o expresa al hombre que hay en él, en lo que tiene de más constante y durable; y, asimismo, no es tarea fácil asegurar que tales o cuales preferencias y antipatías forman parte del hombre que el escritor quisiera ser.

Si de la pura lectura de *Malditas Cosas* (1) quisiéramos inferir qué le es simpático al autor, deberíamos señalar en primer término l individuo fuerte y un tanto primitivo; al original, al que constituye un caso. Después su entusiasmo se vincula al mar y a la vida marinera.

Empero, su nota de mayor resonancia es la sentimental. Sus cuentos *El Querido Maestro* y *Fin*, que caben en esta categoría, son acaso los más sinceros. En ellos el autor se entrega.

Todos sus personajes van a la mujer, guiados por una sexualidad simple y juvenil. No les perturba ninguna tendencia a la

---

(1) Editorial Nascimento 1935.

sublimación. Dentro de estas generalidades puede, además, asegurarse que el autor tiende a lo dramático.

Es absolutamente subjetivo. Sus personajes estén donde estén, yacen en un contorno obscuro e impenetrable. Por lo demás nunca se sabe donde están, exceptuando *Malditas Cosas*, en que se habla de París y *Fin*, en que el protagonista junto con la terminación del cuento, se irá de Santiago.

Tampoco va directamente a las cosas. Diego Muñoz usa la insinuación y la sugerencia.

Dentro de nuestro medio es un renovador. Evita con terrible constancia dar cualquier antecedente, hacer el más pequeño preámbulo o presentar sus personajes. Comienza en un momento dado y ocurre lo que debe ocurrir, a veces con asombro del lector. Su tono es íntimo y parece hablar para viejos amigos. Supone siempre que uno sabe algo de lo que quiere contar.

Hay en su libro tres cuentos paralelos a los que, respectivamente, se subordinan los restantes. Son *Niña de Color*, cuento de pura sugerencia, sin anécdota, construido con sensaciones. Luego *Fin*, cuento dialogado, con acotaciones, muy emotivo, en que lo culminante está no en lo que se dice sino en su complemento silencioso y en ciertas palabras vanales de formidable sentido. Y, por último, *El Querido Maestro*, cuento anecdótico, de gran fuerza sentimental, en que el autor se entrega del todo y que acaso, por lo mismo, es el que nos parece más sincero.

Diego Muñoz escribe con sencillez y transparencia. Y lo que dice lo dice con claridad, sin abandonar nunca cierto acento poético y sin caer jamás en lo ya expresado.

Su estilo se realza a menudo con hermosas comparaciones y con hallazgos muy felices. Todo está perfectamente fundido y hay matices y observaciones que escapan en la primera lectura.

Con todo, en sus próximos libros me agradaría encontrar a sus personajes más ubicados, objetiva y psicológicamente; querría conocer su valorización del ambiente, del paisaje, de lo que rodea al ser humano y querría, además, que sus tipos, no me



refiero a los que toma de medios extranjeros, reflejaren nuestra manera de ser.

Los escritores se deben a su país. Y como a veces suele la raza hablar en ellos, deben todos, cualquiera que sea su posición, vivir con el oído atento a su probable llamado.— GONZÁLEZ VERA.

PIEDRAS Y SOL, por *Sady Zañartu*.—Prensas de la Universidad de Chile. 1935.

Sady Zañartu va labrándose silenciosa y tesoneramente un nombre en nuestra literatura de hoy en día, sin presunción ni apocando la obra de sus compañeros de labor. Encontramos en su persona cierto recogimiento digno, que lo aleja del tumulto y de las pasiones. Así su espíritu se enaltece y su obra aflora depurada de pasioncillas. Nos entrega ahora este libro breve en su extensión, pero denso de emociones, en el que vemos al artista distendiendo su sensibilidad en presencia de las piedras, acaso milenarias, de la región incaica, patinadas de sol y de historia. «Hacia el mundo de los incas» subtitula Zañartu su libro, y por ello colegimos que se trata de un libro de viaje; pero propiamente no lo es, porque no hay en él esas acotaciones minuciosas de cuanto la pupila recoge y que el escritor desarrolla como una cinta fotográfica. Sady Zañartu se interna en la sierra peruana con la emoción recogida, y ante la naturaleza grandiosa, cerca del sol, y junto a las piedras incaicas, su emoción vibra mediante evocaciones históricas. El paisaje lo absorbe y se abandona a él, hasta que la historia lo solicita con sus reminiscencias. Así, paisaje e historia se dan íntimamente ligados; obra de artista al fin. Nos guía Zañartu por el vericuelo

de piedras de una civilización inexistente en la materia; pero que vive intacta en el espíritu de los descendientes de los antiguos incas, con igual «panteísmo solar». «Las piedras de los muertos siguen gestando vidas». Acaso esta bella frase de Zañartu tenga un sentido recóndito y misterioso, y cuya revelación sólo la podrían dar hechos posteriores imposibles de predecir. Para Zañartu la civilización cristiana que allí domina, no le interesa; se entrega él a su vaga ensoñación y revive los espléndidos días de sol incásico. «Cierro los ojos porque la imaginación quiere substituir el templo católico por el subsuelo del Koricancha». El paisaje lo vemos siempre a través de su espíritu, como lo quería Amiel. Acaso esas piedras carecerían para nosotros de interés, si él no las tocara con la varilla mágica de su evocación emocionada. No es tampoco la suya una actitud búdica, meramente contemplativa, en un abandono de sí mismo en su presente para entregarse al pasado; siempre le vemos en cuanto hombre que siente y comprende con sensibilidad actual. Se diría que Sady Zañartu hace dialogar las piedras históricas con el sol de los incas a través de un mundo suprasensible; y él a su vez dialogara con las piedras, poniendo en contacto el pasado con el presente.

Bello libro éste de Sady Zañartu por su contenido histórico, descriptivo y emocional, y por su estilo elegante y transparente en sus imágenes y figuras; variado en su léxico sin caer en la adjetivación suntuosa, es plástico y coloreado en sus descripciones: «Los charangos espolvorean en el aire la angustiosa melodía que alude, cada vez más, a la pasión que antes tuviera lazos de miel. Los labios, gruesos de queres, se arden, brazos y escorzos insinúan la entrega, en vértices frenéticos, golpean las trenzas como látigos provocadores; aprietan las manos, las cinturas nacies en el rítmico pisotear de sus piernas de terracota; el revuelo de pañuelos simula el batir de alas gráciles; y luego las hileras de manos enlazadas forman arcos por los que

van escurriéndose las parejas en movible bóveda humana, de una a una con la levedad del pez».—MILTON ROSSEL.



COMPRENSIÓN DE DOSTOIEWSKY Y OTROS ENSAYOS, por Ricardo Baeza.—Editorial Juventud, S. A., Barcelona.

Como un mensaje del espíritu agudo y culto de don Ricardo Baeza, vinculado al país por el recuerdo de su misión diplomática, nos llega éste su último libro. Lo mismo que su libro anterior: «En compañía de Tolstoi», está formado por una serie de ensayos que ya fueron publicados en revistas y diarios españoles, casi todos ellos de carácter literario. Como los temas que enfoca van más allá del interés circunstancial del lector transeúnte, pues ahonda en ellos con espíritu crítico y filosófico, dándoles valor trascendente, ha hecho bien en compilarlos y el calificativo de ensayo que les da responde a las características que este género tan de actualidad tiene en literatura y cuya producción en España se anota aciertos dignos de los ensayistas ingleses, franceses o alemanes. A los nombres ya popularizados, entre la gente culta, de Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Marañón y Ramiro de Maetzu, debemos agregar el de Ricardo Baeza, que con este libro y sus anteriores adquiere personalidad literaria con obras propias, después de haberla adquirido como traductor impecable.

«Comprensión de Dostoiewsky» es el primer ensayo que encontramos sirviendo de título al libro y acaso el de mayor interés. Baeza analiza en este estudio las dificultades que se presentan a los occidentales para comprender los libros del genial ruso, «debido a la diferencia espiritual específica que hay entre Rusia y el Occidente europeo». Si ubicáramos este espíritu occidental europeo en Francia, la antítesis se hace más patente y tangible, pues nada hay más opuesto a la claridad, síntesis e

ironía de la expresión del pensamiento francés que el espíritu atormentado, subterráneo, místico que encontramos en los libros rusos, como exteriorización de sus características raciales. A la claridad mediterránea, tenemos que oponer la nebulosidad nórdica, polarizadas en Francia y Rusia, respectivamente.

Cree Baeza que es España el país de Europa que está mejor dispuesto para comprender a Dostoiewsky, pues encuentra afinidad étnica en ambos, ya que el Oriente se prolonga en los dos países; Asia en Rusia y Africa en España. Anota Baeza con agudeza y claridad las semejanzas y diferencias que hay entre estos dos tipos raciales. Una diferencia capital que vamos a anotar, porque también nos conviene la profunda observación de Baeza, es aquélla que se refiere a lo religioso. Rusia es un pueblo religioso hasta lo profundo del alma y esencialmente cristiano, con trasportes místicos que llegan al paroxismo. Su comunismo es una manera de manifestar su espíritu místico. En cambio el español, y nótese bien la diferencia, más que religioso y cristiano es un pueblo clerical, frailer, católico, romano, papista . . . De ahí las cualidades de su clero, las que encontramos reproducidas en el nuestro, más con vista a lo humano y terrenal que a lo divino y celestial.

Entre otros factores que contribuyen a dificultar la comprensión de Dostoiewsky, tenemos aquéllos que nacen de la densidad ideológica y del *dramaticismo* de que está saturada toda su producción novelesca; sabido es el conocimiento que Dostoiewsky tenía del alma, diseccionándola en forma tal que resulta como el descubridor del subconsciente y de la psicoanálisis, que tan de moda ha puesto Freud. Ya Nietzsche había dicho que Dostoiewsky es su maestro de psicología. Nosotros podemos agregar, por nuestra parte, que aprendemos más psicología de la edad juvenil leyendo «Un adolescente» que cualquier tratado de psicología. Una vez más se comprueba aquello de que el artista, con el poder misterioso de su intuición, se adelanta a muchos descubrimientos o investigaciones científicos.

Estudia finalmente Baeza algunos aspectos que se refieren a la vida privada de Dostoiewsky y que guardan relación con sus actividades literarias.

De los ensayos siguientes merecen citarse: «Emilio Zola, Gabriel Miró y Azorín y la generación del 98», sin que esto signifique falta de interés en los restantes. Son los nombrados los que más nos interesaron y en los cuales Baeza ahonda con mayor amplitud crítica. Reivindica para Zola el lugar eminente que le corresponde en la novela del siglo XIX. Sabido es cuanto se ha denigrado a Zola, calificándolo, con criterio simplista y de sacristía, de pornógrafo. La verdad es que Zola buceó en la libidine con un espíritu tan honesto y científico como los que hoy se dedican a tal especialidad, y cuya trascendencia para el cabal conocimiento de los misterios de la vida humana nadie se atrevería a negar. Como Dostoiewsky, resulta Zola algo así como un vidente de lo que Freud habría de revelar con tanta audacia y exageración.

En el estudio que dedica a Gabriel Miró, encontramos a Baeza ejerciendo la crítica literaria con amor, con espíritu cordial, con simpatía, como la quería Guyau, para poder llegar a «comprender» al autor estudiado. No hace de policía ni de censor severo, predispuesto a la sanción implacable; tampoco sus juicios son precipitados y ligeros, coronados de ditirambos vacuos. Analiza, cala hondo, no como gramático o dómine, sino como artista que es capaz de valorizar la obra ajena y de vibrar con ella como con la propia. Estudia ampliamente el estilo de Miró y concluye calificándolo como el mejor estilista de habla española. Al revelarnos las excelencias estilísticas de Miró, escribe Baeza las siguientes frases, que no resistimos a la tentación de reproducir íntegras para que sirvan de guía a los aprendices de estilista y no sólo a los aprendices; «La primera que requiere nuestra atención es la medida verbal, que, no obstante el vocabulario riquísimo, le guarda del nefasto prurito de exhibir a tuertas y a derechas su opulencia. Así, pese a la abundancia de

descripciones, no podría señalarse una sola cuyo motivo central fuere la exposición de aquel caudal. (Bien al revés de algunos de sus más celebrados contemporáneos en cuyas páginas, y aun de las más famosas, podrían apuntarse no pocas sin más razón de ser que el muestrario léxico (Garrido Merino, entre nosotros). Secuela de esta virtud es que las palabras tengan en él una vida íntegra y radical: jardín de aclimatación y no herbario, como en algunos de aquellos otros aludidos, en que se las adivina arrancadas violentamente de los lexicones para ser engomadas sobre la página». En Miró, según apunta nuestro autor, «hay una exquisita aleación de lo antiguo y cercano; la nobleza y la profundidad de lo antiguo, que nos ahonda las raíces en el pasado, unidas al ímpetu y la gracia y la susceptibilidad de lo moderno». Perfecta educación equidistante de lo arcaico y de lo snob, y como resultado un estilo *vívido, humano*. Así lo comprendió Cervantes en su tiempo, de suerte que es inopia mental imitar ahora el estilo cervantesco, como lo hacen algunos académicos anquilosados.

De carácter polémico encontramos el ensayo sobre Azorín y la generación del 98. Cosa curiosa, Baeza refuta al propio Azorín algunas apreciaciones despectivas de éste sobre la generación de la cual fué él uno de los principales corifeos. Afirma Baeza que esa generación jalona una etapa de la evolución de la sensibilidad y del pensamiento españoles; se vincula a Europa, mira hacia el occidente; vivía España en un aislamiento egoísta y funesto, africanizándose. Los juicios que formula acerca de la literatura española del siglo XIX son severos, pero justos, pues los abona con pruebas claras, contundentes, casi irrefutables. La literatura española de ese siglo es mediocre si se le compara con la francesa, inglesa o alemana del mismo tiempo, especialmente en el teatro y en la poesía lírica. En la lírica se salva Bécquer, quedando distanciado de su maestro Heine y de cualquiera de los grandes poetas franceses o ingleses. Campoamor y Núñez de Arce, que aun gozan de prestigio entre nuestros profesores de

segunda enseñanza, no merecen el calificativo de poetas; rimador amable y de salón el primero, orador en verso el segundo. Así lo calificamos en cierta ocasión, en medio del estupor de algunos maestros. Es grato ver confirmado este juicio por una opinión tan autorizada como lo es la de Baeza. En la novela se salvan varios nombres, especialmente Galdós, quedando de todas maneras por debajo de los grandes maestros de la novela: Dostoi-evsky, Tolstoi, Flaubert, Balzac, Dickens, etc. Como estilista, el único que puede considerarse como tal es don Juan Valera.

«Con la generación del 98—dice Baeza—nace el estilo personal; deja de haber un buen estilo académico, un estilo patrón, para cada escritor adquirir un estilo propio». A la producción teatral apenas si se le concede una mínima importancia. El teatro moderno en España se inicia con Jacinto Benavente. Son elogiosos los juicios que formula al referirse a este autor; lo salva de la acusación de plagio, diciendo que sólo se trata de influencias. «No hay que confundir—dice—la influencia con el remedo y el plagio. Sólo el artista ya petrificado es rebelde a las influencias; el verdadero artista revélase precisamente en su susceptibilidad a las influencias y a su aprovechamiento de ellas». Que estas palabras sirvan para refutar a cierto catedrático y escritor chileno de merecido prestigio literario, que dice que toda la obra de Benavente, incluso «La Malquerida», es plagio, haciendo seguramente la confusión a que se refiere Baeza.

Desearíamos continuar el comentario de los otros ensayos; pero ello excedería de los límites de una mera nota bibliográfica. Baste decir que todo es interesante y enjundioso en este libro; nada hay en él superfluo, así en el fondo como en la forma, pues el estilo de Baeza es de sobria elegancia.—MILTON ROSSEL.

ECONOMÍA FASCISTA, por *Aldo Aguzzi*

El fascismo, que nunca ha perdido vitalmente su actualidad, ya que desde su nacimiento político, o más bien, desde que ascendió al poder en Italia, las miradas del mundo han convergido hacia él, en muchos sectores con una encendida esperanza, como una salvación de sus intereses, y en otros, los más, con un exacto repudio a sus métodos atrabiliarios y violentos y su posición teórica, ha acrecentado ahora último esa actualidad con motivo del conflicto italo-etíope de extraordinaria manera, pues acaso en este suceso bélico se esté jugando su continuidad como régimen de gobierno en Italia, quizás su muerte, según el desenlace que pudiera tener esa acción militar y cuyas consecuencias inquietarían en forma innegable a varios de los Estados contemporáneos, pues la evidencia de su fracaso como sistema de gobierno correlativo a satisfacer justamente las necesidades de la mayoría de la humanidad, no dejarían de ser consideradas por los gobernantes que actualmente utilizan los más esenciales principios fascistas. De ahí que, el libro de Aldo Aguzzi (1) cobre doble interés: la creciente actualidad del fascismo y la oportunidad de su publicación.

Aldo Aguzzi hace un estudio detenido y completo, en sus líneas generales, de la teoría y praxis fascista italiana, no obstante lo esquemático del ensayo en cuanto a extensión, unas cien páginas más o menos. Aguzzi lo analiza en sus aspectos más salientes e importantes, con un nítido criterio antifascista y desde un punto de vista doctrinario concreto: el anarquista. No lo manifiesta Aguzzi abiertamente, pero se desprende esta orientación con gran facilidad de su ensayo. Esto sólo lo apuntamos. No nos interesa por el momento y para este comentario, el examen de tal posición ideológica.

---

(1) Ediciones Imán. Buenos Aires, 1935.



Fué a raíz de la gran crisis económica que afectó al mundo en 1929 cuando el fascismo adoptó una diferente actitud, un cambio de situación fundamental de su manera de ser. Hasta ese entonces no había estructurado ningún cuerpo de doctrina, limitándose a declaraciones espectaculares, a palabras de sostenida grandilocuencia, a proceder violentos, etc. Pero Mussolini y los dirigentes fascistas tuvieron una rápida y exacta captación de la realidad difícil del momento, encauzando la trayectoria del fascismo en una definida posición teórica, transfigurándose «tanto en sus gestos como en lo que llamaríamos su pensamiento». Frente a esa crisis del 29, el fascismo desarrolló sus proposiciones particulares, clarificando sus puntos de vista y examinando los orígenes de esa convulsión económica, que hirió dolorosamente la organización decadente del demo-liberalismo, con no pequeña audacia:

«El fascismo post-crisis no se reduce ya a simple orientación coreográfica y bárbaras explosiones de violencia. Lanza ideas sobre los más urgentes problemas actuales y universales; presenta un programa positivo de reconstrucción política y social; tiene un método y una finalidad. En la lucha entablada en las diversas corrientes del liberalismo y de la democracia, el fascismo está ahora en condiciones de competir con todas las armas y ocupa posiciones preponderantes».

Entre las causas de esta preponderancia y fortuna presente del fascismo, Aldo Aguzzi señala como la principal, la falencia del demo-liberalismo como sistema de gobierno. Esta falencia ha obligado a los hombres de Estado a buscar una solución de carácter más o menos permanente para consolidar la estabilidad económica, social y política. La mayoría, como era de suponer (nos referimos a los hombres de gobierno, se entiende) ha dirigido sus pasos hacia el fascismo ya que este régimen, tiende, exclusivamente, en su esencia, a mantener la situación de privilegio que hoy en día vive cierto sector social. Por lo demás, el fracaso del demo-liberalismo ha colocado a la humanidad en la

disyuntiva de optar por el fascismo o por el socialismo, los únicos sistemas que aparecen evidentemente estructurados, ya que los continuos parches aplicados a los regímenes democráticos no son suficientes para sostenerlos en su integridad liberal. En la actualidad, las democracias son sólo aparentes y todas ellas se orientan en definitiva a adoptar los principios y métodos fascistas. En este sentido, el fascismo es una continuación del demo-liberalismo. La economía, dice Aguzzi, de tipo fascista no es revolucionaria, es decir, no constituye una creación, sino una continuación; no el comienzo de nuevas formas en la producción y en el consumo, sino simplemente la maduración de fuerzas connaturadas al sistema del capital y la propiedad privada. Sólo la costumbre de dramatizar y casi personalizar estos fenómenos, los ha inducido a representarnos una economía liberal y otra fascista, como dos entidades antagónicas». Y más adelante agrega: «El fascismo no ha realizado, a pesar de sus poses demoleadoras y sus promesas revolucionarias ninguna reforma radical en el conjunto del capitalismo.

«Su *carta magna* proclama el fin de la «lucha de clases», pero esto aguza el antagonismo de clases. No hace remontar la crisis presente al desequilibrio creciente entre producción y consumo, sino sólo a un presunto «desorden» de la producción que cree suprimir sin recurrir a medidas de carácter social. Su sistema sindical es un formidable instrumento de esclavitud proletaria, ya que las masas obreras absorbidas por la «Corporación» obedecen ciegamente a jerarquías incontrolables, estrechamente vinculadas a las fuerzas plutocráticas. Pero este sistema sindical no conduce hacia una mejor organización técnica y social de la vida económica. «El fascismo, según Wagermann, funda un Estado de emprendedores en el cual se mantiene la propiedad privada y el libre juego del afán lucrativo de los particulares, sin ninguna limitación para el rédito». Por eso niega a los obreros en el régimen de la empresa y esto justifica por qué el fascismo deja sin solución el problema capital de nuestro tiempo; aquél de

identificar al consumidor, aquel de permitir a la clase obrera el acceso a la racionalización de la producción y al consumo de las riquezas en la medida de sus crecientes necesidades y de las ilimitadas posibilidades de la ciencia aplicada».

Para los que se interesen por esta clase de problemas, el libro de Aldo Aguzzi, posee un manifiesto atractivo. Creemos que las citas que hemos hecho lo demuestran claramente.—A. T.



HOMBRES DE MÁQUINA, por *Laurencio Gallardo* (1).

Cientos de nuestros poetas de todas las edades y jerarquías han colocado adjetivos al mar, y nuestra poesía tiene—gracias a ellos—sal marítima y un colorido inconfundible. Pero en la novela y el cuento no sucede lo mismo, y nuestro Pacífico se va quedando al respecto, casi inédito.

Augusto d'Halmar, Guillermo Labarca, Mariano Latorre, Manuel Rojas, Eugenio González, Oscar Lanas, Tomás Lago, Luis Boza, Luis E. Délano, etc., han hecho los primeros intentos de novela o cuento con agua al frente.

Luis E. Délano ha trasplantado el cultivo literario del «lobo de mar» con algo de propaganda cinematográfica.

Mariano Latorre, en «Chilenos del Mar», sigue su línea novelesca de revelador de provincias literarias.

«Lanchas en la Bahía» de Manuel Rojas es el puerto de Valparaíso y sus contrabandos; lo que va de tierra firme al molo; el kilómetro del mar sin viaje, vapores anclados, faluchos, lanchas. Mar mojado en petróleo y carbón.

Se puede afirmar sin cometer gran injusticia, que la mayoría de los autores citados no conocen a fondo el tema que tratan. El

---

(1) Ediciones Walton.—Santiago.

lector se queda con la impresión, en lo que al cuento o novela de mar se refiere, de que los autores le hablan de algo que no conocen lo suficiente. Por eso, tal vez, predominan el tópicos y la alusión sobre la auténtica realidad novelesca.

En el libro de Laurencio Gallardo—como anota bien el prologador—hay mucho entusiasmo. Entusiasmo por haber vivido y por contar lo vivido. Sin embargo, no logra o no quiere acercarnos a sus personajes. Sólo se oyen sus gritos, sus exclamaciones, en los más variados idiomas. Gallardo coloca estas exclamaciones e imprecaciones en mayúsculas y con notas explicativas, como si quisiera señalarnos que éstas y no otras son las auténticas palabras que usan los marineros.

En las novelas del mar como en las del campo, parece que el camino va a ser el mismo: empezar anotando lo que dicen...

El autor aparece influenciando a sus personajes. Les escribe sus cartas a estos hombres de máquina, les lleva ideas socialistas. Aprenden las palabras Lenín y Revolución de Octubre.

Gallardo es un escritor casi exclusivamente auditivo. El lector no logra familiarizarse con ningún gesto, con ningún carácter novelesco. Estos existen en la obra, pero desaparecen ante la manifiesta importancia que da el autor a toda clase de violencias expresivas, sin duda de alto valor folklórico.

Gallardo conoce bien su asunto, pero no ha sabido aprovechar esta ventaja, en el afán de demostrar competencia en el tema que trata. Su obra es la de un aprendiz de literato que no ha logrado suplir su inexperiencia literaria con su experiencia vital.—JUAN URIBE-ECHEVARRIA.



EL CREPÚSCULO DE LAS CATEDRALES, Novela por *Miguel Luis Rocuant*.

Tenemos entendido que don Miguel Luis Rocuant pertenece a la generación de escritores chilenos de alrededor de 1900.

Su primer libro creemos que fué el editado el 99 y que versaba sobre impresiones de la vida militar. Desde entonces acá ha publicado como diez volúmenes, tres de poesías. Muy vagamente, el que comenta, recuerda haber leído uno de sus tomos de versos, quince o más años atrás. Era todo el conocimiento que de su labor tenía. Seguramente, su permanencia dilatada en el extranjero es la causa de que su obra sea casi desconocida por las actuales generaciones del país. La lectura de su último volumen, cuyo título sirve de epígrafe a estas líneas, es debido a una gentileza del autor.

«*El Crepúsculo de las Catedrales*» ha sido editado en España recientemente (1) existiendo de él ya una traducción francesa firmada por Adolfo de Falgairolle—lo mismo que de su libro anterior llamado «*La Barca de Ulises*»—y según parece, es la primera novela que entrega al público, teniendo otra en preparación.

Desde un comienzo esta obra logra interesar por la simpatía comunicativa que emana del protagonista y de don Anselmo, que son las primeras personas que entran a actuar en el relato. Este don Anselmo es un periodista, ya entrado en años, muy agudo e instruído, que a veces habla sentenciosamente, pero siempre con definida claridad, con precisión certera y a menudo con feliz ocurrencia sobre los más diversos motivos. De la política dice que es el arte de las actitudes y considera que los principios... son los fines o afirma oportunamente que «la amenaza del castigo crea la tentación».

Está muy bien delineado don Anselmo, bondadoso, comprensivo, inteligente. Lo vemos y lo sentimos moverse, agitarse, con sus cabellos grises, su alta estatura, sus sosegados movimientos. Su segura humanidad la hemos encontrado más de una vez en el camino... o la encontraremos. Tiene tanta realidad, está tan bien observada su psicología que resulta uno de los personajes

---

(1) Espasa-Calpe.—Madrid. 1935.

más firmes y atrayentes de «*El Crepúsculo de las Catedrales*». No sería aventurado suponer que en don Anselmo ha puesto el señor Rocuant lo mejor de su experiencia de varón maduro, así como en Luis Alberto, el protagonista, lo más querido y estimado de sus años mozos, pues don Anselmo viene a ser la consecuencia de este último, no obstante la falta de similitudes que a primera vista pudiera notarse, pero que son debidas sólo a las diferencias de edades. En lo íntimo, en lo subjetivo la relación entre ambos es innegable. Semejante unidad en estos personajes, exteriormente sin duda distintos, aunque tienen identidad de oficios, hace crecer el tamaño del interés por ambos, porque vemos vivir en el joven Luis Alberto a don Anselmo joven y en éste al Luis Alberto que será, ya que la consecuencia psicológica así lo hace esperar.

Pronto aparece una joven, linda, encantadora indecisa-mente misteriosa que atrapa la atención de Luis Alberto y... del lector. Con ella se crea un nuevo elemento de atracción en la novela y lo temático, lo anecdótico empieza a adquirir contorno, volumen, aunque en este sentido «*El Crepúsculo de las Catedrales*» no incurre en la abundancia excesiva que, cuando no se poseen grandes condiciones de imaginación (y otras) para mover, destacándolos individualmente—como hace Dostoievski, por ejemplo—innumerables individuos, deviene en una sostenida pesadez. Al contrario, la anécdota es más o menos sobria y el interés que la lectura de esta novela va provocando proviene principalmente de la estatura psicológica de los protagonistas, de las opiniones de los mismos y del conflicto sentimental y sexual que se suscita entre Luis Alberto y la joven a que aludimos más arriba y que es después la figura femenina central del libro.

Luego sabemos que Raquel, así se llama la muchacha, es casada con un rico hacendado del sur del país. Un matrimonio de tantos, sin mutua estimación, sin correspondencia sexual efectiva, sin ese equilibrio del espíritu y del sexo entre los cónyuges que según Lawrence es la base fundamental del buen

entendimiento en el matrimonio o en la durabilidad y dignidad de las relaciones entre varón y mujer. Ella está de paso en la capital, por estar cerca de una hermanita enferma que se halla hospitalizada en una clínica. Pero, con el conocimiento de Luis Alberto, la estadía se prolonga. Los pretextos no faltan para ello. Y al fin, sucede lo lógico, ambos se comprenden... y se aman. Lo de siempre. Paseos, visitas a exposiciones, cinematógrafos, reuniones sociales, todo lo que se puede hacer en una ciudad grande. Después, el veraneo. El marido se reúne. Celos del amante—que le sirven al señor Rocuant para expresar atinadas consideraciones—ignorancia del esposo. Un viaje al extranjero con cualquier motivo externo. El marido, en la hacienda. Luis Alberto se reúne en Europa con Raquel. Esta va a separarse legalmente de su cónyuge. Sobrevienen, se acrecientan más bien dicho, luchas interiores, escrúpulos, indecisiones. La vuelta sorpresiva para Luis Alberto de su querida al hogar. He ahí, en esquema, la trama. Bien simple, es cierto, pero suficiente. Entre ella, a veces personajes secundarios curiosos, como ese poeta Velásquez, un tanto anarquista y bohemio, un tanto rebelde y declamatorio. Por ahí explica por qué se considera un dios:

—«Pues, primero, porque me siento solo en lo infinito; en seguida, porque mi espíritu no está limitado, sino decorado por la naturaleza; después, porque soy creador de cosas bellas que para algunos no lo son, por lo cual tengo también mis incrédulos, mis blasfemos, mis ateos.

—De acuerdo, murmuró don Anselmo.

—Y, por último, porque todo lo que he rimado se lo llevará el viento, como se llevó las únicas palabras escritas, antes de mí, por un dios: las que, delante de los escribas y los fariseos presuros a lapidar a la adúltera, trazó Jesús, con el índice, en el polvo de Jerusalén»...

Sin conocer los anteriores libros de don Miguel Luis Rocuant estamos tentados de afirmar que «*El Crepúsculo de las Cate-*

*drales*» es uno de los mejores que ha publicado. Se ve ciertas madurez en el pensamiento, conocimiento seguro de los resortes novelescos, gran facilidad y destreza para manejar el diálogo, un lenguaje correcto—no nos interesan los posibles galicismos—o más bien, un lenguaje oportuno, trasparente. Además, habilidad en el análisis como también en el desenvolvimiento de la trama. Un libro chileno, en buenas cuentas, que puede leerse con satisfacción.—A. T.



BREVE TRATADO DE LITERATURA GENERAL Y NOTAS SOBRE LA LITERATURA NUEVA, por *Luis Alberto Sánchez*.—Editorial Ercilla, Santiago, 1935.

Al terminar de leer este libro me vino a la memoria el texto de Barros Arana, «Retórica y Poética», con que amargarán mis años de estudiante. Pesado, confuso, con largas disquisiciones académicas, fué tormento de mi ignorancia juvenil y es ahora mal recuerdo en mi madura vida de escritor.

Si el estudio de la Preceptiva Literaria fué cansado siempre, y lo sigue siendo en muchos libros que todavía circulan, ello se ha debido, más que a la aridez del tema, al tono doctoral que emplearan sus divulgadores, satisfechos de ciencia y poco artistas.

Ciento setenta páginas, en tipo grande y espaciado, tiene apenas este libro de Sánchez, y está en él todo lo fundamental de la teoría literaria. Desde la utilidad de sus reglas, tan relativas en lo que a la formación del escritor se refiere, hasta los géneros literarios y sus relaciones con la vida social, y hasta la socialización de la belleza, todo lo que atañe a la literatura está magníficamente sintetizado, con claridad de exposición y cierta novedad de método.

Hay, es claro, en este breve tratado, como en toda obra



humana, puntos discutibles. El capítulo en que estudia la Versificación, y en que, apoyado en la autoridad muy estimable de Sanín Cano y Pedro Henríquez Ureña, se afirma que no hay diferencias de bulto entre la prosa y el verso, daría tema para largo, y acaso no fueran suficientes todas las páginas de esta revista. Pero una cosa es, sí, evidente, y es ésta: desde los comienzos de la humanidad hasta hoy se ha dado el nombre de poetas a los que escriben en verso, y se ha llamado prosistas a los otros. Y el hecho de que en los últimos quince años se haya querido confundir por algunos, con suerte bien relativa, los dominios de la prosa y del verso, no es razón suficiente para decir que la separación entre ambos no es absoluta, como lo afirman las palabras de Henríquez Ureña, que Luis Alberto Sánchez parece recibir con cierta complacencia. Más justos me parecen los asertos de Ricardo Rojas, citado también por Sánchez: «La distinción entre la prosa y el verso, que tan fácil es en adecuados ejemplos de la enseñanza escolar, se torna casi imposible en ciertas formas intermedias».

Pero no es este el sitio adecuado para iniciar ni sostener polémicas. Sólo he querido anotar, así de pasada, un punto discutible de esta Preceptiva que se deja leer con el agrado que no dan, por lo general, libros de su índole.

En esta obra se destinan sólo las tres páginas finales al estudio de la literatura nueva y a su técnica. Y eso a pesar de la simpatía evidente que el autor manifiesta por ella, aunque no la haya cultivado todavía.

Libro de utilidad indiscutible para profesores y estudiantes es éste que comentamos a la ligera. Escrito por un artista que es al mismo tiempo uno de los espíritus más cultos de América, con una labor ya realizada en la novela histórica, el ensayo y el género biográfico, ojalá que fuese adoptado como texto oficial en los colegios de segunda enseñanza. Porque sólo ahora puede decirse que tenemos una Preceptiva Literaria hecha por un escritor de verdad.—C. P. S.

ESPEJOS DE NAUFRAGIOS, Poesías, por Arturo Camacho Ramírez.

A pesar de la cacareada renovación lírica que pregonan los vanguardistas y algunos críticos fáciles de impresionar, las formas clásicas del verso triunfan con los grandes poetas. Sin invocar los nombres de Juan Ramón, los hermanos Machado, Marquina, y tantos de América, está ahí García Lorca, el lírico de más reputación hoy en día en el idioma, cultivador de la forma clásica por excelencia: el romance.

Y en la generación última del Continente, entre la generación que se inicia cuando se da por triunfantes a las corrientes de vanguardia, hay buen número de ellos que desoyen el cantito de sirena y nos dejan oír la armonía de su verso perfecto.

Este poeta colombiano de «Espejo de Naufragios» (1) sigue la ruta clásica, y va por ella con la inquietud sorprendente de su espíritu moderno. Vaguedad alucinada y musical, imágenes originales sin ser estrambóticas, y un concepto preciso de la armonía y del ritmo. Y todo esto a pesar de sus veinte y dos años revolucionarios.

Buena muestra de su temperamento y de sus condiciones líricas es el romance «La niña sin sombra», que desgraciadamente la restricción de espacio nos impide copiar íntegro.:

Ella se quería casar  
pero no la quiso nadie.

Tenía senos de amapola  
recién salidos del aire;  
tenía los brazos delgados  
como la voz de los ángeles;

---

(1) Editorial Minerva.—Bogotá. 1935.

las piernas girando siempre  
falsa canción de compases;  
el vientre y el corazón  
en desacuerdo constante.

La niña no tenía sombra,  
por eso no la amó nadie.  
Porque los mozos del pueblo  
comentaban: ¿qué te haces  
con una niña que no  
tiene sombra para el aire?  
¿Quién cuidará nuestro amor  
si su sombra vigilante  
no está en los altos rincones  
contando rubios collares  
de besos de madrugada  
en un fugaz desenlace?  
¿Cómo gritarle que viene  
el viento azul saltimbanqui  
para robarle la sombra  
como una hoja de sauce?  
¿Cómo amarla si no tiene  
sombra verde, tierna, suave,  
furtiva, alegre, profunda,  
que la confunda con nadie,  
o para poder decir:  
me ha sido fiel y constante,  
pues su sombra iba con ella  
y ella no puede faltarle?

No se diga, pues, por críticos indoctos, que ya está en desuso el verso correcto, ni se llame retrasados a los que ponen un espíritu nuevo a la vieja forma poética. La poesía no está en el molde, que puede ser antiguo o de vanguardia. Está en la emo-

ción, en la sencillez; en el talento, en una palabra, del que nos hace sentirla.

Arturo Camacho Ramírez llega triunfalmente a la poesía de Indo-América con este primer libro asombroso. Domina los medios de expresión, y sólo podemos esperar que la vida le haga el canto más hondo.—C. P. S.



LA BELDACA. Novela del trópico, por *Alfredo Pareja Diez-Canseco*.

Cinco o seis prosistas ecuatorianos han traído un acervo valiosísimo a las letras del Continente. Y si hasta ayer se creía que el Ecuador era solamente tierra de poetas, los escritores de la generación actual, con sus obras que empiezan a ser difundidas, nos muestran que la novela y el cuento tienen entre ellos a los cultivadores de más relieve en la prosa de América.

El autor de «La Beldaca» (1) se dió a conocer con la novela «El muelle», comentada y aplaudida, pero que tuviera muy limitada circulación. No llegó al público de Chile, y apenas si dos o tres ejemplares pasaron de mano en mano entre los literatos.

En su novela de ahora están, refinadas y en madurez plena sus cualidades de narrador. Conoce a fondo el ambiente humano y el paisaje de su tierra, y, sin descripciones excesivas, consigue dar la visión del medio en que viven sus personajes. Las costas cercanas a Guayaquil aparecen con toda su belleza de color y la vida de sus pobladores alcanza relieves inesperados.

Un sordo soplo de tragedia, sin prédicas socialistas ni disquisiciones de mal gusto, tiene esta novela de Pareja. Es la misma tragedia de toda la clase baja de América, oprimida y hambreada.

---

(1) Editorial Ercilla.—Santiago. 1935.

Las angustias de sus gentes marineras, incultas y fatalistas, sin gestos de rebelión, que sufren el maridaje atropellador de la justicia y del capitalista, están pintadas con un realismo que sobrecoge el espíritu del lector más indiferente. Y no es que el novelista haya recargado los tonos desagradables de su cuadro. Hay sobriedad, artística sobriedad, en las escenas y los diálogos y una contenida simpatía hacia sus personajes humildes.

Estilo ágil, preciso, correcto, sugerente, este libro de Pareja Diez-Canseco es una acierto definitivo en la novela indoamericana.

Luis Alberto Sánchez, en magnífico y certero prólogo, define así al autor de «La Beldaca»: Alfredo Pareja no es, por cierto, un escritor revolucionario. Es un descontento. «Y esta aseveración de Sánchez será confirmada fácilmente por el lector. El novelista no cree, como tantos otros que malogran sus condiciones literarias, que la novela sea el medio más adecuado para la lucha social. El novelista, en su obra, ha de ser novelista antes que nada. Sin que por eso otras de sus actividades no puedan encaminarse hacia una franca lucha proletaria.—C. P. S.



LOS CIELOS (1). Poesías, por *Esther de Cáceres*.

En el prólogo de su libro nos dice esta escritora uruguaya: «Esta poesía tiende a dar del secreto interior, el que se vincula a las cosas eternas. Por eso quiero despojarla de lo mortal y perecedero, sin que la liguen a esto más que los caminos que desde todas las experiencias voy haciendo para llegar a la esencia de mi ser: caminos de la conciencia a la subconciencia; de la inteligencia a la intuición pura; de los días y las noches a la eternidad sin límites».

Nada de lo transcrito nos suena a claridad; pero guarda

---

(1) Impresora Uruguaya.—Biblioteca Alfar,—Montevideo. 1935,

armonía perfecta con todos los poemas, demasiado vagos, lirios del aire, que decía Rubén.

El verso no fluye, y hay en él cierta tortura de expresión, cierto afán de obscuridad bien logrado:

## POEMA XXXI

Ahora sé que tú eres mi barco:  
 Tu paso,  
 como el paso vencedor de los barcos.  
 Tu luz,  
 la de los barcos,  
 —que viene del mar  
 y es dueña del mar!...

¡Ahora sé que tú eres mi barco...  
 —Tu amor,  
 escondida sonrisa del mar!

En la poesía actual de América la voz de Esther de Cáceres no tiene acentos que se le asemejen. Sensibilidad vacilante, ni mística ni sensual, creemos ver en su obra una postura literaria que no alcanza a definir un temperamento lírico.—C. P. S.

UN AVIÓN VOLABA. Novela, por *Juan Marín*.

Juan Marín es un trabajador intelectual infatigable y diverso; infatigable, pues en seis años ha publicado ocho libros, y diverso en cuanto a la variedad temática de su obra; el ensayo, el poema, el cuento, la novela encuentran en él un observador perspicaz. En lo que respecta a su labor de carácter exclusivamente literario, es fácil observar el predominio de los elementos

relacionados con la aviación. Desde el título de sus volúmenes lo indica ya con claridad: «*Looping*», «*Margarita, El Aviador y el Médico*», «*Alas sobre el Mar*», «*Un avión Volaba...*». Y esto no es, precisamente, el resultado de un capricho o de una pose, porque Juan Marín es aviador o lo ha sido y como tal expresa en sus libros sus conocimientos y experiencias en este sentido. Este elemento que apuntamos le da a sus novelas y cuentos, como a sus poemas (en «*Looping*» especialmente) un movimiento sostenido, una activa acción externa que individualiza su labor, pues es el único escritor chileno que ubica en ese ambiente a sus personajes. Muy bien podría decirse de Juan Marín que es el poeta y el novelista de la aviación.

No es difícil notar en la obra novelística de Juan Marín el innegable interés que hace despertar por sus protagonistas, ya que su capacidad narrativa se destaca señeramente. Pocos escritores en este país poseen en grado tan acusado la condición de atraer a la lectura, incitar a su progreso y a su término. Seguramente en Chile hay novelistas más profundos, más densos, más complicados y complejos, pero pocos que con materiales tan escasos sepan entretener como él. Y, vamos, no es poca cosa. En todo caso es preferible un libro de Juan Marín a una novela que nos pinte la naturaleza chilena o una figura de campesino de clisé. Con el primero estamos seguros de distraernos como de aburrirnos con la segunda.

No obstante algunos personajes de psicología sombría, de caracteres patológicos inquietantes, de tramas intensamente dramáticas, en general las novelas y cuentos de Juan Marín dan una sensación de euforia, de fuerza, de hombría igual que su figura física, de estatura keiserlingniana y de manos saludables de boxeador.

En la estructura general de «*Un Avión Volaba*» existen sin duda dos presencias: la acción externa, anecdótica y la acción íntima, subjetiva, psicológica. Esta dualidad, precisada desde un comienzo, impide a «*Un Avión Volaba...*» ser una novela

exclusivamente narrativa o exclusivamente psicológica. Al contrario, ambos elementos integradores se aunan acrecentando la extensión del interés que su lectura provoca. Y aunque el elemento anecdótico no sea demasiado abundante, está sí constreñido a sus dimensiones necesarias para sostener la atracción externa de la trama y aunque el sondeaje psicológico no sea demasiado profundo, también lo suficientemente conseguido para expresar la arquitectura interna de los personajes en movimiento. En este sentido Juan Marín ha alcanzado un maridaje decoroso en «*Un Avión Volaba...*» y una especie de equilibrio definido recorre esta novela, sosteniéndola en un plano de exacta decencia artística. No hay exageraciones en ninguno de los sentidos señalados ni tampoco disminuciones. La anécdota posee naturalidad y la psicología de los protagonistas está estrechamente relacionada con sus modos exteriores de actuar. Existe una sabia consecuencia. Lo subjetivo explica la acción física o viceversa. No hay duda que en este sentido Juan Marín ha conquistado un verdadero triunfo; también en este mismo aspecto es su obra mejor realizada. Y en relación con su primera novela «*Margarita, El Aviador y el Médico*» es un tranco firme hacia adelante, ya que a esta novela le faltaba profundidad, mayor dimensión de análisis de los caracteres, un desarrollo más vasto y completo de la psicología de los personajes, más densidad, más consistencia de los mismos. Juan Marín pasaba con bastante rapidez por la vida interior de éstos, por sus tragedias, por sus problemas sentimentales, tocándolos sólo en superficie y si esto era una ventaja para la agilidad del relato era un defecto para el contenido mismo de «*Margarita, El Aviador y el Médico*».

En «*Un Avión Volaba...*» el novelista aparece dominando en amplitud los resortes fundamentales de la novela y no obstante el fuerte dinamismo de la acción, la intimidad de los protagonistas aparece en toda la integridad de su tamaño, definiendo sus caracteres con una evidente nitidez psicológica. Aparecen



completos en toda su realidad interna, actuando de acuerdo con el temperamento que les señaló su autor.

Por otra parte, en esta novela no escasean los aciertos sobresalientes. Es digno de mención el capítulo titulado «*Rendez-Vous Escarlata*» donde Juan Marín nos describe una escena de violación de una muchacha que es la figura femenina más importante de la obra. Está pintado este episodio con la crudeza que requiere la situación y con una justeza y naturalidad notables. Es difícil olvidar la animalidad ardorosa y violenta del macho, la repugnancia moral que se desprende de su actitud, el abandono final de la mujer después de la desesperada resistencia y su suicidio lento, obliterador, inconsciente en las aguas de un arroyo aledaño.

Igualmente debemos recordar la escena final, que el prologuista considera con razón un hallazgo, donde uno de los protagonistas, el aviador Astorga, en los funerales del novio de la muchacha por él violada, y en los que le tocó dirigir una escuadrilla de aeroplanos, como último homenaje de sus camaradas de armas, en un estado de delirio, se interna noche adentro, hacia el mar, en un vuelo alucinante y obsesionante, para no aparecer jamás, huyendo «como una conciencia sin reposo, sin realidad, sin término».—A. T.



#### ALGUNOS LIBROS DE SUD-AMÉRICA.

De muy poco sirve que estos países de Río Grande para acá, a excepción del Brasil, hablen el mismo idioma, pues en cada uno de ellos sus escritores viven en verdaderas islas, salvo los que logran cruzar las altas fronteras con algún libro resonante, como «*Don Segundo Sombra*», «*La Vorágine*», «*Doña Bárbara*» o «*Los de Abajo*». Raza y lengua los unen, comunes son sus destinos, comunes sus problemas, las mismas sus inquietudes y

riesgos, y, no obstante, no logran intercambiar realmente las producciones del espíritu, para trabar un conocimiento más profundo. Provincias de un estado que podría llamarse Iberia, tendrían su centro natural en España, la vieja y gloriosa nación progenitora, pero si durante una mejor situación monetaria, y sin tener competidoras a este lado del Atlántico, las casas editoras de la península publicaban muy pocos libros americanos, ahora, con la peseta alta y muchas monedas de por acá en el suelo, sería ilusorio esperar que Madrid hiciera de capital en lo que a difusión del libro hispanoamericano se refiere.

Para predicar con el ejemplo, quiero yo decir algo sobre algunos que he recibido últimamente, y añadido al lado de cada autor su dirección postal, por si hay quienes deseen enviarles sus libros.

*12 Novelas de la Selva*, por Fernando Romero (Cervantes 147, Apartado 1161, Lima, Perú).—Ya algo se ha escrito entre nosotros sobre este primer libro de un escritor que, más que de su país, es una promesa de América. Los lectores de *Atenea* recordarán su novela corta «El nido extraño», publicada en el número de septiembre último, en la que podrán ver que estamos en presencia de un destacado novelista futuro. Romero es oficial de marina (está por ascender a capitán de corbeta, si no ha ascendido ya al publicarse estas líneas) y los deberes de la profesión lo llevaron al fondo de la selva del nororiente apenas había contraído matrimonio, de modo que su luna de miel la pasó entre indios y alimañas, y en un ambiente propicio a las fiebres palúdicas. He aquí lo que expresa de la región en el prólogo de su libro: «La tierra siempre es húmeda. Los pies del caminante resbalan en ella. O se hunden atraídos por el cieno. Allí se confunde lo que produce el subsuelo, lo que cae de los árboles y lo que viene del cielo. Es un gran pudridero. Un osario y una cuna. De ella suben vapores deletéreos, las fiebres malignas que agostan, un vaho húmedo que inunda de líquido los pulmones y que

abrasa, asfixia. Sobre la greda que apenas sabe de aire y de luz, rinden su tributo a la vida y a la muerte los animales, los árboles y los hombres. Entre ella está pudriéndose la selva misma: hojas secas, detritus y cadáveres animales, troncos, flores, semillas». Y en otra parte: «La víbora brota a leve, las hojas emanan efluvios nocivos, los troncos albergan insectos dañinos, el agua guarda gérmenes enfermizos, el fruto nos entrega veneno, los animales nos atacan. Nosotros mismos nos angustiamos. La imaginación angustiada hace que nuestros ojos vean seres sobrenaturales que nos hostilizan y nos burlan». Detenido en la comarca por un tiempo relativamente largo, la recorrió Romero en todas direcciones, navegando por sus ríos anchos y profundos.

Pudo penetrarse bien así de psicologías y de costumbres, y estas 12 novelitas de su libro son algo de lo que sus sentidos acuciosos recogieran y que en el fondo de su subconciencia madurara. En su deseo de darnos una más acabada sensación de realismo introduce gran cantidad de vocablos regionales, de origen quichua, y una serie de notas al pie de cada novelita nos los traducen, pero esto suele estorbar más bien al relato; error de que este escritor habrá de corregirse, si no olvida que no escribe para el Perú solamente. Por lo demás, este reparo no tiene una mayor importancia. Lo esencial es que algunas de estas novelitas, como «El ponguete», «Yaimanco», «Leproso», «El abrazo», van más allá de lo que se escribe habitualmente y logran encender nuestra emoción con legítimos recursos. De «El ponguete» nos decía no hace mucho Pedro Prado que era digno de la mejor selección de cuentos americanos.

SARMIENTO DE GAMBOA, *Un navegante del siglo XVI*, por Ernesto Morales. (Durante el verano: Vicente López, F. C. A., prov. Buenos Aires, Argentina. Resto del año: Cangallo N.º 1920, 4.º piso, Buenos Aires). Es éste uno de los escritores más conocidos de allende los Andes: ha publicado versos y cuentos, y co-

laborado en revistas de gran difusión. En este libro nos relata la vida, rica en episodios dramáticos, de aquel Pedro Sarmiento de Gamboa que fué el primero en cruzar el Estrecho de Magallanes de oeste a este, y que descubrió para su rey importantes islas en el Pacífico. Ernesto Morales aborda la historia conforme a la receta que nos da don Francisco A. Encina en su último libro: con afán de artista más que de simple interpretador de viejos manuscritos. Hay en su prosa vivacidad y gracia, y logra ser en parte ameno, más allá patético, siempre interesante. La vida de este héroe español, cuya gloria no está a la altura de sus hechos, porque merece ser de los más conocidos, vale por la mejor novela. Leer las incidencias de su vagar por mares y países, sus luchas con la Inquisición, que lo cogía en sus garras, pero se veía obligada a soltarlo; sus efímeros triunfos, sus desgracias, sus miserias, es placer y enseñanza. Y todo lo que Ernesto Morales nos refiere está apuntalado en una documentación legítima: porque su imaginación tiene aquí un papel animador y no creador: estiliza, no inventa.

*Pasión*, por Montiel Ballesteros (Las Piedras, Uruguay). El amor que Morano acaricia, y no logra ocultar completamente, por Carmen, su cuñada más joven, es leña agregada a la pira en que su esposa se consume; pero si la pasión culpable lo bajó hasta la ignominia de que en un minuto deseara la muerte de su compañera, una vez que ella ha emprendido el viaje sin regreso, el remordimiento lo conturba y lo maniata, y nada hace por acercarse a aquélla por la cual floreció su ilusión en muchos días, y este sacrificio llega a lo heroico, porque su cariño había encontrado correspondencia en el corazón de Carmen. Los años corren. Los niños crecen. La viudez de Morano se prolonga. Cada uno de sus hijos toma un camino diverso: uno es artista, otro un revolucionario, el tercero opta por una vida de placeres. La única hija es un poco vana, una niña a la moderna. Y ocurre que Eliseo, el que más se le parece en lo físico, un mozo gallardo y robusto, se enamora de aquella tía que ha permanecido soltera, y

la pasión que en nada se detiene los envuelve en sus mallas. Sucumbe la enardecida Carmen con la ilusión de que es el padre quien la vence. Y al final, para evitar el escándalo, porque el amor dió su fruto, es Morano quien se sacrifica por el honor de la familia, y se casa con la que debió ser suya a su debido tiempo. Tal es, en resumen, esta novela en que la pasión va por delante de los acontecimientos; ella nos da un retazo animado de la vida burguesa en Montevideo, con personajes que logran diferenciarse y con escenas de un medido realismo. Es este un novelista aficionado al detalle menudo y que entra sin reparo en las digresiones; pero si el interés suele decaer no nos sume en el hastío, porque su prosa de períodos cortos nos sostiene con sus volteretas ágiles. Montiel Ballesteros publicó su primer libro (versos) en 1916, y con esta novela llega al 13.º volumen: es, pues, un escritor que ama su arte, con fe en sí mismo. La literatura uruguaya tiene en él un firme baluarte.

*Balseros del Titicaca*, por Emilio Romero (Biblioteca de la Universidad de San Marcos, Lima, Perú). Los indios que añoran una legendaria grandeza y gimen ante un presente tenebroso, en la orilla peruana del gran lago, son los personajes principales en estos cuentos, que nos dan razón de un escritor no siempre original, pero con cualidades que le abren un luminoso camino. «Un sencillo relato de la sierra» es su principal acierto. Una figura de indígena surge, misteriosa y taciturna, deja en nuestro ánimo la indeleble impresión de una vieja raza. Hombres humildes, que padecen y mueren en los aledaños del Titicaca, con sus supersticiones y sus desesperanzas; lampos de una región en donde alumbró hace más de cuatrocientos años el sol glorioso de los Incas; aporte de cierta valía a esta literatura peruana, en la que Luis Alberto Sánchez es al mismo tiempo profeta y apóstol. Sin el pesimismo de Vallejo, el autor del «Tungsteno», ni su pasión política, Emilio Romero, con sus cuadros sobrios, arrancados, sin duda, a la realidad inmediata, entra con paso más seguro en nuestro convencimiento.

*Novenario Cuyano*, por Juan Draghi Lucero (calle Paso de los Andes N.º 152, Mendoza, Argentina).—«Nosotros, los hijos de la región de Cuyo—nos decía una noche Ricardo Tudela, en una de sus frecuentes, y tan gratas, asomadas por estos trigos,—nosotros los hijos de Cuyo estamos, por nuestra psicología, por nuestros hábitos, más cerca de Chile que de la provincia de Buenos Aires». Este libro en que Draghi Lucero usa el viejo romance castellano, exornado y rejuvenecido por García Lorca, nos llega como una prueba rotunda de su acerto. Los versos del poeta cuyano son flores recogidas en el folklore regional especialmente, y en nada habría que modificarlos si les trajera a Chile: parecen nuestros, nos dicen del fervor de nuestros campos. Cito al azar:

La chingana está en su fiesta  
con espuelas y guitarras...  
cuchillos desenvainados  
entre vida y muerte se hablan.

Danza fina, pecadora,  
que es de Lima y de Santiago.  
Ay, como tiemblan los pechos  
de los huasos y los gauchos.

Y estos del comienzo:

¡Mocito que luces pingo  
a galope atravesado;  
levanto mi voz te digo  
que ya es chocar de entonado!  
A la chingana lucida  
de gusto llegas sonseando...  
¡Las palomas que se ofrecen  
con celos cuida esta mano'

*Cumbrera del Mundo*, por Pedro Barrantes Castro («Revista de Economía y Finanzas», Lima, Perú).—«Relato cholo» se subtitula esta novela, en que se nos da una visión—hombres, costumbres, paisajes.—de la región peruana de Cajamarca. La abonan unas galanas, cuanto hermosas «Palabras prologales» debidas a la prestigiosa pluma de Clemente Palma, quien nos abre la puerta con estas acicateadoras frases:

«Cumbrera del mundo» es una joya de naturalismo, sin las crudezas con pujos científicos y biológicos del ya desmonetizado naturalismo del pasado siglo; es, más propiamente dicho, una pieza literaria de fuerte realismo, que resiste triunfante todos los anatemas de los innovadores modernistas».

En buenas cuentas, este libro, como los de Fernando y de Emilio Romero, pertenece a la serie criollista peruana. Siendo así, no nos extrañemos que en los tres abunden los términos de uso popular, que son ligeras variantes del primitivo idioma indígena o del castellano viejo. Barrantes Castro se diferencia de los otros en su afán por el detalle descriptivo de costumbres y del paisaje: ni la yerba más menuda se le escapa. Viene a ser un Mariano Latorre del comienzo, no depurado todavía. No es adecuado su libro para el que busca un simple entretenimiento, pero sí para quien desee conocer más de cerca la vida serrana en el Perú y compararla con la nuestra. Para el peruano ha de ser su lectura más comprensiva y jugosa: se justifican, por tanto, las palabras entusiastas que Clemente Palma le dedica. No es aquí el caso de discutir sobre el valor real del criollismo y sobre sus exageraciones.

*La sombra del mal hombre*, por Julio Vignola Mansilla (Guise 1935, Buenos Aires, Arg.).—He aquí un encendido y tenaz criollista argentino: cuatro son con esta las colecciones de cuentos agro-folklóricos que lleva publicados este año. Los otros tres se titulan «Los Demonios de Calfucurá», «La Noche de Robar» y «Fantasmas del Agua». Antes había publicado cuatro colec-

ciones de versos, y a este respecto conviene reproducir lo que dice César Tiempo al comenzar el prólogo de «La Sombra del mal hombre»: «Es realmente curioso el desplazamiento de Julio Vignola Mansilla. Después de haberse revelado como poeta, en cuatro libros de versos soliviados por una tensa inquietud metafísica, regada por cierta tropología oriental, cuyos arquetipos plásticos podrían ser los Vichnús indostánicos; poeta a quien eran familiares las teurgias de los dioses ríspidos y agoniastas de las teogonías, nos sorprende levantando su hogar, como el hornero el suyo, en la carne áspera del árbol campesino». En los cuentos de Vignola Mansilla las descripciones de ambiente y personajes son muy someras; abundan, en cambio, los diálogos, y en ellos muestra la naturalidad, seguramente la veracidad de los que exhibe entre nosotros Luis Durand.

El resto de la prosa de este escritor no desmerece de la livianura y donaire de los diálogos, lo que tiene por inmediata consecuencia que la lectura de sus libros resulte comúnmente una fiesta, rara vez un sacrificio. Las supersticiones, las leyendas populares le suministran un buen número de temas; el campo argentino está siempre presente, pero no con esa desolación, esa tristeza que se transparenta en la música gaucha, sino con la vibración y donosura de los valles nuestros. Se le podría hacer el mismo reproche que a los criollistas peruanos mencionados más arriba: el excesivo uso de términos regionales, que vienen a constituir piedras de tropiezo para el lector no argentino. Ya Justo P. Saenz (hijo) en la carta que sirve de prefacio a «Los Demonios de Calfucurá» le hace una parecida advertencia: «Leyendo Los Demonios de Calfucurá», uno advierte los familiares que parecen ser para usted los diversos ambientes argentinos en que actúan sus personajes y sorprende el gran número de vocablos vernáculos empleados. Sobre esto último me gustaría llamarle amistosamente la atención y decirle—aunque carezco de autoridad para criticar su trabajo—que esa terminología local o indígena cuando profusamente utilizada, puede lle-



gar a estropear la belleza de un cuento, exactamente igual que los diálogos muy sostenidos y escritos en pronunciación figurada».

Ha podido verse que solamente en una de las obras de imaginación aquí mencionadas, entra la ciudad como escenario. La fuga de los escritores hacia la campiña no es, pues, exclusiva característica chilena. Los novelistas de Indo-América se ven especialmente proyectados contra una realidad objetiva, sin que los paisajes interiores, los misterios del subconsciente, parezcan atraerlos gran cosa. En la ciudad habría que repetir costumbres que se parecen a las europeas, o más bien que son copia vil de ellas; y para dar una nota original, no quedaría más que entrar en las almas. Afuera, en cambio, están el paisaje y las costumbres pintorescas, lo que basta para rellenar muchos libros. Y entre tantos, surge a lo lejos alguno capaz de fijar las miradas aburridas del Viejo Mundo. Así, lentamente, la América Española está mostrando su estampa y su psicología.—JANUARIO ESPINOSA.

## Notas del mes

### Un recuerdo de Vicuña Mackenna

En la «Revista Cubana» correspondiente al trimestre julio-agosto-septiembre, encontramos un largo artículo de Vicuña Mackenna sobre la independencia de Cuba y Puerto Rico y otro de Emeterio S. Santovenia, que estudia la misión del célebre escritor chileno en 1865 en Norte América. El Presidente de la República, don José Joaquín Pérez—escribe Santovenia—en decreto de 30 de septiembre de 1865, nombró a Benjamín Vicuña Mackenna agente confidencial en los Estados Unidos de América y en instrucciones dictadas al día siguiente por el Ministro Alvaro Covarrubias fueron trazadas al nuevo legado las normas a que había de atemperar sus gestiones. Situado en Norte América, Vicuña Mackenna debía promover simpatías calurosas y abiertas en favor de la causa chilena, en la guerra con España.

Don Benjamín tuvo, pues, parte no pequeña en la preparación del movimiento de insurrección de las Antillas hispanas. En Chile se supo que en Norte América se hallaban numerosos revolucionarios de Cuba y Puerto Rico y se le comunicó a Vicuña Mackenna el encargo especial de entrar en relaciones con ellos para ofrecerles el apoyo de los corsarios chilenos de las Antillas y ayudarlos por los demás medios asequibles. Se trataba en ese tiempo de vencer a España, que había enviado su expedición a la América del Sur.

La acción de Vicuña Mackenna fué muy activa y se entre-

gó a la causa que se le había encomendado con el entusiasmo que él sabía poner en todas sus empresas. «De mayor eficacia —añade Santovenia— por lo que contribuyó a levantar los ánimos deprimidos o vacilantes y a concitarlos para la lucha, fué la publicación del periódico «La Voz de América», fundado en Nueva York por Vicuña Mackenna. Cientos de ejemplares de cada número circulaban en Cuba y Puerto Rico, no obstante hallarse prohibida su lectura bajo penas severísimas. «La Voz de América», con una sección consagrada a Cuba y Puerto Rico, se esforzó en infiltrar en las conciencias de los hombres libres la certidumbre de que la emancipación del Nuevo Mundo estaría incompleta en tanto España dominase en las Antillas. América no estaba sólo compuesta de los dilatados territorios continentales».

Además de estos esfuerzos Vicuña Mackenna trató por otros medios de llevar a término sus proyectos, asociando a la acción de Chile la del Perú y Venezuela. En estas gestiones se encontraba, cuando recibió de Chile un despacho del Ministro Covarrubias que lo notificaba del término de su misión. Una gran desilusión tuvo Vicuña Mackenna con esta actitud de su Gobierno, pues él consideraba, por los pasos que había dado con los Ministros del Perú y Venezuela, que su proyecto estaba ya en vísperas de obtener el más espléndido resultado.

La «Revista Cubana», espléndida publicación que se edita en la Habana y de la que hemos extractado estos datos, publica además una serie de interesantes documentos sobre esta misión confidencial y promete otros en publicaciones próximas. Se ve en ellos la noble visión del historiador chileno y su amplio y generoso espíritu de solidaridad continental.

#### Un libro de Alberto Romero

Ha finalizado el abundante año editorial con una novela de Alberto Romero. «La mala estrella de Perucho González». Tal es su título. El ambiente es el de los delincuentes. Vidas obs-

curas y sórdidas. Romero se ha especializado en esta clase de tipos y elige siempre como centro de las andanzas de sus personajes, los barrios suburbanos: el hampa, en una palabra. Hay, pues, una continuidad en la línea de creación de este escritor laborioso, que va lenta y seguramente trazando su camino. Romero adapta su estilo literario a las contingencias de sus personajes y al clima en el cual respiran. Hay cierta opacidad, cierto tono en sordina, que fluye sin exaltaciones. Su minuciosidad descriptiva y su conocimiento de la vida de barrio, hacen que este estilo sea como una consecuencia de las escenas que pinta o de los hombres que dan vida a esas escenas.

«La mala estrella de Perucho González», aborda el estudio de un ambiente que, según entendemos, no había sido tratado en la novela chilena.

Por lo menos en la forma integral en que ha querido presentarlo el autor. La delincuencia de la ciudad, el medio de las cárceles y toda esa humanidad minúscula y agria que se agita en torno a los recintos carcelarios. Es, pues, una novedad en tal sentido.

#### Imaginero de la infancia

Lautaro García ha publicado sus recuerdos de infancia, en un libro breve de fervorosa movilidad. ¿Es un regreso stendhaliano o proustiano al reino sin fronteras de la vida vivida? Nada de eso. El humorismo condiciona estas páginas y estas etapas en que la infancia aparece sólo como un accidente. No es un libro de memorias; escribe el inquieto escritor, ni siquiera un glosario autobiográfico de mi infancia. Me habría sido imposible escribirlas, nací tantas veces y morí otras tantas, después de cada viaje, de cada mujer y de cada dolor. . . . Exacto. Pero al decirlo ha diseñado las mejores normas del humorismo. Es difícil recordar una niñez melancólica. Y además el autor no tiene memoria para la tristeza. Por lo mismo muda en cada acento de la realidad y revive o renace en cada amor o en cada dolor. Los

humoristas italianos que García conoce, tienen esta característica. Son como los hombres niños, para los cuales la vida no adquiere ese tono grave y cejijunto, de otras literaturas. Danzan con soltura, manejan sonriendo los instrumentos mortíferos del sentimiento y se burlan con gracia del hombre y de sus propias imágenes: La realidad, aun la que atravesó los días de la infancia, aparece contada con el gracejo de los seres maduros que siguen siendo niños, por la frescura y la movilidad de las sensaciones.

El libro de Lautaro García, en su rapidez, en su ligereza, en sus saltos de redondel es una novedad en nuestra literatura, de ordinario seria y melancólica.

P.E.N. Club

Ha vuelto a revivir el P.E.N. Club, institución que agrupa poetas, ensayistas y novelistas, fundada hace años en Inglaterra y que tiene filiales en todo el mundo. Hace años la presidió en Chile Eduardo Barrios y desapareció como suelen desaparecer estas agrupaciones de escritores, por dispersión voluntaria de sus miembros. Nadie volvió a saber nada de aquel P.E.N. Club que reunía cada sábado a los escritores en la casa de su presidente.

Ahora ha revivido. Una escritora, Mari Yan (Flora Yañez de Echeverría) le ha infundido su fervor. Ha logrado reunir a algunos escritores y se ha constituido un directorio, el cual ha elegido de nuevo a Eduardo Barrios como presidente. La elección nos parece muy acertada y los propósitos de la acción futura muy interesantes. El P.E.N. Club aspira a establecer la solidaridad entre los escritores de todo el mundo, y luchar por la defensa del espíritu. Bello programa al que entregamos todo nuestro entusiasmo.

Una nueva poetisa

La crítica ha recibido el libro de María Cristina Menares, «Pluma de nidal lejano», con uniforme aceptación. No es co-

rriente que los versos logren, especialmente si se trata de una mujer, juicios tan elogiosos. ¿Quién es María Cristina Menares? ¿Había escrito algo antes? ¿Se sabía, siquiera, cuáles eran sus autores favoritos? ¿Qué libros leía o en qué revistas había hecho sus primeras armas? Silencio absoluto. El libro breve, apasionado, lleno de pequeñas sorpresas, de finas intuiciones poéticas, con un sentido moderno muy sobrio, la ha revelado como un espíritu con felices disposiciones. Si no abandona este camino poético, nos dará algunos libros más logrados. Lo esperamos.

# Índice del año 1955

## Año XXII de su publicación

### A

	<i>Tomo</i>	<i>N.º</i>	<i>Pág.</i>
<i>Acuña, Luis Alberto.</i> —Introducción al estudio del arte precolombino . . . . .	XXXII	125	176
<i>Acevedo, Olga.</i> —Lo que se fué... y lo que queda...! .	XXXII	124	47
<i>Angiolani Argeo, Doctor.</i> —Química y agricultura ..	XXXII	124	48
Id. —Los progresos de la química moderna . . . . .	XXX	118	16
<i>Alessandri Palma, Arturo.</i> —Augusto Orrego Luco ..	XXXII	125	190
<i>Alegría, Fernando.</i> —Mariano Latorre y «On Panta»	XXXII	125	332
<i>A. T.</i> —La escuela de las mujeres, por André Gide, (libros).....	XXX	119	264
Id. —El psicoanálisis. Teoría sexual de Freud, por el doctor A. Hesnard, (libros).....	XXX	119	269
Id. —El velero matinal, por Fernando Diez de Medina, (libros) . . . . .	XXXI	121	189
Id. —Panorama de la literatura norteamericana, por José Antonio Ramos, (libros) . . . . .	XXXI	121	193
Id. —El libro de los apólogos y de otras cosas espirituales, por Santiago Arguello, (libros) . . . . .	XXX	123	486
Id. —Economía fascista, por Aldo Arguzzi, (libros).....	XXXII	126	516
Id. —El crepúsculo de las catedrales, por Miguel Luis Rocuant.....	XXII	126	520
Id. Un avión volaba, por Juan Marín, (libros)..	XXXII	126	531

### B

<i>Barrera Isaac, J.</i> —Un libro de Carrión (libros) . . . . .	XXX	119	256
--	-----	-----	-----

	Tomo	N.º	Pág.
<i>Barros, Juan.</i> —Mi caballo. «Recuerdo» .....	XXX	120	322
<i>Brunet, Marta.</i> —Romances .....	XXIX	116	242
C			
<i>Cané, Luis.</i> —Canción de la bien casada .....	XXX	118	36
<i>Cerruto, Oscar.</i> —Latorre y la literatura de contenido humano, (libros) .....	XXXI	122	309
Id. —Rumbo argentino, por Manuel Seoane (libros) .....	XXXI	122	311
Id. —Los combatientes escriben cartas .....	XXX	120	298
Id. —Alcides Arguedas, un escritor discutido, (libros) .....	XXXI	121	173
<i>C. P. S.</i> —Cancionero, por Alberto Guillen (libros)	XXIX	115	119
Id. —Revolución, por Miguel Bustos Cerecedo, (libros) .....	XXIX	115	120
Id. —Canciones en Flauta blanca, por Carmen Alicia Cadilla, (libros) .....	XXIX	115	121
Id. —Rumor de acequia, por Vicente Nacarato, (libros) .....	XXIX	115	123
Id. —Herodias, poemas por Máximo Soto Hall, (libros) .....	XXIX	115	124
Id. —Doce siluetas, por José de la Cuadra (libros) .....	XXIX	115	125
Id. —Rascacielo, por Rosario Beltrán, (libros) ..	XXIX	115	126
Id. —Fantoches, por Francisco Dibella (libros) ..	XXIX	116	329
Id. —Las voces del silencio, por Reyna Suárez Wilson, (libros) .....	XXIX	116	330
Id. —Cinco águilas blancas, por Humberto Tejera, (libros) .....	XXIX	117	499
Id. —Índice de la poesía uruguaya contemporánea, por Alberto Zum Felde (libros) .....	XXIX	117	501
Id. —Queguay, el niño indio, por Montiel Ballesteros, (libros) .....	XXX	119	253
Id. —Del 1 al 6, por Enrique Amorín, (libros) ...	XXX	119	255
Id. —Don Diego Portales, por Máximo Soto-Hall, (libros) .....	XXX	120	380
Id. —Novelas del páramo y de la cordillera, por Sergio Núñez, (libros) .....	XXX	120	381



	Tomo	N.º	Pág.
Id. —El sueño de mi niñez, por Manuel Benavente, (libros) .....	XXX	120	382
Id. —El pregón en llamas, por Carmelina Vizcarrondo, (libros) .....	XXXI	121	186
Id. —Rimas serenas, por Rogelio Sotela, (libros)	XXXI	121	187
Id. —Rol de la manzana, por Jorge Carrera Andrade, (libros).....	XXXI	121	188
Id. —Melpómene, por Arturo Capdevilla, (libros).....	XXXII	124	164
Id. —Alrededores del silencio, por Carlos María Solari, (libros).....	XXXII	124	165
Id. —Breve tratado de literatura general y notas sobre literatura, por Luis Alberto Sánchez, (libros).....	XXXII	126	524
Id. —Espejo de naufragio, por Arturo Camacho Ramírez, (libros).....	XXXII	126	526
Id. La Beldaca, por Alfredo Diez Canseco, (libros)	XXXII	126	528
Id. Los cielos, por Ester de Cáceres, (libros) ...	XXXII	126	529
<i>Cruz Ocampo, Luis D.</i> —Carta literaria, (libros) .....	XXX	118	70
<i>Cuadra de la, José.</i> —Fatalidad .....	XXIX	117	377
<i>Cuervo Márquez, Emilio.</i> —José Asunción Silva, su vida y su obra (I) .....	XXIX	115	84
Id. —José Asunción Silva, su vida y su obra (II) ..	XXIX	116	245

CH

<i>Charlín Ojeda, Carlos.</i> —«Konga-a-tama-rangi» .....	XXX	118	38
<i>Charlín Correa, Carlos.</i> —Tríptico.....	XXXII	126	427

D

<i>Dávila, Ricardo.</i> —«Portales», por don Francisco A. Encina .....	XXIX	115	62
Id. —«Portales», por Francisco A. Encina.....	XXIX	117	422
<i>Délano, Enrique Luis.</i> —Chiloé .....	XXIX	117	341
<i>Díaz Arrieta, Hernán.</i> —Muerte de Eduardo Solar Correa .....	XXXI	121	5
Id. —Recuerdos de Omer Emeth .....	XXXI	123	351

	Tomo	N.º	Pág.
<i>Diez de Medina, Fernando.</i> —Hallazgo y medio día de Jenaro Ibáñez .....	XXXI	123	433
<i>Doll, Ramón.</i> —Vida política Argentina .....	XXXI	122	225
<i>D. P. B.</i> —La Quintrala, por Daniel de la Vega, (libros).....	XXXII	124	173
<i>Durand, Luis.</i> —Huasipungo, por Jorge Icaza, (libros).....	XXIX	115	127
Id. —Don Andrés Bello, por Eugenio Orrego Vicuña, (libros).....	XXXII	124	151
Id. —Lejanías en el desierto por Estela Miranda, (libros) .....	XXXII	125	351
<i>Diez de Medina, Fernando.</i> —Domingo Melfi y su «Pacífico Atlántico», (libros) .....	XXX	118	86
<i>D'Halmar, Augusto.</i> —Leonardo Peña.....	XXX	119	117
Id. —Quito una y quedan dos.....	XXXII	125	250
<i>D'Halmar, Augusto.</i> —El mes artístico .....	XXXII	125	315
Id. —El mes artístico .....	XXXII	126	486
<i>Díaz Arrieta, Hernán.</i> —La decadencia de la historia en Chile. Anatomía de Barros Arana, (libros). XXXII	XXXII	125	320

## E

<i>Encina, Francisco A.</i> —Portales .....	XXIX	116	279
<i>Englekirk, John E.</i> —El descubrimiento de la novela mexicana, «Los de abajo».....	XXXI	123	415
<i>Espinosa, Juanario.</i> —El pueblo chico en la novela chilena .....	XXX	118	5
<i>Espinosa, Juanario.</i> —Algunos libros de Sudamérica. XXXII	XXXII	126	534
<i>Espinosa, Enrique.</i> —Poemas y palabras, por José Pedroni, (libros) .....	XXX	119	251
Id. —Soriano el botero.....	XXXII	124	28
<i>E. M.</i> —Tres años y un día, por Iñigo García .....	XXXII	124	169

## F

<i>Fabry, Mauricio.</i> —Escritores vistos por un escritor soviético.....	XXIX	115	5
<i>Fuenzalida Grandón, Alejandro.</i> —Barros Arana y su época .....	XXX	119	153

## G

	Tomo	N.º	Pág.
<i>García, Antonio.</i> —Las Barcarolas de Ulises, por Jacobo Danke, (libros).....	XXX	118	97
Id. —La sequía.....	XXX	119	147
<i>Gide, André.</i> —La vuelta del hijo pródigo.....	XXXI	123	391
<i>González, Vera.</i> —Diego Muñoz.....	XXXII	126	505

## H

<i>Hoerce, Arthur.</i> —Broder Christiansen, Profeta de un nuevo Dios.....	XXX	119	199
<i>Huxley Aldous.</i> —Vulgaridad en literatura.....	XXIX	117	355
<i>Hernández Catá, Alfonso.</i> —Canción del anhelo cobarde.....	XXXII	125	218

## J

<i>J. M. S.</i> —El viajero y los paisajes, y un coloquio sobre Victoria Ocampo, por Marcos Victoria, (libros).....	XXIX	117	503
<i>Joan de Selvas.</i> —Señales.....	XXIX	115	98
Id. —Señales.....	XXIX	116	300
Id. —Señales.....	XXIX	117	467
Id. —Señales.....	XXX	118	60
Id. —Señales.....	XXX	119	234
Id. —Señales.....	XXX	120	348
Id. —Señales.....	XXXI	121	156
Id. —Señales.....	XXXI	122	301
Id. —Señales.....	XXX	123	463
Id. —Señales.....	XXXII	124	140
Id. —Señales.....	XXXII	125	305
Id. —Señales.....	XXXII	126	480

## K

<i>Kohnenkampf, Guillermo.</i> —Elegías, por Domingo Gómez Rojas, (libros).....	XXIX	116	318
Id. —Mercedes Urizar, por Luis Durand, (libros).....	XXIX	117	496

	<i>Tomo</i>	<i>N.º</i>	<i>Pág.</i>
Id. —Exaltación, por María Consuelo Garay, (libros) .....	XXX	120	383
Id. —Goyo Vera.....	XXXI	122	247
Id. —Vida y pasión de la cultura en América, por Luis Alberto Sánchez, (libros) .....	XXXI	122	329
L			
<i>Latcham, Ricardo A.</i> —Conocimiento y expresión de la Argentina por Eduardo Mallea.....	XXXII	126	490
Id. —Los Sangurimas, por José de la Cuadra, (li- bros).....	XXIX	115	129
Id. —A. Pareja Diez Canseco, El muelle, (libros)	XXIX	116	325
Id. —Ames et Visages du XXº sicle, por André Rousseaux, (libros) .....	XXIX	117	484
<i>Lago, Tomás.</i> —Chillán, ciudad de sueño .....	XXXII	125	269
Id. —La última niebla, por María Luisa Bombal	XXX	119	258
<i>Latorre, Mariano.</i> —Macambirá, por Coelho Netto..	XXXI	122	335
Id. —Bret-Harte y el criollismo sudamericano (I)	XXXI	123	437
Id. —La charca, por Carlos Elías Villanueva, (libros) .....	XXX	123	482
Id. —Bret-Harte y el criollismo sudamericano, (II) .....	XXXII	124	105
<i>Leo Par.</i> —Cicerón, por Alejandro Vicuña, (libros) ..	XXX	120	35
<i>L. D. D.</i> —La morena de la loma, por Lautaro Yan- kas, (libros).....	XXXII	124	167
<i>L. D.</i> —Charca en la selva, por Fernando Santiván, (libros) .....	XXIX	115	134
<i>Lipschutz, Alejandro.</i> —La fisiología moderna y la me- decina dentaria.....	XXX	119	125
<i>López Velarde, Ramón.</i> —La suave patria.....	XXIX	117	396
<i>Luco, Germán.</i> —El Zarco .....	XXX	118	50
Id. —Hombres, por Eugenio González, (libros)..	XXX	119	246
<i>Lobato, Heráclito.</i> —Una generación en demanda de su destino .....	XXXII	125	264

## M

<i>Martelli, Sixto.</i> —La casa nueva de la justicia.....	XXXII	126	408
<i>Melfi, Domingo.</i> —El drama del escritor.....	XXXII	126	366

	<i>Tomo</i>	<i>N.º</i>	<i>Pág..</i>
Id. —El motín de los artilleros, por Armando Braun Menéndez, (libros).....	XXIX	117	478
Id. —Proceso de las generaciones jóvenes de Chile.....	XXXI	121	51
<i>Molina, Enrique.</i> —Del espíritu .....	XXX	120	286
Id. —De la libertad .....	XXXI	121	101
Id. —Discurso de agradecimiento.....	XXXII	124	16
Id. —Discurso .....	XXXII	125	292
<i>Moreno Lagos, Aída.</i> —Vivir.....	XXXII	126	414
<i>Montenegro, Ernesto.</i> —Destierro y muerte de Francisco Contreras y Leonardo Pena .....	XXX	119	108
<i>Montiel Ballesteros.</i> —«Indecisión y desengaño de la juventud», por Domingo Melfi, (libros).....	XXXII	125	346
<i>Mouchet, Carlos.</i> —La irreverencia histórica, por Sigfrido A. Radaelli.....	XXXI	121	197
<i>Munthe Axel.</i> —Capítulos olvidados en «El Libro de San Michele» .....	XXXII	124	71
<i>Muñoz, Diego.</i> —Niña de color .....	XXIX	116	175
<i>Muñoz Medina, Guillermo.</i> —La generación literaria de 1900 y Augusto G. Thomson .....	XXIX	116	223

N

<i>Negro, Juan.</i> —Elegía junto a algunas frutas.....	XXXI	122	283
<i>Núñez, Armando Félix.</i> —Homenaje a don Enrique Molina .....	XXXII	124	6
Notas del Mes .....	XXIX	115	145
Notas del Mes .....	XXIX	117	510
Notas del Mes .....	XXX	118	110
Notas del Mes .....	XXX	119	279
Notas del Mes .....	XXX	120	394
Notas del Mes .....	XXXI	121	204
Notas del Mes .....	XXXI	122	341
Notas del Mes .....	XXXI	123	490
Notas del Mes .....	XXXII	124	179
Notas del Mes .....	XXXII	125	354
Notas del Mes .....	XXXII	126	543
Notas y documentos.—Memoria de la administración general.....	XXX	119	219

	<i>Tomo</i>	<i>N.º</i>	<i>Pág.</i>
Id. —Memoria de la escuela de ciencias jurídicas y sociales .....	XXX	120	397
Id. —Memoria del Instituto de Fisiología .....	XXXI	121	208
O			
Oberón.—Asteriscos .....	XXIX	115	142
Id. —Asteriscos .....	XXIX	116	332
Id. —Asteriscos .....	XXIX	117	507
Id. —Asteriscos .....	XXX	118	107
Id. —Asteriscos .....	XXX	119	276
Orrego, Antenor.—La gran trayectoria política de la- tinoamérica .....	XXXII	126	416
P			
<i>Pales Matos, Rafael.</i> —Poemas negros .....	XXX	120	316
<i>Pascal, María.</i> —Márgenes de Paul Valéry .....	XXX	120	327
<i>Pérez Reinoso, Ramiro.</i> —A propósito de «América la- tina», por André Siegfred, (libros) .....	XXX	118	89
<i>Perry, David.</i> —Camino de las horas por Pedro Pra- do, (libros) .....	XXIX	115	109
Id. —Mercedes Urizar, por Luis Durand (libros)	XXIX	115	114
<i>Préndez Saldías, Carlos.</i> —Romances de Río Blanco ..	XXXI	121	97
Id. —Alberto Guillen .....	XXXII	125	266
<i>Petit, Magdalena.</i> —Marcel Proust y la literatura .....	XXIX	116	195
<i>Picón-Salas, Mariano.</i> —Ficheros y otros folletos de Manuel Pedro González, (libros) .....	XXXII	124	177
Puntos de vista .....	XXIX	115	1
Puntos de vista .....	XXIX	116	161
Puntos de vista .....	XXIX	117	337
Puntos de vista .....	XXX	118	1
Puntos de vista .....	XXX	119	113
Puntos de vista .....	XXX	120	283
Puntos de vista .....	XXXI	121	1
Puntos de vista .....	XXXI	122	221
Puntos de vista .....	XXXI	123	347
Puntos de vista .....	XXXII	124	1

	<i>Tomo</i>	<i>N.º</i>	<i>Pág.</i>
Puntos de vista.....	XXXII	125	185
Puntos de vista.....	XXXII	126	36

R

<i>Reyes, Chela.</i> —Tarde.....	XXXII	126	412
<i>Reyes, Alfonso.</i> —Mallarmé en castellano.....	XXIX	115	21
<i>Rodríguez Mendoza, Emilio.</i> —Savonarola, por Alejandro Vicuña.....	XXIX	116	265
Id. —Objeciones a la apolojía de extensión.....	XXXI	121	140
<i>Romero, Fernando.</i> —El nido extraño.....	XXXI	123	365
<i>Rossel, Milton.</i> —La chica del Crillón, por Joaquín Edwards, (libros).....	XXIX	117	492
Id. —Puritania, por Ernesto Montenegro, (libros).....	XXX	118	104
Id. —Hombres, por Eugenio González, (libros)..	XXX	120	376
Id. —Hijos del alma, por María Teresa, (libros)..	XXX	121	182
Id. —Lluvia, por Somerset Maugan, (libros)....	XXX	121	189
Id. —El valle del sol, por Diómedes de Pereyra, (libros).....	XXXI	122	324
Id. —Nociones de estética, por Carlos Lalo, (libros).....	XXXI	122	327
Id. —Guía de soñadores, por Fausto Soto, (libros).....	XXXII	124	170
Id. —Piedras y sol, por Sady Zañartu, (libros)..	XXXII	126	509
Id. —Comprensión de Dostoiewsky y otros ensayos.....	XXXII	126	511

S

<i>Santa Cruz, Dr. Alcibiades.</i> —La flora extranjera y el clima de Chile.....	XXIX	115	47
<i>Sánchez, Luis Alberto.</i> —La beldaca y otros, (libros)..	XXXI	121	165
Id. —Nasca.....	XXIX	116	165
Id. —Arequepay.....	XXXI	122	233
Id. —Aluvión de fuego.....	XXXII	124	156
<i>Schweitzer, Albert.</i> —Goethe, pensador.....	XXXII	125	221

	Tomo	N.º	Pág.
<i>Silva, Víctor Domingo.</i> —Hombres y cosas de España .....	XXX	119	161
<i>Silva Herrera, Jorge.</i> —La musa en el país de las maravillas .....	XXXI	121	22
<i>Solar Correa, Eduardo.</i> —Intimidaciones literarias.....	XXXI	121	17
<i>Silva, Jorge Gustavo.</i> —El verdadero derecho de propiedad .....	XXXII	126	443
<i>Soto, Fausto.</i> —Danza de la alegre muerte .....	XXXII	124	45
Id. —Desenlace .....	XXII	124	46
<i>Souviron, José María.</i> —Notas.....	XXIX	117	390
<i>Supervielle, Julio.</i> —El buey y el asno.....	XXXII	126	384

## T

<i>Torres Rioseco, A.</i> —Sobre literatura peruana .....	XXX	119	272
Id. —Panorama de las letras hispanoamericanas	XXXI	123	385
<i>Torres Púa, Aldo.</i> —La morena de la loma, por Lautaro Yankas, (libros) .....	XXXI	122	331
<i>Troncoso, Arturo.</i> —Así bajaron los perros, por Manuel Moreno Jiménez, (libros) .....	XXX	119	261
Id. —Juegos Olímpicos, por J. A. Hernández, (libros).....	XXX	119	263
Id. —Una novela ecuatoriana, (libros) .....			
Id. —Un libro de Duhamel, (libros) .....	XXXI	122	314
Id. —El delirio racista, por Camilo Berneri, (libros) .....	XXXI	122	317
Id. —Una novela mexicana, (libros) .....	XXXI	122	333
Id. —Don Diego Portales, por Máximo Soto-Hall (libros) .....	XXXI	123	472
<i>Troncoso, Ramiro.</i> —Discurso a don Enrique Molina	XXXII	125	287
<i>Tudela, Ricardo.</i> —El pulso secreto .....	XXIX	115	11
Id. —Estampas de la Biblia, por Juana de Ibarbourou, (libros).....	XXX	120	390
Id. —Completación de la vida.....	XXXI	122	264

## U

<i>Uribe Echaverría, Juan.</i> —Hombres de máquina, por Laurencio Gallardo, (libros).....	XXXII	126	519
---	-------	-----	-----



	<i>Tomo</i>	<i>N.º</i>	<i>Pág.</i>
Id. —Hacia una literatura proletaria, por Lorenzo Turrent, (libros).....	XXIX	116	312
Id. —«Los fusilados», por Cipriano Campos Alatorre, (libros) .....	XXX	120	387
Id. —La novela de la revolución mexicana, (libros).....	XXXII	124	92
<i>Ugarte Herrera, Eduardo.</i> —Retrato de Araceli . . .	XXX	118	14

V

<i>Vidor, Pablo.</i> —Morfología de la sensibilidad en las artes plásticas .....	XXIX	117	403
<i>Vicuña, Alejandro.</i> —La Cuaresma de Dijón.....	XXX	120	333
<i>Villaurrutia, Xavier.</i> —Un nuevo autor dramático ...	XXXI	123	478
<i>Vera, Oscar.</i> —«Hombres», por Eugenio González, (libros).....	XXXI	122	321
Id. —Intuición de Chile, por Mariano Picón-Salas .....	XXXII	124	153

Y

<i>Yan, Mari.</i> —Una gran escritora inglesa .....	XXXI	121	135
<i>Yankas, Lautaro.</i> —Pacífico Atlántico, por Domingo Melfi, (libros) .....	XXIX	115	137
Id. —Camorrita.....	XXIX	115	37
Id. —Pedro Moreno el insurgente, por Mariano Azuela, (libros).....	XXX	118	80
Id. —Un libro de Aguilera Malta, «Canal Zone», (libros) .....	XXX	120	368
Id. —Sócrates y Platón, por el Dr. Cohn, (libros)	XXXII	126	499
Id. —Indecisión y desengaño de la juventud, por Domingo Melfi, (libros) .....	XXXII	126	502

Z

<i>Zañartu, Sady.</i> —En torno a un autor premiado, (libros).....	XXX	120	385
--	-----	-----	-----

	<i>Tomo</i>	<i>N.º</i>	<i>Pág.</i>
Id. —Don Andrés Bello, por Eugenio Orrego Vicuña, (libros).....	XXXI	121	177
Id. —El Dios desnudo.....	XXXI	122	285
Id. —La naturaleza en la obra de Diómedes de Pereyra, (libros).....	XXXI	123	476
<i>Zamorano Baier, Antonio.</i> —El globo azul.....	XXXI	121	121





Editores: RUIZ HERMANOS, Madrid - NICOLA ZANICHELLI, Bologna  
FELIX ALCAN, París - AKADEMISCHE VERLAGSGESELLSCHAFT m b.H., Leipzig  
DAVID NUTT, London - G. E. STECHERT & Co., New York  
F. MACHADO & Co., Porto - THE MARUZEN COMPANY, Tokyo

1934

Año 28

Revista Internacional de Síntesis Científica

Publicación mensual. (Cada cuaderno de 100 a 120 páginas)

“SCIENTIA”

Directores: F. Bottazzi - G. Bruni - F. Enriques  
Secretario General: Dott. Paolo Bonetti

**Es la única Revista** que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo.

**Es la única Revista** de difusión mundial.

**Es la única Revista** de síntesis y de unificación de la ciencia que trata todas las cuestiones fundamentales de todas las ciencias: matemática, astronomía, geología, física, química, biología, psicología, etnología, lingüística; de historia de las ciencias; y de filosofía científica.

**Es la única Revista** que, por medio de investigaciones entre los más eminentes sabios y escritores de todas las naciones, (*Sobre los principios filosóficos de las diferentes ciencias; Sobre las más importantes cuestiones astronómicas y físicas del día; Sobre la contribución de los diferentes países al desarrollo de los ramos de la ciencia; Sobre las más grandes cuestiones biológicas, etc., etc.*), estudia todos los problemas fundamentales que llamen la atención de los sabios y de los intelectuales de todo el mundo, y en el mismo tiempo constituye la primera tentativa de organización internacional del movimiento filosófico y científico.

**Es la única Revista** que puede tener en calidad de colaboradores a todos los más ilustres sabios del mundo.

Los estudios se publican en la lengua natural de sus autores, y en cada cuaderno está adjunto un Suplemento, llevando la traducción francesa de todos los estudios cuyo original no es francés. Por esto, la Revista puede ser leída aún por los que conocen tan sólo el idioma francés. (*Pídanse cuadernos gratuitos de ensayo al Secretario General de «Scientia», Milano, enviando—a título de reembolso de los gastos de correo y envío—50 céntimos de sellos postales del país de origen.*)

PRECIO DE SUSCRIPCION: L. 1.50

Fuertes rebajas se conceden a los que suscriben a más de una anualidad

Se pidan informes directamente a “SCIENTIA” Via A. De Togni, 12 - Milano 116 (Italia)

## Atenea

Se ruega a los escritores nacionales e iberoamericanos enviar sus obras a esta Revista, en cuyas páginas daremos cuenta en notas bibliográficas y críticas

Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA  
ARMADA Y EL EJERCITO

4.º Piso — Oficina 22

SANTIAGO DE CHILE

**Distribuidores:**

**EDITORIAL NASCIMENTO**  
**SANTIAGO · CHILE · CONCEPCION**  
Ahumada 125                      Barros Arca 800

MCD 2018











MO D 1018